

MVNDO HISPÁNICO

este número: Gibraltar - Centenario de Isabel la Católica - Los errores de Roosevelt

LOS PRIMEROS REYES DE AMERICA

Al reinado de Isabel y Fernando, o de Fernando e Isabel, corresponde nada menos que la unificación geográfica de España, la expulsión definitiva de los moros del territorio peninsular y el descubrimiento de América. Cualquiera de los tres hechos bastaría para justificar históricamente un reinado. Los tres hacen de Isabel y Fernando los primeros reyes de la Humanidad, de la Edad Media a hoy. El Descubrimiento, obra espiritual y empeño de Isabel, está considerado, sencillamente, como el segundo acontecimiento de la Historia del mundo; el primero es el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Isabel fué la reina castellana. La mujer que cruzó a caballo todos los caminos polvorientos de la unidad nacional, de Santiago a Barcelona, de León a Granada o a Guadalupe. La mujer reina y la reina mujer: gobernadora enérgica, provisora, activísima, magnánima, sencilla—asombrosamente sencilla y modesta—y femenina: íntima, externa, íntegramente femenina. Femenina con rubores, gobernadora en la vanguardia de Santa Fe, intendente en el Cuartel General de Córdoba, justiciera en «Fuenteovejuna» o en las querellas galaicas de Benaventes y Lemos... Un cronista contemporáneo de la reina escribía: «VIVIÓ TAN SOBRE SU BONDAD COMPUESTA, QUE NUNCA DEMASIADA PALABRA ALGUNA SE HALLA HABERLE OÍDO QUE DIJESE. FUÉ CASTÍSIMA MUJER, LLENA DE TODA HONESTIDAD, ENEMICÍSIMA DE PALABRAS NI MUESTRAS DESHONESTAS; NUNCA SE VIÓ EN SU PERSONA COSA INCOMPUESTA; NUNCA SE HALLÓ EN SUS OBRAS COSA MAL HECHA; NI EN SUS PALABRAS, PALABRA MAL DICHA. FUÉ FIEL AMIGA, SUJECTA, CARA Y CARÍSIMA DE SUS AMIGOS; FAVOREZCEDORA DE LAS MUJERES BIEN CASADAS, Y DE LO CONTRARIO, MUY ENEMIGA; CATÓLICA Y CRISTIANÍSIMA DEVOTA, FEDELÍSIMA A DIOS; MADRE MUY PIADOSA A SUS SÚBDITOS; REINA MUY JUSTA A SUS VASALLOS, DADA A CONTEMPLACIÓN Y DEDICADA A DIOS... TENÍA GRAN CARIDAD, SUMA PRUDENCIA, GRANDÍSIMO FAVOR DE JUSTICIA, MUCHA MODESTIA, GRAN HONESTIDAD Y ESTUDIO DE VIDA APARTADA; ERA EJEMPLAR DE BUENAS Y LOABLES COSTUMBRES, MAGNÁNIMA, LIBERALÍSIMA EN MANDAS, Y DONES REPARTIDOS POR TODO EL MUNDO. A LOS EMBAJADORES QUE VENÍAN DE OTROS PRÍNCIPES Y A SUS SERVIDORES Y CRIADOS, MUY GRATA; A TODOS LOS SUPLICANTES Y NEGOCIADORES DE SU REINO, MUY APACIBLE. DESCARGÓ EN SU VIDA Y EN DÍAS DE SALUD Y ALEGRÍA GRANDES SUMAS DE CUENTOS DE DINEROS DE SUS DESCARGOS, DEUDAS E PROMESAS E OBLIGACIONES QUE DESDE SU TIERNA EDAD ERA OBLIGADA, Y TAMBIÉN DESCARGÓ LAS CONCIENCIAS DE SUS PROGENITORES. SU MANSEDUMBRE FUÉ ADMIRABLE; SU MAJESTAD, LA MAYOR QUE JAMÁS FUÉ VISTA; SU MISERICORDIA, SOBRE TODO DOLOR; MAS AUNQUE ASÍ USABA DE PIEDAD, NO OLVIDABA EL CEPTRO DE LA JUSTICIA... EN TODAS LAS COSAS QUE DUDA TENÍAN, MÁS A MISERICORDIA QUE A RIGUROSA JUSTICIA SE INCLINABA, E POR EXPERIENCIA DE SUS OBRAS ASÍ LO DEMOSTRABA, DANDO GRANDES LIMOSNAS QUE A TODAS LAS ÓRDENES MENDICANTES, PERSONAS MENESTEROSAS E POBRES NECESITADOS LARGUÍSIMAMENTE REPARTÍA».

Pero, con todo y además, Isabel fué la PRIMERA REINA DE AMERICA. Fué Isabel la Católica. Pero fué también ISABEL I DE INDIAS—Isabel I de América—, si para su ejemplar modestia no le hubiesen sobrado títulos.

Isabel nació el 22 de abril de 1451 en las tierras abulenses de Madrigal de las Altas Torres, por donde cruzó Santa Teresa—y hay cartas manuscritas de Isabel a Talavera con bellísima prosa teresiana—y donde murió Fray Luis de Granada. España celebra, pues, en este año, el V centenario de su primera reina, y lo celebrará solemne y brillantemente, uniéndolo al de Fernando. MVNDO HISPANICO se suma a este centenario de los primeros reyes de América, dedicando con fervor a la efemérides las páginas centrales de este número.

MVNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

MEXICO-BUENOS AIRES-MADRID

NÚM. 34 ENERO 1951 - AÑO IV - 15 PESETAS

SUMARIO

Colaboración gráfica: Diario *Arriba*, "Amunco", Prensa Española, Agencia Cifra y Zurita, de Madrid; Torres Molina, de Granada, y Associated Press, de Nueva York.

Colaboración artística: Luis y Daniel del Solar.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

MADRID — ALCALA GALIANO, 4 — TELEF. 23-05-26

APARTADO 245 — DIRECCION TELEGRFICA: MVNISCO

EMPRESA DISTRIBUIDORA:

EDICIONES HISPANOAMERICANAS (E. I. S. A.)

PIZARRO, 17 - MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, MARSIEGA, S. A. (MADRID) * HUECOGRABADO, ARTE (BILBAO) * OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIAN) * FOTOGRABADO, LANGE Y FUGUET

CORRESPONSALES DE VENTA DE MVNDO HISPANICO

ARGENTINA.—Queromon Editores, S. R. L. Oro, 2455.—**Buenos Aires.**

BOLIVIA.—D. Alfredo Prudencio. Librería Voluntad. Calle Comercio, 362.—**La Paz.**

COLOMBIA.—Librería Nacional, Limitada. Calle 20 de julio. Apartado 701.—**Barranquilla.**

Carlos Climent. Instituto del Libro.—**Popayán.**

COSTA RICA.—Librería López. Avenida Central.—**San José de Costa Rica.**

CUBA.—Oscar A. Madiedo. Agencia de Publicaciones. Presidente Zayas, 407.—**La Habana.**

CHILE. — Edmundo Pizarro. Huérfanos, 1372.—**Santiago.**

ECUADOR.—Agencia de Publicaciones Selecciones. Plaza del Teatro.—**Quito.**

Nueve de octubre, 703.—**Guayaquil.**

EL SALVADOR.—Emilio Simán. Librería Hispanoamericana. Calle Poniente, 2.—**San Salvador.**

ESPAÑA. — Ediciones Iberoamericanas, S. A. Pizarro, 17.—**Madrid.**

FILIPINAS.—Librerías y quioscos de Manila.

GUATEMALA. — Librería Internacional Ortodoxa. Séptima avenida Sur, núm. 12.—**D. Guatemala.**

HAITI.—Librerías y quioscos de Puerto Príncipe.

HONDURAS. — Agustín Tijerino Rojas. Agencia Selecta. Apartado 44.—**Tegucigalpa, D. C.**

MARRUECOS ESPAÑOL. — Herederos de Francisco Martínez. General Franco, 28.—**Tetuán.**

MEJICO.—Carlos Sabau Bergamín. Avenida de los Insurgentes, 206-17.—**Méjico.**

NICARAGUA.—Ramiro Ramírez. Agencia de Publicaciones.—**Managua, D. N.**

PANAMA.—José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones.—**Panamá.**

PARAGUAY.—Carlos Henning. Librería Universal. 14 de mayo, 209.—**Asunción.**

PERU. — Ediciones Iberoamericanas. Apartado 2.139.—**Lima.**

PUERTO RICO.—Librería «La Milagrosa». San Sebastián, 103.—**San Juan.**

REPUBLICA DOMINICANA. — Instituto Americano del Libro y de la Prensa. Escofet, Hermanos. Calle Arzobispo Nouel, 86.—**Ciudad Trujillo.**

URUGUAY.—Germán Fernández Fraga. Durazno, 1.156.—**Montevideo.**

VENEZUELA.—José Agero. Edificios Ambos Mundos. Oficina, 412.—**Caracas.**

BELGICA.—Juan Bautista Ortega Cabrelles. 42, Rue d'Arenberg.—**Bruselles.**

BRASIL. — Livraria Luso-Espanhola e Brasileira, L. Livros Tecnicos e Cientificos. Av. 13 de Maio, 23, 4.º andar. Edificio Darke.—**Río de Janeiro.**

DINAMARCA. — Phning & Appels. Boghandel Kobmagergade, 7.—**Copenhague.**

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA.—Las Americas Publishing Company. 30 West, 12th. street.—**New York, 11, N. Y.**

FRANCIA.—L. E. E. Librairie des Editions Espagnoles 78, Rue Mazarine.—**París (6ème).**

Nouvelles Messageries de la Presse Parisienne. Réception Etranger. 8, Rue Paul Lelong.—**París (2ème).**

ITALIA.—Librería Feria. Piazza di Spagna, 56.—**Roma.**

PORTUGAL. — Agencia Internacional de Livraria y Publicaçoes. Rua San Nicolau, 119.—**Lisboa.**

SUIZA. — Thomas Verlac. Renweg, 14. **Zurich.**

los LECTORES tambien escriben

Buenos Aires, 17 de noviembre de 1950.

Habiendo visto, hace unos días, un número atrasado de esa revista, año 49, me gustó tanto que de inmediato me puse a escribir dos cartas: una para sus representantes aquí, en Buenos Aires, solicitando la suscripción, y otra para Vd., con mis felicitaciones.

Pero ha dado la casualidad que antes de llevarlas al Correo, un amigo me muestra el número 25, correspondiente al mes de abril próximo pasado, y lo primero que leo es una carta que transcriben del Sr. José Matarredona, de Alcoy, muy sensatamente escrita, y la respuesta de ustedes. He quedado estupefacto de lo que contestan a dicho señor; parece increíble que tales palabras sean dichas (o autorizadas) por quien dirige MVNDO HISPANICO. Una cosa es pintura moderna y otra los mamarrachos de esa serie de degenerados que los llaman «vanguardistas» o «surrealistas», pero cuyos verdaderos nombres son *embaucadores desvergonzados*, que se aprovechan del «esnobismo» de algunos (como Vd., por ejemplo) para que se ocupen de ellos y hacerse un nombre (un mal nombre, ciertamente). Son simples imitadores, pasados de moda, aunque Vd. crea lo contrario, de ese tipo que se llama Picasso y que hoy leo que es uno de los oradores *comunistas* del mitin «pro-paz», de Sheffield, ahora de Varsovia..., y así son todos sus imitadores. Le felicito, señor Director, por su gusto artístico... Siga acogiendo y defendiendo en las páginas de su revista a semejantes individuos.

En cuanto a los dibujantes «jóvenes, afortunadamente», más vale no hacer comentarios, como tampoco de la asombrosa opinión de Vd. a ese respecto.

Por supuesto, las dos cartas que escribí están hechas mil pedazos.

S. S. S.
R. Gómez

1.º Gracias por su carta, aunque lamentamos de veras que la lectura de un párrafo del número 25 le haya eliminado de la lista de nuestros suscriptores. No está mal que la pintura apasione hasta ese punto. 2.º Damos grabado de su firma, que no pudimos descifrar. Ignoramos también su dirección para contestarle particularmente. De todas formas ,por el estupendísimo apasionamiento con que ha reaccionado ante un simple problema de estética, o de gustos—y sobre gustos no hay nada escrito, ya sabe—, se trasluce su bella raíz celtibérica, o quizá carpetovetónica, insobornable. Es lo hispánico, aflorando y encrespándonos; encrespándole. 3.º El Sr. Matarredona, al que usted alude, nos habla de—o contra—la pintura «último grito». Tenemos que transcribir aquí, para que los demás lectores sepan a qué atenerse, la contestación que dimos al señor Matarredona. Decía así en sus párrafos principales: «Estimamos que no resulta excesivo el número de trabajos sobre pintura. Estimamos que no nos preocupamos de la pintura «último grito». Al Museo del Prado le hemos dedicado un número especial. Y, en último extremo, esa pintura es la actual, por ser «último grito». En este número, un bloque central de páginas va dedicado al último Salón de los Once, puesto que un grupo de lectores de Lima y otro del Uruguay nos han pedido, respectivamente, cuadros de Juan Miró y muestras del surrealismo español. Y nos lo explicamos, a pesar de las respetables opiniones de usted sobre lo que estima «bueno» y «legítimo». Por otra parte, «auténticos valores» han pasado, y seguirán pasando, por estas páginas. Entre los que pasan hoy van auténticos valores de verdad. No sabemos—finalmente—si tendrá usted razón en lo que se refiere a nuestros ilustradores. Felicitaciones, se han recibido muchas; censuras, poquísimas. Cierto que nuestros ilustradores son, por lo general, jóvenes, afortunadamente. Es que—¿sabe usted?—vivimos en 1950. ¿O es que no cabe renovación alguna de firmas?» No hubo, pues, asombrosas opiniones, sino opiniones modestas y nada raras. En el número 25, que nos eliminó a un suscriptor, la pintura surrealista, o lo que fuese, llevaba como presentación un artículo de D. Eugenio d'Ors, de la Real Academia Española, uno de los pensadores de más prestigio en Europa y en América: ahí, en Buenos Aires, en la Universidad, acaba de dictar un Curso sobre «La Ciencia de la Cultura». ¿Leyó usted el artículo? ¿Asistió usted a la serie de conferencias? Al ver que d'Ors escribe sobre esa pintura, ¿habrá quedado usted estupefacto, mucho más estupefacto que cuando lee lo que aquí escribimos, porque para eso D. Eugenio d'Ors tiene una altura intelectual y una hondura filosófica que no alcanzamos nosotros? 4.º «M. H.» ha dedicado todo un número al Museo del Prado, con artículos del Marqués de Lozoya (director general de Bellas Artes); Sánchez Cantón (director del citado Museo); Lafuente Ferrari (catedrático de la Escuela de San Fernando, de la Real Academia Española de Bellas Artes); Camón Aznar (catedrático de Historia del Arte, de la Universidad de Madrid), etc. Y ha dedicado al Greco y a Goya páginas varias en varios números. 5.º Denos su dirección y le obsequiaremos con un ejemplar del número dedicado al Museo del Prado: usted, tan clásico y academicista, se emocionará. Y, ¡por favor!, rehaga aquellas cartas y suscríbase a «M. H.» Sus críticas nos son necesarias, aunque no siempre vayamos a darle la razón.

Veracruz, 16 de noviembre de 1950.

Con notable retraso, incomprensible, ayer recibí el ejemplar núm. 27, correspondiente a junio del año que corre.

En la página núm. 42, del número a que hago alusión, viene la «foto» de un grupo de bellas jóvenes mejicanas y en esa «foto» se ve la gloriosa enseña mejicana que tiene por escudo el AGUILA SOBRE EL NOPAL DEVORANDO UNA SERPIENTE. En cambio, en la página 5 del multicitado número 27, en «Escudos Hispánicos», la respuesta 14 dice: Méjico. Cualquiera que no esté versado se hace una confusión, ya que pudiera creer que este bello país de la antigua Nueva España tiene dos escudos, no siendo así. No todos sabrán que el nombre de Méjico, además de la República, lo tiene uno de los Estados federativos de la misma. A este Estado de Méjico, que tiene por capital Toluca, sí corresponde el escudo: cabría, pues, haber hecho una pequeña aclaración y haber puesto: 14.—*Estado de Méjico, República de Méjico.*

Muchas gracias por la atención que dispensan a esta nueva carta. Y, como siempre, me tienen pendiente de sus gratas órdenes.

Suyo afmo. amigo y atto. s. s.,

q. e. s. m.,

J. MARTINEZ MIGURA
(Miguel Lerdo, 135).

Santa Cruz de Tenerife, 2 de diciembre de 1950.

Desde hace aproximadamente nueve meses vengo comprando la amena revista que usted se sirve dirigir. En ellas encuentro datos concernientes a las principales ciudades de Hispanoamérica, pero hasta ahora no he encontrado nada interesante sobre la ciudad de México, por la que siento gran admiración.

Habiendo visto el anunció del núm. 20 de la revista MVNDO HISPANICO, en cuya portada vi la Catedral de Méjico, pensé que estaría dedicado a esta ciudad, y por no encontrarse en ninguna librería de esta plaza, lo pedí por medio de su representante. Hace días que lo recibí, con el gran desconsuelo de ver que en su interior no se encuentra nada más que un breve reportaje sobre el Bosque de Chapultepec.

¿Podría indicarme, en la página correspondiente a «Los lectores también escriben», si se ha publicado algún número que contenga lo que yo deseo (alguna vista panorámica, edificios públicos importantes, calles, avenidas, parques, plazas, etc.)?

Suponiendo que no le causaré ninguna molestia, y en espera de su grata respuesta, quedo de usted atto. y s. s.,

MANUEL MEDEROS

México, nación, ha ocupado muchas páginas de «M. H.». México, D. F., algunas menos, naturalmente. En un número próximo daremos un reportaje gráfico sobre la gran Ciudad de México.

Cabañaquinta (Asturias), 22 de noviembre de 1950.

Permítame felicitarle por el magnífico extraordinario de MVNDO HISPANICO, dedicado a Galicia, pues, aparte de su cuidada presentación, habitual en su revista, todos los artículos divulgan los valores de una de las más bellas regiones de España. Por todo ello, y como asturiano, y en la seguridad de contar con la adhesión de todos los asturianos, tanto de aquí como los de allá—allá es toda la América—le sugiero haga también un número dedicado a Asturias, en el cual, al igual que hizo en el de Galicia, divulgue todos los aspectos de esta región, lo mismo en sus incomparables paisajes que en sus gigantescas industrias, que en su literatura, su tradición, sus costumbres, etc., etc.

En la seguridad de que tomará nota, y esperando su respuesta, queda de usted

s. s. s., q. e. s. m.,

LUIS MANSO COLLAR

Bien, bien... Pero en el número anterior apareció aquí carta sobre el mismo tema. Venía de Cuba y fué oportunamente comentada. Asturias tendrá su número.

ESTAFETA

La señorita María Teresa Merino (San Ignacio, 3, Algorta, Vizcaya) desea iniciar correspondencia con jóvenes hispanoamericanos.

D. Segismundo Plá (Pl. del Pescado, 4, 3, 4.º Vich, Barcelona) desea correspondencia con jóvenes hispanoamericanos de uno u otro sexo, de dieciséis a dieciocho años, en español.

El Dr. Franco Bonacini (Infirmerie de Garnison. S. P. 82.002-P. E. G. Indo-China), desea iniciar correspondencia con médico hispanoamericano interesado en la medicina del trópico y sus problemas terapéuticos. Asimismo desea correspondencia con joven hispanoamericana de veintidós a veinticuatro años.

D. Antonio Avila Torija (T. Tornerías, 34, Toledo), desea mantener correspondencia con chicas americanas, tanto del Sur como del Norte.

Concurso de ideas

SEPTIMO FALLO DEL "CONCURSO DE IDEAS" DE MVNDO HISPANICO

El séptimo fallo del Concurso de Ideas de MVNDO HISPANICO corresponde a las cartas recibidas durante el mes de julio último. De las cuatro docenas, exactamente, de misivas llegadas a la Redacción de la Revista, hemos seleccionado las tres que, en sus partes esenciales, figuran a continuación. Insistimos en señalar, una vez más, que— a lo largo del concurso— todas las «ideas» se repiten en progresión geométrica. De todas formas, por algo dijo Bernard Shaw aquello de «mis ideas son mías aunque otro las haya pensado antes». También esta vez los autores de las cartas seleccionadas son españoles: unos, del Norte; otros, del Sur...

Don Alfredo Fernández Zetta (La Peña, Mieres, Asturias) propone establecer en «M. H.» una red de corresponsalías, en América y en las regiones españolas, que transmitiesen a la revista noticias de actualidad y reportajes breves que tuvieran interés desde el punto de vista de la Hispanidad.

Don Luis Manso Collar (Estación del Vasco, Cabañaquinta, Asturias), propone crear en MVNDO HISPANICO una sección «en la cual aparezcan biografías de hispanistas, o sea de todos los extranjeros que han contribuído con su labor a la difusión de la Hispanidad, deshaciendo mucho errores y aportando con sus obras espléndidos elementos al mejor conocimiento de España, América y Filipinas. Ejemplos de tales—dice—son Charle F. Lummis, Pfändl, Walsh, y muchísimos más. También se deberían hacer reportajes sobre todo lo hispánico que hay fuera de la Hispanidad (al igual que el artículo sobre la Prensa española de Estados Unidos): las fiestas de carácter hispánico del Sur de Norteamérica, la historia de la «Hispanic Society», de los Caballeros de Colón, de las costumbres y habla de los sefarditas, etc....».

Don Juan Mora Figueroa (Mariana Pineda, 16, Sevilla), propone la publicación de fotografías de ciudades y campos españoles e hispanoamericanos, llevando, como pie de las mismas, fragmentos de autores que escribieron especialmente sobre las diversas regiones. Así, trozos de «Azorín» para Castilla; páginas de Joaquín Romero Murube sobre Andalucía; de J. E. Rivera, de Miró, de Rodó, etc., etc.

El premio mensual de julio corresponde a D. Juan Mora Figueroa, de Sevilla (Mariana Pineda, 16). Para conocimiento del vencedor reproducimos la base cuarta del Concurso: «El premio mensual consistirá en un lote de libros por importe de 500 pesetas. El comunicante premiado podrá seleccionar estos volúmenes de los catálogos de las librerías españolas. MVNDO HISPANICO adquirirá los libros que se le indiquen, si no estuvieran agotados, y los remitirá a la dirección postal del interesado».

TABLONCILLO

Continúan llegando a la Redacción numerosas cartas de españoles en América—y de americanos de España—que atestiguan la excelente acogida del número dedicado a Galicia. En Cuba, por ejemplo, MVNDO HISPÁNICO se agotó inmediatamente. Los asturianos, que nos escriben, impacientes, reclamando un trato de paridad, deben tener un poco de paciencia: el número dedicado al Principado aparecerá en este año.

* * *

En la Argentina ha tenido extraordinario éxito nuestro número monográfico dedicado al general San Martín, en que firmaron colaboraciones primerísimas figuras de aquel país.

* * *

Un asiduo lector nos escribe para avisarnos de que en nuestro número de octubre se deslizó un lamentable error: en España, la carrera de Veterinaria, decíamos se cursaba en cuatro años. El lector, que debe de ser estudiante de tal especialidad, tiene mucha razón: «todo el mundo no profano en ciencias sabe que son cinco». El lo sabe mejor que «M. H.»; él habrá empezado este año el quinto curso...

* * *

Un próximo número de «M. H.» irá dedicado al tabaco. Al tabaco en España, en Hispanoamérica, en Filipinas... Al tabaco de hebra, picado, en cigarros puros... Al tabaco fumado en pipa o en cigarrillo. Esperamos que sea otro modesto éxito de los números con tema central de MVNDO HISPÁNICO.

* * *

El número 35 de esta revista va dedicado, en su parte central, a Castilla y el espíritu caballeresco, con motivo de la Exposición de Burgos. Otros trabajos de este número inmediato: «Una ciudad encantada», el viaje a La Meca de los mulsumanes, «La ciudad que no olvida», «Elogio del español de todos los rumbos», por José Vasconcelos, etc. y la biografía del diario madrileño «A B C»,

* * *

El Concurso de Reportajes MVNDO HISPANICO, cuyo fallo estaba anunciado para este número, no ha podido ser resuelto aún dado el gran número de trabajos presentados y la escrupulosidad con que el Jurado lleva a cabo la valoración de cada uno de los reportajes. Rogamos a los señores concursantes que tengan un poco de paciencia y les anunciamos que en nuestro próximo número será publicado el Fallo del Segundo Concurso de Reportajes MVNDO HISPANICO.

Heráldica Hispanoamericana



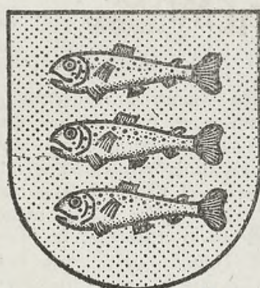
Juan del Río. Méjico.—Desearía saber qué armas ostentaban los Aramburu radicados en Quito en el siglo XVII.

Se referirá el consultante a una familia de Aramburu, enlazada con los Maldonado por matrimonio del alcantarino D. Pedro Maldonado y D.ª Isabel María de Aramburu, nacida en la ciudad de los Reyes, al igual que su marido. En tal caso, la armería cuya descripción le interesa es escudo de plata, el roble de su color y oso de sable al pie del tronco. Alusión a la misma se ofrece en las probanzas de ingreso en la Orden militar de Alcántara de D. Domingo Maldonado, nacido en Arequipa, hijo de los anteriores y, por su madre, oriundo de Azcoitia (A. H. N., Sec. de Ordenes Militares Exp. de Alcántara, núm. 856, fol. 63 v.).



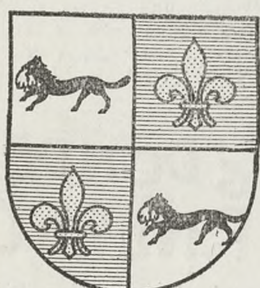
J. G. de H. Sevilla.—En un pasaporte militar del XVIII, aparece un escudo con una cruz de Santiago por detrás del mismo. Dicho escudo era de un antepasado mío, materno, Maestre de Campo. ¿Qué quiere decir la cruz de Santiago situada ahí? ¿Puedo yo usarla con dicho escudo?

La cruz de referencia, «acolada» al escudo, si se ostentó rigurosamente por su predecesor, debe significar que éste fué caballero de la Orden de Santiago. En el caso de que al consultante correspondan esas armas, ha de traerlas sin la expresada cruz de Santiago, que es de ostentación personalísima—al igual que las de otras corporaciones nobilicas—, aunque muy frecuentemente se advierta conculcado tan preciso precepto heráldico.



Guillermo Rondi. Buenos Aires.—¿A qué apellido corresponderá cierto escudo que figura en un respostero de familia que poseo, compuesto de tres peces, uno debajo del otro, sobre campo de oro?

Dichas armas—de oro, tres peces de su color, puestos en palo—, deben de ser las que trae el apellido genovés de Balbi, al cual perteneció, en España, algún caballero del hábito de Alcántara. Un diseño de las mismas se halla en la imponderable «Colección Salazar y Castro», de nuestra Real Academia de la Historia («D-21», fol. 282.)



José Luis L. Valdehoyos. La Habana.—Me interesa conocer el escudo de los Chacón cubanos.

Son conocidas las armas de dicha familia, entroncada con los Marqueses de Villalta por el matrimonio de doña María Catalina Chacón de Torres con el cuarto Marqués. Escudo cuartelado: 1.º y 4.º, de plata, lobo cebado de sable; 2.º y 3.º, de azul, lis de oro. De ellas se da noticia en las copiosas pruebas de ingreso en la Orden de Carlos III, de don José de Herrera y Chacón, Marqués de Villalta, aportándose ahí dos certificaciones heráldicas, dadas por don José Alfonso de Guerra y Villegas (1721) y don Manuel Antonio Brochero (1752) (Archivo Histórico Nacional. Sección de Estado. Orden de Carlos III. Exp. núm. 57, tomo II, fols. 11-25. También, en cierto no lejano y documentado artículo sobre los Herrera, en la «Revista de Indias», núm. 26, páginas 893-901).

Carlos Campos. Santiago de Cuba.—¿Cuál es el escudo de la familia Urrutia?

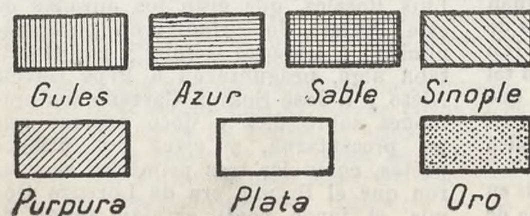
Son varios los blasones de tal apellido, que corresponde a familias sin conexión alguna de sangre. No cabe, pues, contestar a su pregunta sin una más ceñida referencia, por su parte, al mencionado apellido. Téngase presente que en esta sección, lejos de acudirse al socorrido recurso de involucrar «apellido» y «linaje»—que son términos distintos—, se atienden las consultas que a ella llegan con un literal sometimiento a la verdad histórica; siempre basándose, pues, en indubitables testimonios documentales, en cada ocasión citados.

P. L. M.-R. Colombia.—Me interesaría conocer las armas del Oydor de la Audiencia de México Diego García de Palacio.

El escudo del famoso doctor figura en su conocidísimo libro «Diálogos Militares», publicado en México en 1585. Escudo cuartelado: 1.º y 4.º, de plata, tres fajas de sable; 2.º y 3.º, de oro, el pino de sinople; bordura de gules, cargada de ocho aspas de oro. Dicha heráldica cobra actualidad ahora, al ser editada de nuevo aquella obra, en edición facsímil, precisamente por el Instituto de Cultura Hispánica, en la serie llamada de «Incunables». (Sin señalarse ahí los «esmaltes», o sea ni «metales», ni «colores».)

N. de O. Pontevedra.—Dos escudos, uno con una cabeza de lobo (?) y otro con seis círculos idénticos, que aparecen en el castillo de Vimianzo, hoy del Marqués de Almeiras, en la provincia de La Coruña, ¿a qué apellidos corresponden?

Dichos blasones, divulgadísimos en Galicia, pertenecen a los MOSCOSO, que traen escudo de plata, la cabeza de lobo, arrancada, de sable, linguada de gules; y a los CASTRO, que traen de plata seis *roeles* de azur, puestos de dos en dos. (Diseño de los mismos, puede verse en «Los pazos gallegos», obra de Quintanar, Ozores y Cao. Vigo, 1928.)



Como aclaración para nuestros lectores de la simbología heráldica damos en el grabado de la izquierda la interpretación de los esmaltes y colores de las armerías, aceptadas en todos los estudios nobiliarios y heráldicos.

DE LA ANÉCDOTA A LA HISTORIA

Tertulia de "M.H."

Por ANTONIO MANUEL CAMPOY

CUATROCIENTAS MIL PESETAS Y CUATRO TESIS

Hace unos meses el ambiente literario de Madrid—o sea el de España—se saturó de asombro y de optimismo. Y en grado tal, que no recordamos en los últimos tiempos nada parecido. ¿Por qué? Pues muy sencillo: Porque D. Agustán Pujol, un catalán mecénico y sorprendente, ha puesto a disposición de los escritores españoles la bonita suma de cuatrocientas mil pesetas, trescientas mil de ellas para premiar tres obras teatrales, y las cien mil restantes para darlas como premio a una novela. Pero he aquí que la cosa no es tan sencilla como parece: El Sr. Pujol, que por algo es muy dueño de su dinero, quiere que las obras premiadas por él reúnan ciertas características especiales, es decir, que nuestro mecenas quiere que las tres obras de teatro y la novela se ajusten a cierta tesis que él propone. La cosa no es muy corriente, pero tampoco es para desesperarse.

DE BYRON, EL PERRO

Dice el músico Alfredo Domínguez que lo que más le agrada de Lord Bryon es el amor que profesó al dulce «Boatswain», aquel entrañable terranova que murió de melancolía, y al que Bryon veló la noche del 12 de noviembre de 1808.

ANTONIO ESPINA ANTE GALDÓS

Bueno, suponemos que iría de bromas. Pero es el caso que el escritor Antonio Espina (por no ser menos que "Clarín" cuando lo dijo a propósito de Cánovas del Castillo) llamó al gran Benito "enorme mediania". Y aún más: "novelista de ajo", añadió el señor Espina definiendo al autor de "Fortunata y Jacinta".

SAFO DE NOAILLES

No, el título no es un contrasentido ni una paradoja. Es, ni más ni menos, que Ortega y Gasset, haciendo un día la loa del lirismo condal de la poetisa francesa Ana de Noailles, la comparó a Safo, y por cierto que dijo cosas muy bellas sobre el "paralelismo de estas dos mujeres divinas".

NO, NO HUBO COLITIS EN LEPANTO

Don Luis Astrana Marín, que de treinta años acá anda liado con la biografía de Miguel de Cervantes, no tiene nada de particular que esté un tanto preocupado con su gran tema. Y así—según cuenta el poeta Juan Antonio Catarineu—una noche, saliendo de la tertulia del café Lepanto alguien habló de que el brebaje que servían en tal café producía colitis. Y Astrana Marín, que en aquellos momentos iría ensimismado en sabe Dios qué coloquios cervantinos, replicó vivamente:

—¡Cómo,! ¿Quién dice que hubo colitis en la batalla de Lepanto? No, no hubo nada de eso; sí lo sabré yo...

¡AY, QUÉ TIEMPOS...!

En la revista "Los Tiempos Modernos", de París, claro, vino hace unos meses un artículo que quería dárselas de enterado en cosas de la cultura española contemporánea. Y en ese articulito—sin el diminutivo sería hiperbólico—había algo que convendría aclarar por parte del poeta José García Nieto. O sea que el francés decía que los poemas del "joven maestro" son artificiales. Y es el caso que los admiradores de García Nieto se llevarían una alegría si el poeta admirado enviara alguna nota de artificio a Jean Paul Sartre, padre de la criatura, es decir, de "Los Tiempos Modernos".

¿DÓNDE ESTÁ RIVERA CHEBREMÓN?

"Sí, ¿dónde está el magnífico Rivera Chebremón?", preguntaba las otras noches Ledesma Miranda a sus contertulios. Y bien, ¿quién era Rivera Chebremón?, se informaron los oyentes. Y fué entonces cuando Ledesma Miranda hizo el recuerdo cariñoso y emocionado del poeta portorriqueño, el de las bellas estrofas y los impulsos bélicos, el que no se acostaba a gusto sin haberse metido en tres o cuatro camorras; el que más de una vez puso a Ledesma Miranda en trances de lamentar no ser Paulino Uzcudum, y el que un día lloró de emoción viendo cómo un joven literato tiraba de las barbas a don Américo Castro, en cierta bronca que se armó en el Ateneo de Madrid... "Sí, ¿qué es de Rivera Chebremón...?

EL PREMIO "CORREO LITERARIO" DE POESÍA

El Premio de Poesía instituído por la revista "Correo Literario", de Madrid, ha sido adjudicado al poeta Lorenzo Gómiz Ganahuja, de Barcelona, por un poema que presentó titulado "El perro". Pero lo asombroso es que para este Premio, bastante modesto en lo que a "economía" se refiere, han concurrido más de mil poetas, y entre esos mil y pico de poemas presentados, Dámaso Alonso, Leopoldo Panero y Luis Rosales, que eran los Jurados de este Premio, lo adjudicaron por unanimidad a Lorenzo Gómiz, y por si faltaba algo, preguntaron a Pepe García Nieto y a José Suárez Carreño sus opiniones sobre diez o doce poemas que les presentaron, y estos dos últimos poetas, como los tres primeros, acordaron que el Premio era de Lorenzo Gómiz, el joven poeta catalán amigo de los perros.

DON PÍO Y EL PÁNCREAS

Baroja, que allá en sus años mozos se hizo médico, tiende a resolverlo todo con esas explicaciones que nos dejan boquiabiertos. Una tarde, en la tertulia que sostiene en su casa de la calle de Alarcón, don Pío tuvo que asistir a cierta discusión que alguien planteó sobre el páncreas. Uno le preguntó al viejo maestro su opinión sobre este punto, esperanzado en que el médico asomara. Y don Pío, imperturbable, dijo así: "¡Ah, el páncreas! Eso del páncreas es algo muy raro... Sí, yo recuerdo que cuando estudié en Valencia tuve la impresión de que eso del páncreas era cosa bastante oscura; sí, muy raro. Pero no merece la pena... Es algo muy raro, sí, muy oscuro..."

¿DEL CABRAL HUMORISTA?

La revista "Correo Literario" nos trae en uno de sus últimos números una desconcertante sorpresa: Habla del humorista Manuel del Cabral. ¿Será este Cabral el mismísimo poeta—el gran poeta—dominicano? Si es así, que no nos vengan luego con que no existe la pluralidad del carácter, porque nosotros hubiéramos podido jurar que el admirado vate era, más bien que otra cosa, un hombre muy serio.

ABOLENGO DE LOS "DESCAMISADOS"

«No hará falta recordarle a Vd.—dijo a un pintor argentino un escritor español—que el partido de los *descamisados* tiene varios siglos de prosapia. Ya sabe Vd. que, en el siglo XIV, continuando sus tradiciones familiares, Silvestre de Médicis se puso a la cabeza de los *ciompi* florentinos, es decir, de los *descamisados*, el gran partido popular de Florencia en el Renacimiento.

AMOR A LA TIERRA, SÍ, SEÑOR

Hace unas noches, en el café Gijón, resonaron airadas voces, airadas y panegíricas voces. Eran las del novelista Marcial Suárez y las del escritor Castro Arines, quienes proclamaban contra viento y marea las excelencias de la lengua gallega (de la cual, dicho sea de paso, son académicos W. Fernández-Flórez, Eugenio Montes, Gamallo Fierros, etc.). Bueno, es el caso que proclamaron algo más que las excelencias: Castro Arines juraba que el gallego nada tiene que envidiar ni al latín, ni al francés, ni al inglés, ni al español... Marcial Suárez anduvo más comedido; se limitaba a presentar versos de gallego intraducible para el profano, mientras que el frenético Castro sostenía que el "Discurso del método" podría estar escrito en gallego. ("Y es la cuestión—dijo alguien que los oía—que si no fuera por el acento gallego que se traen éstos, lo que dicen sería muy bonito.")

Y BIEN, ¿QUÉ TIENE QUE VER LA LITERATURA?

Alfredo Marquerie, crítico teatral, y Juan Antonio de Zunzunegui, novelista, han pleiteado en torno a no sé qué asuntos literariopenales. Joaquín Pérez Madrigal, escritor y abogado, defendió a Alfredo Marquerie. Zunzunegui es un millonario bilbaíno. Marquerie no lo es, pero sí es, en cambio, número uno en ciertas oposiciones que hizo a secretarios de Ayuntamiento. Juan Antonio Zunzunegui acaba de ganar el pleito a Pérez Madrigal, y de rechazo también a Marquerie. Marquerie acaba de montar en cólera y en melancolías, y Pérez Madrigal se ha quedado sin "realizar" sus peticiones. Pues bien, Alfredo Marquerie, no contento con rasgarse las vestiduras periodísticas, quiere rasgarse las vocacionales incluso, y así como un señor pudiera juramentarse a no tomar más café porque un coñac que le sirvieron era detestable, Marquerie ha decidido dejar la literatura..., como si ésta fuera una melena o una novia.

LA SAL DE MADRID

Tomamos de la sección cotidiana de Serrano Anguita, en el diario vespertino *Madrid*, estas dos muestras.

—¿Ves a *Litri* y a Aparicio en esta moneda de cinco pesetas?

El interpelado, después de mirar cien veces el reluciente disco:

—Anda, explícame el truco, porque no doy con él.

—Pero, hombre, ¿cómo quieres ver con un duro a *Litri* y a Aparicio?

En diciembre, temporal sobre Madrid. Viento huracanado—que derribó centenares de árboles—y nieve. En la cartelera de un "cine" céntrico, la película de V. Fleming sobre la novela de Margaret Mitchell.

—¿Por qué cerrarían el parque del Retiro después del último temporal de nieve?

—Para que nadie pudiese ver de balde "lo que el viento se llevó".

DINERO EN LAS ALFORJAS

Hasta ahora, los poetas que han pasado por el teatro Lara, de Madrid, dejando sus poemas en las "alforjas para la Poesía", no pudieron sacar de ellas más que la papeleta que los numeraba en los recitales. Pero eso era antes. Ahora ya es otra cosa, y los poetas podrán sacar dineritos de esas alforjas. **DIEZ MIL DUROS** ha metido en ellas Conrado Blanco para que nuestros poetas se los lleven. Diez premios, de **CINCO MIL PESETAS** cada uno, para otros tantos poemas. Y podrán concurrir todos los poetas de España e Iberoamérica que quieran. Los premios se adjudicarán el 21 de marzo de 1951, Día de la Primavera, naturalmente. (¿No es mala noticia, verdad?)

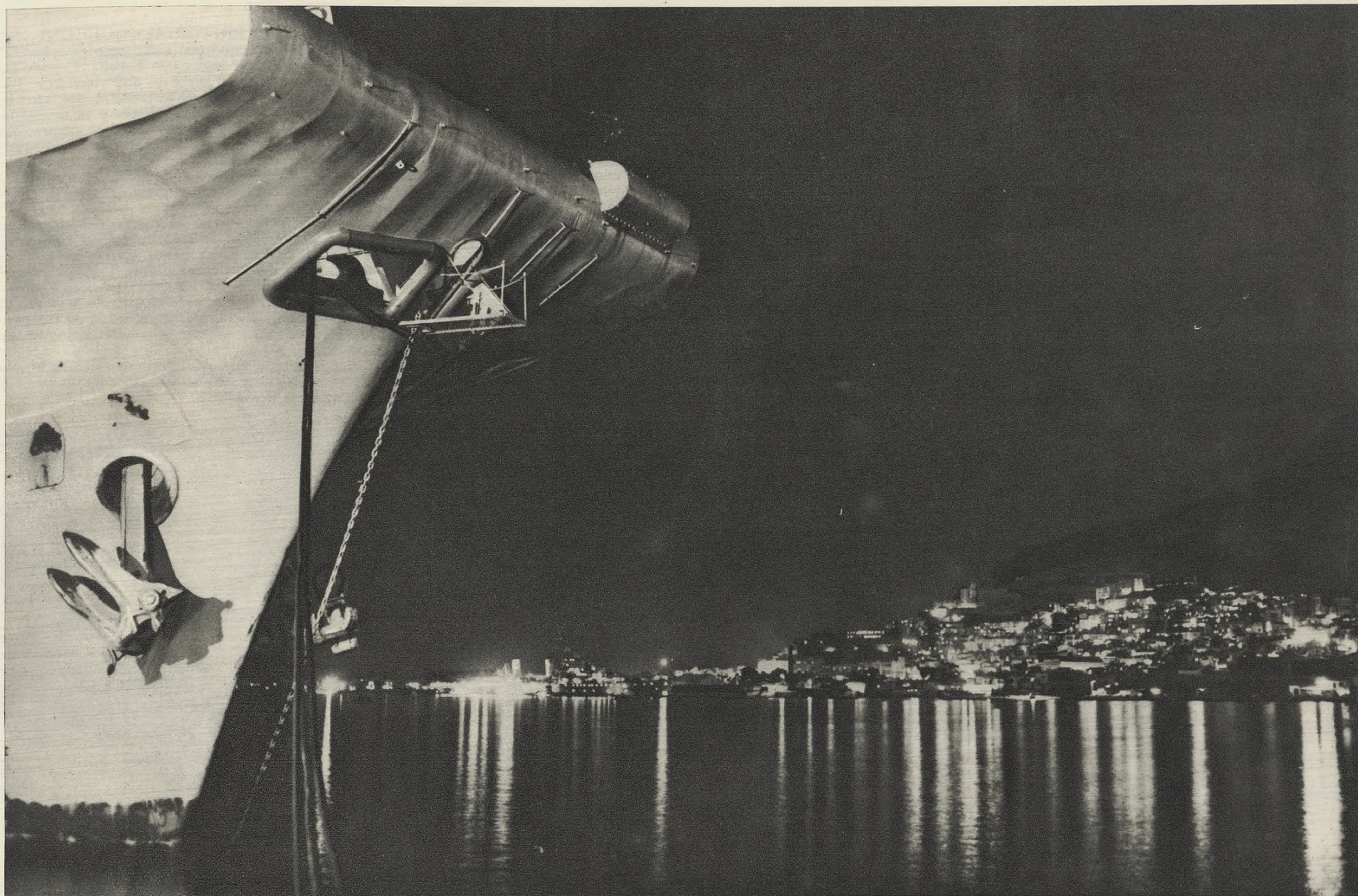
TARJETAS DE VISITA

El poeta Federico de Urrutia se ha hecho unas tarjetas de visita en las que pone, al pie del nombre, esta leyenda, llena de nostalgias: "señorito de antes de la guerra". Y otro poeta, por no quedarse rezagado, se ha hecho otras que dicen: "Federico Muelas, titiritero". (No es, pues, absolutamente necesario hacerse abogado o médico para anunciarse con tarjeta en una visita de cumplido. Basta con ser poeta, nada más.)

GIBRALTAR FRUTA MADURA

POR

CARLOS SENTIS



GIBRALTAR, DESDE LOS DÍAS DE NELSON, AUN MÁS QUE UNA FORTALEZA MILITAR ES UN PUEBLO, UNA ESCALA, UN CENTRO DE OPEraciones en la ruta vigilante de la Armada Británica. Cara a Algeciras, unas cuatro millas al otro lado de la bahía de este mismo nombre, Gibraltar abre su puerto, en una gran parte militar y en una pequeña parte civil o comercial. Algunas grandes unidades de la Flota británica, como el «Vengeance», muy en primer plano de nuestra fotografía, no caben en el interior del puerto y mojan, a poca distancia, sobre las tranquilas aguas de la bahía. Durante la pasada gran guerra, aún más que en la anterior, el puerto de Gibraltar fué escenario de importantes y trascendentales acontecimientos. En Gibraltar tuvo lugar la gran concentración naval que hizo posible el desembarco angloamericano en África del Norte. En aquellos días los buques llenaban casi por entero la casi totalmente española bahía de Algeciras... En aquellos días, y siempre desde que el alcance de la artillería supera la distancia de una milla, el puerto de Gibraltar puede funcionar gracias a la benevolencia española. Cuando la artillería sólo conocía poco alcance de tiro, el puerto de Gibraltar era casi tan inexpugnable como la fortaleza labrada, cual panal de abejas, en la gigantesca roca, de más de trescientos metros de altura, que se yergue, solitaria y espectral, como una auténtica columna de Hércules, en el extremo meridional de la península. El magnífico puerto gibraltareño, como su aeródromo, de construcción muy reciente, puede existir y rendir valiosos servicios, como en la última guerra, gracias a la neutralidad benevolente, tan calumniada, de España. Sin neutralidad benevolente, ni en los astilleros, ni en los docks se habría podido trabajar con eficacia. Los múltiples trabajos de reparación de naves y aun de fortificación del propio Peñón no podrían llevarse a cabo sin la cooperación de los 12.000 trabajadores que entran por la mañana en Gibraltar para salir por la noche y pernoctar en La Línea o en Algeciras. Los cuatro kilómetros cuadrados de territorio resultan escasísimos para la guarnición —compuesta de dos a cuatro mil personas— y la población autóctona, que asciende a unas veinticinco mil almas. Con la enemistad u hostilidad española —no hay en el mundo un solo tratadista que lo niegue— el puerto y el aeródromo no podrían, en absoluto, ser utilizados. Tanto el uno como el otro —especialmente el puerto— se hallan en el centro de un ancho círculo de montañas y elevaciones, desde las cuales se domina con tiro de variado y fácil calibre, no sólo el puerto sino todas sus instalaciones, depósitos de carburantes, talleres y cuarteles. Todavía sería mucho más fácil defender el puerto y el aeródromo de ataques aéreos que de una artillería fija y móvil que disparase en fuego cruzado desde los distintos puntos estratégicos de que dispone España, tanto sobre su suelo propiamente dicho, como sobre la tan cercana costa de África, al otro lado del Estrecho. La Fortaleza —el «Rock» tan caro de la época victoriana, blasón y leyenda de la *Navy* inglesa— podría, en rigor, resistir mucho tiempo gracias a sus galerías y artillado en el interior de su granítica mole. Pero ¿qué utilidad podría tener para Inglaterra la posesión en precario del «Rock», sin poder utilizar ni el puerto ni el aeródromo? El puerto, cuyas luces se reflejan poéticamente sobre las aguas en nuestra fotografía, es la vida, la propia razón de ser de Gibraltar. Es la primera escala de la ruta de las Indias, el «canal» vital de Inglaterra, cuya conservación y defensa ha motivado toda la política británica desde Napoleón hasta nuestros días. Después de Gibraltar, a menos de mil millas, está Malta (posesión mejor que Gibraltar por su condición de isla y por disponer de un territorio o espacio vital del que carece la antiguamente, hoy ya no, llamada «llave del Estrecho») y, después, más al oriente, a casi igual distancia, Port Said, y, finalmente, a poco más de mil millas, Aden. Este cordón umbilical era esencial para unir Inglaterra con la India. Pero, hoy, ¿dónde está la India?

ALGUNOS periódicos ingleses han motejado de inoportunos los comentarios que se han hecho, en distintos periódicos españoles, sobre el hecho de Gibraltar. «¿Por qué hablar de eso ahora cuando la situación del mundo y, en especial la de Inglaterra, se halla enturbiada por los acontecimientos en Asia?», se preguntaban algunos. En realidad no ha sido el Jefe del Estado Español con sus declaraciones, ni los comentarios de prensa española que le precedieron, los que han provocado esa actualidad de Gibraltar, que, por otro lado, se reproduce casi rítmicamente cada ocho o diez años. Muchas otras veces habrá sido España quien haya planteado este tema, y no le falta razón para ello, puesto que la reivindicación sobre Gibraltar es sustantiva y permanente. Sin embargo, precisamente en esta ocasión, no han sido los españoles sino el Gobierno inglés quien ha puesto sobre el tapete la cuestión de Gibraltar. Se ha modificado, aunque muy levemente, el Estatuto Jurídico-Político de Gibraltar. El Consejo Ejecutivo, presidido por el Gobierno que regía hasta ahora los intereses de la Colonia, ha sido sustituído por un Consejo Legislativo. Si en el precedente Consejo Ejecutivo todos sus miembros eran de designación oficial, en el presente Consejo Legislativo, hay cinco miembros de elección, popular, otros cinco de designación oficial—aunque dos de ellos pueden ser personas privadas o ajenas a la Administración—, y todos, en conjunto, están presididos, también, por el Gobernador, autoridad máxima de Gibraltar ahora, antes y en un indeterminado futuro, puesto que Gibraltar, por encima de todo, es una fortaleza militar y la población civil sólo existe como emanación de ella. Se podría haber cambiado este Estatuto, que en tan poca proporción afecta a la precaria ciudadanía de los gibraltareños, y, probablemente, la cosa no hubiera tenido más trascendencia si el Gobierno inglés no hubiera caído en el error de dar a este hecho una solemnidad, un aparato y una envergadura totalmente desconocida en la plaza. Durante años los ingleses han tenido el acierto de, como vulgarmente se dice, no hablar demasiado de «la soga en casa del ahorcado». ¿Cómo los ingleses preguntan ahora por qué los españoles han hablado tanto estos días de Gibraltar, cuando el Gobierno de Londres ha mandado a presidir la ceremonia de la inauguración del mencionado Consejo Legislativo, nada menos que a su Alteza Real el Duque de Edimburgo? El simpático yerno del Rey, se trasladó desde Malta, donde pasa parte del año al mando de una pequeña unidad de la flota, a Gibraltar, y el día 23 del pasado mes de noviembre habló en nombre del Rey y pronunció un discurso alusivo al acto.

El que esto suscribe, debido a la sola circunstancia de haber sido el único periodista español presente en la ceremonia de la inauguración del Consejo Legislativo, se ve obligado si no como experto, por lo menos sí como testigo presencial, a dar un reflejo de la significación política de la nueva estructura política gibraltareña y su planteamiento en la actual y futura política internacional.

No hacer eso, por parte de cualquier español, sería tanto como desertar del interés que debe demostrar por todo lo que puede ir ligado al presente, pasado y futuro de la Plaza de Gibraltar, preciada joya, un día, de nuestra Corona.

HE AQUÍ EL SECTOR, POSIBLEMENTE, MÁS DRAMÁTICO DE GIBRALTAR. ASÍ APARECE EL ISTMO, O FAJA TERRITORIAL QUE UNE EL «Rock» con la tierra madre, visto desde cierta altura de la escarpada roca. En primerísimo término se ve un rincón e instalaciones del moderno aeródromo gibraltareño, en gran parte ganado al mar. Es un aeródromo casi inverosímil. Lo atraviesa, de parte a parte, la misma carretera que une el Gibraltar inglés con España. Cuando un avión tiene que despegar o tomar tierra se echan unas vallas y la carretera queda interceptada, exactamente lo mismo que ocurre con el paso a nivel de una vía férrea. Tan pronto la carretera acaba de atravesar el aeródromo desemboca en la puerta o control (casetas de la extrema izquierda) donde montan la guardia «highlanders», soldados de artillería, y «policemen» cuyo acento gaditano tanto contrasta con su aspecto y uniforme, tan acusadamente londinenses. Un paso más, la verja queda salvada y ya se está en España, como lo atestigua la presencia de un infante español montando una simbólica guardia junto, materialmente pegado, a la verja inglesa. Esta llamada zona neutra, que muchos ingleses definen como un «no man's land», en realidad cae bajo jurisdicción española. Por ese territorio del istmo se pasean los soldados españoles que han construído los nidos de ametralladoras y casamatas que fácilmente se pueden apreciar en nuestra fotografía. El cinturón contra tanques que está a pocos metros de la verja es, en cambio, inglés. Muchas fricciones entre Inglaterra y España ha motivado esta zona de contacto. Durante la guerra napoleónica, aliados entonces ingleses y españoles, los primeros consiguieron de los segundos la destrucción de fortines y defensas ante la posibilidad —dijéronles— de que fueran utilizados por los franceses contra la plaza. ¡Hoy es un desolado, un triste y desierto campo el que media entre Gibraltar y La Línea de la Concepción!

Mas, ¿es mucho mejor la amalgama humana que vive en la superpoblada Línea? Al final, y a la derecha, de esa carretera casi lunar, se ven las casetas del control español e, inmediatamente, empieza el desordenado caserío de La Línea. Años y años de incuria han permitido la concentración en este lugar de más de 60.000 habitantes, venidos de todas partes al reclamo de un fácil tráfico. No existía La Línea antes del tratado de Utrecht. Su nombre arranca de su mismo emplazamiento. Casi la totalidad de los 12.000 trabajadores que contribuyen con su esfuerzo a la vida de Gibraltar viven en La Línea. Desgraciadamente no viven sólo los honrados trabajadores. Tal rapidez en el crecimiento del número de habitantes de La Línea se debe a motivos más próximos al contrabando que al trabajo propiamente dicho. Es casi un deber patriótico señalar el defecto congénito de esta ciudad. Muchos viajeros que, de escala en Gibraltar, siguiendo una ruta marítima o aérea, visitan los alrededores en breve paseo sólo se llevan de España la imagen de La Línea de la Concepción donde la miseria se une al desorden. Recientemente el Jefe del Estado Español ha tenido el excelente acuerdo de «adoptar» Algeciras y La Línea de la Concepción. Es de esperar que con este motivo y mediante la ayuda que eso supone, La Línea ofrezca mejor aspecto y puedan, entonces, los españoles enorgullecerse de la existencia de una población que hoy está ya entre las tres mayores de la poblada provincia de Cádiz.

Imposible de identificar en la fotografía, hacia la ladera de la montaña que al fondo dibuja su silueta, está la población de San Roque, en cuya Iglesia se venera la imagen de la Virgen de Gibraltar y donde está depositada la llave que se llevó consigo la población española cuando abandonó la plaza para no convivir con las fuerzas anglo-holandesas que en 1704, aprovechando la alianza con los españoles del Archiduque Carlos, ocuparon la plaza y enarbolaron un mal día la bandera de la Reina Ana.





EN ESTA FOTOGRAFÍA AÉREA SE ENCIERRA LA MEJOR EXPLICACIÓN DE GIBRALTAR. COMO UN ESTRIBO QUE INVITARE A LOS MOROS a tomar pie en la España visigótica, Gibraltar ofrece su único lado suave, su ladera en plano inclinado al mar del Estrecho, a las más vecinas costas africanas. Al llegar a la cima, la ladera se quiebra —«Salto del lobo»— como el tajo de un cuchillo y Gibraltar quiebra en escarpado, casi en pared perpendicular, su cara que da hacia el interior, hacia su madre España. He aquí, muy brevemente expuesta, una de las razones por las cuales Gibraltar ha resistido tantos sitios terrestres y sólo ha podido ser, cual navío, abordado con alguna mejor fortuna desde el mar. Desde las crestas que se ven en el extremo derecho de la fotografía hasta el pie donde está emplazado el aeródromo (siempre refiriéndonos a la cara que da a La Línea) hay trescientos metros de picado. La naturaleza no cede sus derechos y no se arredra ni poco ni mucho por el «Empire State Building» de Nueva York y menos por la Torre Eiffel de París... Por el lado Sureste, completamente invisible en la fotografía, el escarpado cae casi directamente sobre el mar. En algunos sitios apenas hay emplazamiento para una carretera circular sobre la cual a veces cae rodando y saltando alguna piedra proyectada por la mano de algún mono, personajes casi sagrados de Gibraltar y que sólo viven en la parte más alta de la montaña. En otros sitios de ese lado —el más abrupto— hay, sin embargo, una pequeña ensenada como en la que está situado el antiguo villorrio de pescadores llamado de los catalanes. En el primer término de la fotografía, y a la derecha, se ve un pequeño faro. Ésa es la célebre Punta Europa. ¿Es ése realmente el punto último de nuestro Continente o es el cabo de Tarifa? El cabo de Tarifa está más al sur y, desde luego, bastante más cercano de las costas de África que la Punta Europa gibraltareña. Sin embargo, la historia y la leyenda han querido que esté en Gibraltar el último punto de Europa. Y ha sido así en todas las épocas.

En los primeros años de la Reconquista, Gibraltar fué tanto una plaza fuerte como un santuario. «Nuestra Señora de Europa» tenía una capilla no lejos de donde hoy emerge el faro más arriba señalado y era objeto de peregrinaciones desde varios puntos de la baja Andalucía. Poco después del alevoso establecimiento en Gibraltar de las fuerzas de Rooke (quienes, primeramente, tomaron posesión del Peñón en nombre del español Don Carlos de Austria) la soldadesca se dedicó a la destrucción y pillaje de las iglesias y conventos. Se vivía entonces todavía en el envenenado clima de las guerras religiosas y el odio contra el «papismo» produjo hechos lamentables que se unieron, por si algo faltaba, a la maniobra político-militar del expolio. El nada sospechoso autor inglés G. T. Garrat dice en su libro publicado en Londres en el año 1939: «Mas los mayores desórdenes se cometieron en la ermita de «Nuestra Señora de Europa». Los marineros y soldados del príncipe de Hesse —es curioso recordar que era alemán— maltrataron la imagen de la Virgen y arrancaron la cabeza del Niño Jesús que la Virgen sostenía en sus brazos. Algunas mujeres sufrieron ultrajes e insultos, lo que provocó a su vez diversos actos de venganza por parte de los gibraltareños, quienes dieron muerte a los opresores. En ese deplorable estado de cosas los desgraciados ciudadanos —quienes se habían defendido valerosamente y habían obtenido una honorable capitulación, que les permitió quedarse en Gibraltar sin ser molestados— tomaron una resolución muy poco frecuente en la Historia: prefirieron abandonar la ciudad donde habían nacido antes de someterse a una dominación extranjera» (página 49 de *Gibraltar and the Mediterranean*).

También por esa misma ladera suave, que casi flota entre las entrecortadas corrientes del Estrecho, entró en España el persa Tarik con un Ejército de bereberes. Tarik fué el primer hombre que comprendió el valor estratégico de la Roca de Gibraltar. No es injusto, pues, que ya para siempre se haya llamado, al hasta entonces mitológico «Mons Calpe», Tabel Tarik o Montaña (Tabel) de Tarik.

LA ESTAMPA DE UNA CALLE DE GIBRALTAR SIEMPRE SE OFRECE EN PLANOS SUPERPUESTOS. LA ESCASA FAJA DESTINADA A LA POBLACIÓN civil —constreñida entre la roca fortificada por un lado y la zona prohibida del puerto, astilleros o aeródromos, por otro—, obliga a los habitantes a una vida un poco concentrada. Sin las salidas a España los habitantes de Gibraltar llegarían a sufrir claustrofobia. Esa atracción que en ellos ofrece la «salida» a España quizás explique el porqué del curioso hecho de ver apegado a los actuales gibraltareños a la lengua, costumbres y religión comunes al resto de España, a pesar de que menos de un cuarto de la actual población es de origen español. Para comprender lo que se acaba de decir bastará citar los apellidos de los cinco elegidos directos para el Consejo Legislativo, todos ellos personas muy respetables y queridas por sus conciudadanos: Isola, Panayotti, Risso, Hassan y Patrón. Se representan en esos apellidos los distintos orígenes de la población actual de Gibraltar, cuyas raíces van de Malta a Génova y del Norte de África —árabes o semitas— a la Baja Andalucía. Son, los gibraltareños, gentes muy simpáticas y hospitalarias, dedicadas en su mayor parte al comercio y algunos, con gran espíritu de empresa, a la industria. Existe una importante factoría pescadera y se están construyendo otras instalaciones modelo que honran mucho al espíritu de trabajo de los gibraltareños, cuya condición políticamente ambigua no hace más que extremar, por parte española, una desinteresada simpatía hacia ellos. Bajo estos tejados españoles —Tejas se llama un Estado de la Unión Americana, también de neta raíz hispana— viven esforzadamente miles de gibraltareños. Durante la última guerra sufrieron incomodidades de todo orden. Muchísimos de ellos, la gran mayoría, ante el peligro de bombardeos ítalo-germanos hubieron de ser evacuados a Londres, donde muchos murieron por mortíferos bombardeos que, a la postre (siempre gracias a la neutralidad española), no padeció Gibraltar, cuyo peor bombardeo aéreo tuvo lugar cuando los franceses del Norte de África quisieron vengarse del cañoneo de Mazalquivir. Hoy, en la paz, los gibraltareños también viven físicamente constreñidos por la escasa dimensión, agravada por las crecientes necesidades militares, especialmente por la construcción del aeródromo. Antes de la guerra española, más de dos mil de entre ellos vivían entre Algeciras y La Línea. Pero hoy, si ningún trabajador español pernocta en Gibraltar, tampoco ningún gibraltareño reside fuera de los límites de la Plaza, donde por la tarde busca solaz jugando al tenis o al futbol en los campos y pistas enclavados entre cañones, túneles y astilleros. En Gibraltar, lo español, como en esa fotografía donde no falta ni el caballo atado, a la andaluza, junto al alféizar de la ventana, que se mezcla curiosamente con lo inglés. Tiendas imitando las de Bond Street conviven bajo rótulos de apellidos españoles, como esa famosa tienda de novedades cuyo título campea sobre la puerta: «Fernández Sisters»





MAÑANA EN GIBRALTAR, PODRÍA TITULARSE ESTA FOTOGRAFÍA. LAS CASAS —LAS DE MÁS ARRIBA CONSTRUCCIONES MILITARES Y anexos, como la Y. M. C. A.— ascienden trabajosamente por la ladera de la «Roca» hasta que la verticalidad granítica les impide totalmente proseguir. Abajo, las calles limpias y asfaltadas por donde transita una atareada población de neto aspecto español. La mujer con la niña en un primer término y esa fuerte vendedora de frutas que habrá entrado en Gibraltar con el sol, al brazo su cesta repleta de naranjas, de manzanas o de uvas procedente de Algeciras o de la Línea... Ninguna de las dos, sin embargo, ofrece el aspecto tan hispano como esa mujer ya madura que con el capazo en la mano hace desfilar su riguroso luto contra la blanca cal de la pared del fondo (a la derecha). España y el sur de España se ven en esa viva fotografía, toda ella encuadrada bajo las altas y sosegadas palmas de un día de otoño. En esa calma de los países de gran sol, Gibraltar entra en los presentes años en una nueva fase de su historia que parece ser ignorada por algunos ingleses aferrados a la idea de que «Gibraltar es una tradición», aunque no es desconocida por otros ingleses más avisados y realistas quienes ven fatalmente avanzar una nueva situación en la vida histórica de Gibraltar. Estamos viviendo, como dijo quizás antes que nadie el inglés G. T. Garrat, el fin de una era para ese Gibraltar de solidaria grandeza.

El desarrollo increíble de las armas modernas por un lado y la recesión del Imperio inglés por otro lado serían motivos suficientes para ver entrar a Gibraltar en una nueva fase. Pero nada lograría cambiar el futuro de Gibraltar tanto como la amenaza del gran Imperio ruso que obliga a todos los occidentales a darse las manos para no perecer como los griegos durante las guerras del Peloponeso. En una futura guerra Gibraltar sería un instrumento del Pacto del Atlántico. Y si España figurara en esa defensa, debería ser ella —cuya neutralidad ha hecho posible en las más recientes ocasiones la eficacia militar de Gibraltar— la única que pudiera aportarlo a la estrategia occidental, lo mismo que aportaría Menorca, Vigo o los aeródromos de la Meseta. ¿Cómo podría ser de otra manera? Nadie podría pedirle que aportara todo su suelo a la defensa común sin Gibraltar, porque esto sería más que desmedido: sería inicuo. No hay que perder de vista, mientras tanto, la táctica con que Norteamérica ha disuelto, en más de una ocasión, alguna de las formas estrechas del colonialismo de Inglaterra como condición para compartir con ella la defensa militar.

Por primera vez desde hace dos siglos, la granítica roca de Gibraltar está entrando «políticamente», en una fase flúida. Algo habrán intuído los gibraltareños de ese imponderable sustancial que pasa por la constelación atlántica, aunque sus reacciones yerren de dirección, lo cual no es de extrañar, habida cuenta de su origen. Así, más o menos recónditamente, muchos de ellos —especialmente los comerciantes, que constituyen la mayoría— abrigan la tendencia de ir hacia una «tangerización». Esa tendencia, que, claro está, en modo alguno cuadra con la invariable tesis española, es, sin embargo, reveladora de que algo hormiguea en Gibraltar.

LOS ERRORES DE ROOSEVELT

BASTA con leer dos libros, La política exterior británica, *de Sir Edward Grigg, y* La política internacional norteamericana, *de Walter Lippman, para darse cuenta de que los ingleses tienen una política internacional de fácil canalización de los acontecimientos, desde los tiempos de Gladstone y de Disraeli, y de que los norteamericanos no han tenido una política internacional específica hasta ahora, no habiendo en ella más que dos cuerdas: la del aislacionismo y la del intervencionismo. Éste es el rudimentario instrumento de la política internacional norteamericana, al que solamente los años irán poniendo más cuerdas.*

Sin embargo, por circunstancias históricas, de todos conocidas, los Estados Unidos se han visto erigidos en uno de los árbitros de la política internacional. El primer paso (en falso) hacia esa preeminente posición, lo dió Wilson. Fué desautorizado por el Congreso. El segundo paso, esta vez decisivo, lo dió Franklin Delano Roosevelt, como consecuencia de la segunda guerra mundial. ¿Estaba preparado este hombre para contraer las responsabilidades que contrajo y para tomar las decisiones que tomó? A estas preguntas se han dado muchas respuestas; en torno a ellas se han suscitado muchas polémicas. Hay el bando rooseveltiano y el bando antirooseveltiano. Nosotros, para responder a esas preguntas, nos ceñiremos a los acontecimientos que han sancionado su obra, especialmente los capítulos que se refieren a sus relaciones con Rusia.

Roosevelt no conocía bien a Rusia ni a los bolcheviques rusos. Sus ideas sobre ellos eran las del americano medio. Nunca identificó totalmente a la U. R. S. S. con el comunismo y sus planes internacionales. No conocía literatura comunista. Harry Hopkins regresó de Moscú, de vuelta de sus misiones presidenciales, con las manos vacías. En cambio, Bedell Smith, en uno de sus viajes a Washington, le trajo a Truman «Los principios del leninismo», de Stalin. Tampoco Roosevelt tuvo la ocurrencia de pedir, como Truman al almirante Ellis M. Zacharias, un informe sobre el pensamiento político y el carácter de Stalin.

Roosevelt «trabajó» con los rusos a ciegas, fiándose de las meras apariencias. En el Departamento de Estado disponía de hombres muy enterados en cuestiones rusas, como Kennan, pero utilizó muy poco sus servicios. En general, no le gustaban los diplomáticos y creyó que bastaba la lealtad y la inteligencia de Harry Hopkins, su «eminencia gris», para llevar adelante su política internacional. Naturalmente, se equivocó. Se engañó y le engañaron. Además, Roosevelt apuró hasta el máximo sus casi ilimitadas atribuciones presidenciales y obró casi siempre de una manera muy personal, improvisando sobre la marcha. Se daba perfecta cuenta de los intereses que andaban en juego, pero los subestimaba. Las consecuencias de su ligereza han sido de una enorme gravedad y sus errores los está pagando ahora el mundo entero, en mayor cuantía que nadie los americanos.

1

LA CARTA ZABROUSKY

ROOSEVELT no disponía de una falsilla, como Churchill o Stalin, para hacer una política internacional, de estilo norteamericano. Su única cuerda, como decíamos más arriba, fué el intervencionismo. Es dudoso, pues, que nuestro hombre tuviese, por lo menos en la cabeza, un verdadero plan de reajuste mundial, de reparto de hegemonías y de esferas de influencias para cuando terminase la guerra.

Sin embargo, existe un documento por el que podría colegirse que Roosevelt había pensado en este plan. Nos referimos a una carta dirigida a Zabrousky, fechada en la Casa Blanca el 20 de febrero de 1943 (fecha muy significativa), y que llegó a poder del Generalísimo Franco. Esta carta, fué publicada íntegramente en el libro del diplomático español José María Doussinague *España tenía razón* y de ella extractamos lo siguiente: «...Así, el continente americano quedará fuera de toda influencia soviética y bajo exclusiva de los Estados Unidos... Aparte concederse a la U. R. S. S. la salida al Mediterráneo, cederíamos respecto a sus deseos en Finlandia y en el Báltico en general y exigiríamos a Polonia una sensata actitud de comprensión y arreglo, quedando amplio campo de expansión, además, a Stalin, en los inconscientes pequeños países del Este europeo, habida cuenta, empero, de los derechos de la fidelidad yugoeslava y checoeslovaca, aparte de la recuperación total de los territorios que temporalmente le han sido arrebatados a la Gran Rusia»...

Tal vez Roosevelt no haya sido sincero en esta carta. Tal vez lo único que se propuso, al escribirla, fué estimular a la Unión Soviética con tan espléndido botín. Pero, sea como quiera, todo lo que ha seguido desde Yalta hasta nuestros días, no es más que una exacta y puntual confirmación de lo expresado en la carta a Zabrousky, que llenó de consternación al Palacio de Santa Cruz. Si ese era el Plan de Roosevelt, sobre el que insistió más tarde en Teherán y Yalta, no puede decirse, ciertamente, que su obra haya dejado de realizarse, como pretende su hijo Elliot en su libro *As he saw it* («Como lo vió él»). De este plan se deduciría que Roosevelt no pensaba, para la postguerra, en un mundo, en un solo mundo, como su rival Wendell Willkie, sino en dos mundos, uno girando en la órbita de Moscú y otro en la órbita de Wáshington. Semejante *Weltbild* postbélico, acusaría también su ignorancia de los planes soviéticos, que comprenden un solo mundo... pero exclusivamente comunista.

2

EL ANTICOLONIALISMO

ROOSEVELT, como casi todos los americanos, aborrecía la política colonial de las grandes potencias europeas. Sentía, por llamarlo de alguna manera, el «complejo de Tom Paine». Uno de sus planes, para la postguerra, era terminar con las colonias. Este propósito lo repetía constantemente. Ya a bordo del «Augusta», cuando la Conferencia del Atlántico, dijo: «Norteamérica no prestará ayuda a Inglaterra en esta guerra tan sólo para que continúe ejercitando su dureza con los pueblos coloniales». Durante la conferencia de Casablanca y más tarde en El Cairo, insistió en que los Estados Unidos no permitirían por más tiempo la esclavitud de los pueblos colonizados. Y cuando se entrevistó con la reina Guillermina de Holanda, le insinuó igualmente, que fuese pensando en devolverles la independencia a los indonesios...

No vamos a reprocharle a Roosevelt la nobleza y humanidad de estas ideas. De esta doctrina suya anticolonialista ha quedado el Cuarto Punto de Truman, que ahora está administrando un Rockefeller, y del que se benefician y se beneficiarán muchos países atrasados. Pero los principales beneficiarios del anticolonialismo rooseveltiano han sido, naturalmente, los rusos, que han izado la bandera del «monroismo amarillo» para canalizar hacia el comunismo el espíritu de independencia de los pueblos del Asia, basándose en su tremenda densidad demográfica y en su escasez de recursos. Por algo la norteamericana *Population Reference Bureau* acaba de decir que el principal aliado del comunismo en Asia es *the stork*, la «cigüeña»...

Al abandonar las potencias europeas sus colonias en Asia, han dejado expedito el camino de la dominación a las quintas columnas soviéticas «camufladas» en los nacionalismos amarillos, siendo su signo, paradójicamente, más antinorteamericano que antibritánico o antiholandés, por el sencillo hecho de que los Estados Unidos, por obra y gracia de la propaganda soviética, se han convertido en adalides de la expansión colonial imperialista, cuando en realidad Norteamérica nunca fué una potencia colonial. Este hecho «curioso» ya lo registró Anthony Eden hace algún tiempo, con ocasión de un viaje por el Asia.







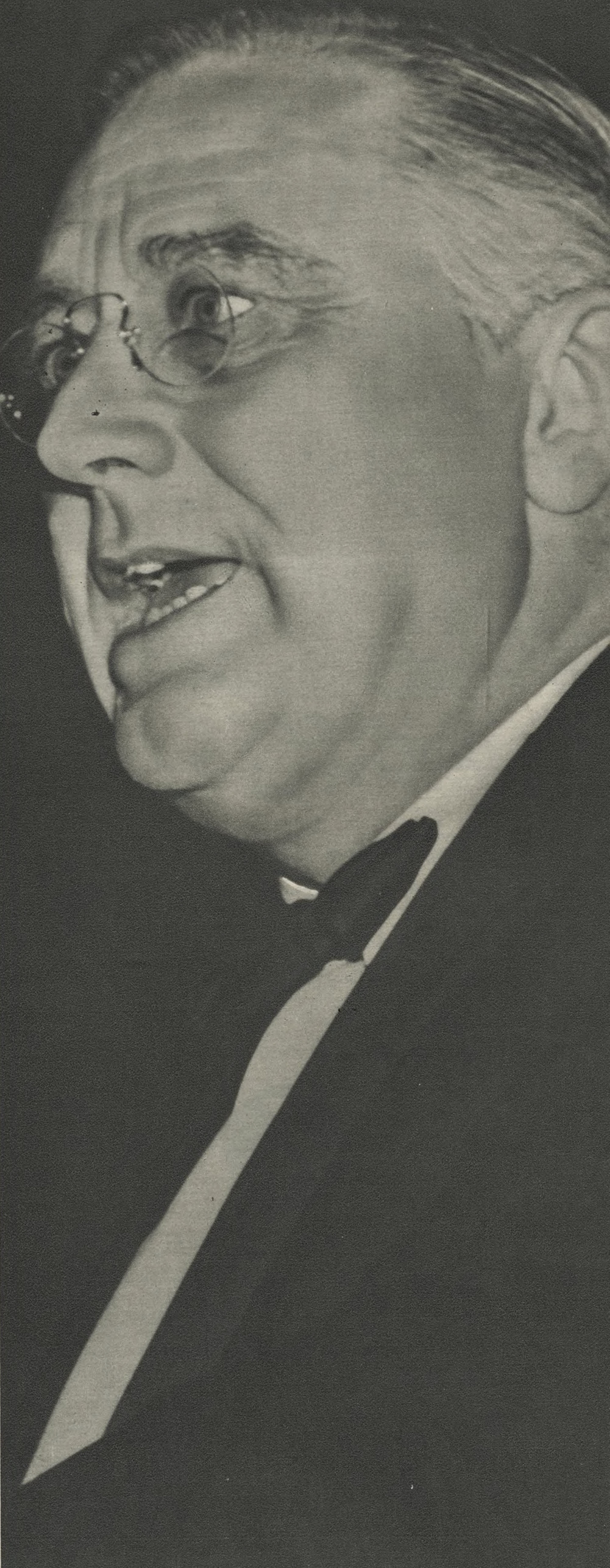


Los «grandes» fueron casi siempre tres, quizá porque Francia quedaba en mediana, al menos en las sonadas entrevistas históricas o en la «pose» para la posteridad. He aquí el recuerdo de cuatro conferencias en las que se iniciaron y fraguaron los errores fundamentales para el futuro, para esta postguerra atormentada. Conferencias de El Cairo, con Chang-Kai-Chek, Roosevelt, Churchill y señora del generalísimo chino; Teherán, con Stalin, Roosevelt y Churchill, y, a sus espaldas, Molotov y Eden; Yalta, con Churchill, Roosevelt y Stalin, con Eden, Stettinius y Molotov, y Postdam, con Atlee, Truman, Stalin y los respectivos ministros de Asuntos Exteriores: Bevin, Byrnes y Molotov. «La culminación de todas las concesiones de Roosevelt a la U. R. S. S., ciegamente confiado en Stalin, fué la conferencia de Yalta». En Postdam, Truman no tuvo tiempo a dar la marcha atrás. ¡Buena herencia le había dejado F. D. R.!

3

EL «BAJO VIENTRE DE EUROPA» Y LA MURALLA DEL ATLÁNTICO

EN la conferencia de Quebec se decidió la creación de un segundo frente en Europa. Este segundo frente se iniciaría poniendo una cabeza de puente en Normandía (operación «Overlord»). Churchill consintió, en principio, pero en seguida comenzó a mostrarse inquieto y vacilante. Ya durante la conferencia de El Cairo y después de la de Teherán manifestó que el «Overlord» debería realizarse golpeando en «el bajo vientre de Europa» (los Balcanes), en vez de atacar frontalmente a la Muralla del Atlántico. Churchill temía, en realidad, que los rusos llegasen antes que ellos a Belgrado, Bucarest, Budapest, Viena, Praga y Berlín y que después fuese imposible desalojarles de allí. El ge-







LIMITES DE LA URSS. EN 1939. TELON DE ACERO: DENTRO, LA URSS., TERRITORIOS ANEXIONADOS Y PAISES SATELITES. ZONAS DE FRICCION

neral Marshall, por el contrario, se ceñía a los acuerdos de Quebec —ataque frontal en Normandía —y Roosevelt apoyó con todas sus fuerzas a su jefe de Estado Mayor...

La consecuencia fué que, efectivamente, los rusos llegaron primero a las capitales del centro de Europa, con los resultados conocidos... En un libro aparecido recientemente en los Estados Unidos, *The man of Independence* («El hombre de Independence», es decir, Truman), se cuenta que el actual Presidente, al ver las consecuencias de la retirada de las tropas norteamericanas que entraron en Praga, exclamó: «Si entonces hubiera sabido lo que hoy sé, esas tropas habrían avanzado hasta las mismas fronteras occidentales de Rusia.» Pero también era demasiado tarde. La obstinación de Roosevelt en contradecir la tesis churchilliana, hizo que el telón de acero avanzase y cayese sobre el corazón de Europa. La desmovilización hizo el resto.



LA «ALMONEDA DE YALTA»

La culminación de todas las concesiones de Roosevelt a la Unión Soviética, ciegamente confiado en Stalin (mucho más que en Churchill), fué la conferencia de Yalta, compendio y resumen de todas las habidas anteriormente. La tesis del que entonces era Secretario de Estado, Edward R. Stettinius, según la cual fueron los soviets los que traicionaron los acuerdos allí adoptados, es absolutamente correcta. Pero como argumento de descargo de las responsabilidades de Roosevelt, no puede ser más endeble. Si los rusos traicionaron los acuerdos de Yalta, fué porque no se hizo nada para evitar esa traición; porque el Presidente, sin tener absolutamente ninguna razón para hacerlo así, confió infantilmente en Stalin. Yalta equivalió a la ratificación y ejecución de los planes expuestos dos años antes en la carta a Zabrousky. De Yalta salió la Gran Rusia de que hablaba Roosevelt en aquella carta terriblemente inquietante.

En esa conferencia de los Tres Grandes, Maisky obtuvo 10.000 millones de dólares de reparaciones alemanas para Rusia, «en especie». (Como reparaciones se entendía, además, el uso de «mano de obra alemana», gracias a lo cual millones de alemanes se encuentran todavía en Rusia, en los campos de trabajo.) Los rusos, como consecuencia de las concesiones de Yalta, ampliaron su territorio en cerca de 300.000 millas cuadradas, a costa de Europa y de Extremo Oriente. Dos Repúblicas Socialistas Soviéticas —Ucrania y Rusia Blanca —fueron admitidas como miembros fundadores de las futuras Naciones Unidas y, a instancias de Stalin, se otorgó el derecho al veto, en el Consejo de Seguridad, a los «grandes», que Rusia ha utilizado, como hemos visto, para hacer prácticamente nula la actividad de las Naciones Unidas.

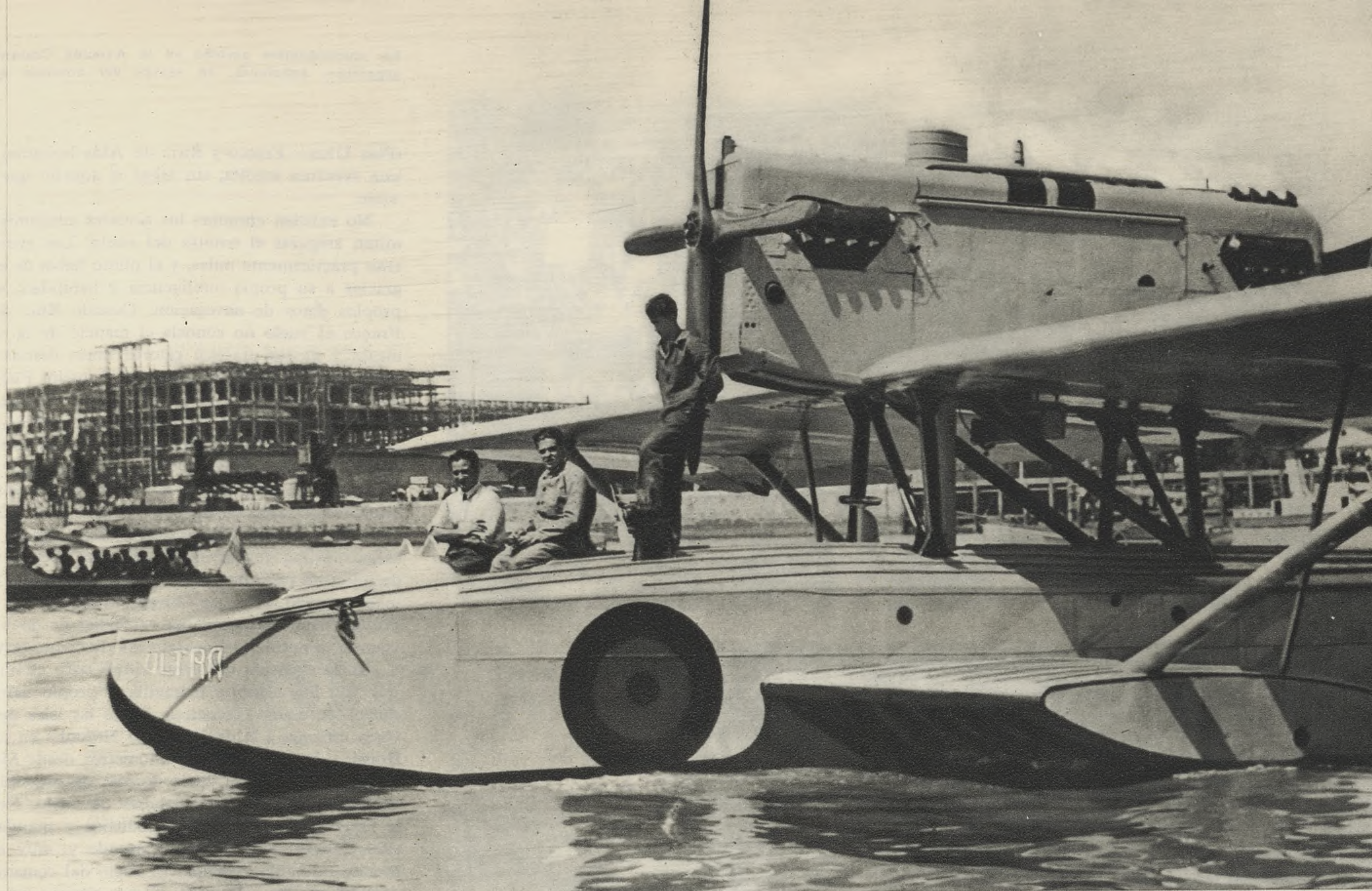
Finalmente, vino lo más grave de todo: El protocolo secreto, firmado al día siguiente de la terminación oficial de la conferencia, entre Roosevelt y Stalin, por el que los Estados Unidos, a cambio de que Rusia entrase en guerra con el Japón, reconocían a la U. R. S. S. el derecho a posesionarse de las Islas Kuriles, y propugnaba «la restauración de los antiguos derechos de Rusia, violados por el traidor ataque del Japón en 1904» (!) (James F. Byrnes, *Hablando con franqueza*, página 52). Esa «restauración» quería decir: devolución a Rusia de la mitad meridional de la isla de Sajalin, internacionalización de Dairen, arriendo de Puerto Arturo y explotación conjunta, por Rusia y China, del Ferrocarril Oriental Chino y Sur-Manchuriano.

Comentando esta «venta» de Extremo Oriente, y principalmente de China, a los rusos (violando las seguridades dadas a Chan-Kai-Chek en El Cairo), escribió Summer Welles en su libro *¿A dónde vamos?* lo siguiente: «Esas condiciones, que harían imposible para una China nuevamente unificada el ejercicio de una plena soberanía sobre Manchuria, son las más discutibles de todas, dada la ausencia de China de la conferencia en que se acordaron.

¿Discutibles? Tal vez lo fueron. Ahora, ya se ha visto —y se está viendo— lo que ocurre en Extremo Oriente, con China, con Corea, con Formosa, con Indochina. Y lo que ocurre en Europa, partida en dos por el telón de acero. El hombre que hizo posible todo esto, no fué Stalin, sino Roosevelt. Tal vez con buenas, pero infantiles intenciones. Sin olvidarnos de que también el infierno está empedrado de buenas intenciones. Sobre su tumba, en Hyde Park, podría ponerse el siguiente epitafio: «Aquí yace un hombre; el único error que no cometió, fué sobrevivir a su obra».

MANUEL BLANCO TOBIO

EN LA PÁGINA 51 DE ESTE NÚMERO, TEXTO COMPLETO DE LAS CARTAS SOBRE RUSIA Y EL COMUNISMO, CRUZADAS EN EL AÑO 1943, ENTRE EL EMBAJADOR NORTEAMERICANO EN MADRID, CARLTON J. HAYES, Y EL ENTONCES MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES DE ESPAÑA, CONDE DE JORDANA.



El hidroavión «Plus Ultra» amarado en el Puerto de Buenos Aires. En la proa, Franco y Durán.

EL VUELO DEL "PLUS ULTRA" HACE VEINTICINCO AÑOS

POR

MANUEL G. DE ALE

RESUMEN DEL VIAJE

Primera etapa, 22 enero: **1.315 Km. en 8 h.**
PALOS DE MOGUER - LAS PALMAS

Segunda etapa, 26 enero: **1.700 Km. en 9 h. 45'**
LAS PALMAS - CABO VERDE

Tercera etapa, 30 enero: **2.305 Km. en 12 h. 15'**
CABO VERDE - FERNANDO DE NORONHA

Cuarta etapa, 31 enero: **540 Km. en 3 h. 40'**
FERNANDO DE NORONHA - PERNAMBUCO

Quinta etapa, 4 febrero: **2.035 Km en 12 h. 10'**
PERNAMBUCO - RÍO DE JANEIRO

Sexta etapa, 9 febrero: **2.045 Km. en 11 h. 15'**
RIO DE JANEIRO - MONTEVIDEO

Séptima etapa, 10 febrero: **180 Km. en 1 h. 9'**
MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

Kilómetros recorridos **10.120**
Tiempo invertido .... **58 h. 14'**

Reverso de la medalla conmemorativa de la hazaña del «Plus Ultra», sobre el Océano Atlántico.

DESPUÉS de Cristóbal Colón y de los Pinzones, Ramón Franco y Ruiz de Alda. Después de las tres heroicas carabelas, este aparato «Dornier» —el «Plus Ultra»— primario artefacto con relación a las naves aéreas de hoy. La anticipación heroica, lo inverosímil, parece ser el destino de España. En 1925, el aire empieza a ser conquistado. Precisamente entonces, a los 533 años de aquella aventura marinera a lomos de olas atlánticas, esta nueva aventura marítimo-aérea, que viene a ser como la revalidación moderna de la tradicional audacia española. Otra vez se produce un ancho gesto de asombro en todo el litoral del Nuevo Continente. Pero esta vez no son ya aborígenes con lanzas en la mano y plumas en la cabeza los que se maravillan. Son miles y miles de ciudadanos con americana y canotier, los que vuelven sus ojos anhelantes hacia el mar y el cielo, en Pernambuco, en Montevideo, en la Avenida Costanera de Buenos Aires, en espera de ver aparecer el «Plus Ultra», el hidro español que acaba de pasar de siete gigantescos saltos, el Atlántico. Por primera vez, quizá, desde los comienzos de su historia, los hispanoamericanos de toda América se sintieron orgullosos de sus apellidos españoles. ¡La anticipación heroica es el destino de España!

También el hidro «Plus Ultra», llamado en su tiempo la «Santa María del aire», antes de levantar su audaz y heroico vuelo sobre el Atlántico, fué mecido por las mismas aguas que las tres carabelas colombinas, en Palos de Moguer. Allí habían de empezar, sobre la misma agua, las dos grandes aventuras históricas.

Es difícil para el hombre de hoy, y más aún para el joven, formarse una idea de lo que representó hace veinticinco años el vuelo del «Plus Ultra». Hoy, los aviones cruzan la tierra de parte a parte sin que estos vuelos inmortalicen a sus pilotos, quienes saben que realizan algo rutinario y sencillo con horarios matemáticamente previstos en las líneas regulares de navegación aérea. Pero no fué esto lo que sucedió con el vuelo del

La muchedumbre porteña en la Avenida Costanera, escruta el cielo argentino, anhelante, en espera del amaraje del «Plus Ultra».



«Plus Ultra»: Franco y Ruiz de Alda hubieron de enfrentarse con una aventura inédita, sin saber si aquello que intentaban era posible.

No existían entonces los actuales adelantos técnicos, que permiten asegurar el triunfo del vuelo. Las ayudas a la navegación eran prácticamente nulas, y el piloto había de elaborarse él mismo, gracias a su propia inteligencia y habilidad, «artesanamente», sus propios datos de navegación. Cuando Ruiz de Alda acordó con Franco el vuelo no conocía el manejo de la «radio», durante dos meses y medio practicó catorce horas diarias hasta garantizar la transmisión y recepción durante el vuelo. Fué él quien tenía que orientarse con el gonio para recaladas en puertos extraños, solamente conocidos por referencias cartográficas. Fué él quien tuvo que medir en ruta las derivas para poder estimar las velocidades del avión y del viento. Otro tanto cabe decir de Ramón Franco, aferrado al volante de su «Dornier» sin un instante de desfallecimiento a lo largo de las largas etapas, con más de doce horas de vuelo, con despegues escalofriantes, cargado el hidro —de una carga máxima de dos mil kilos— con más de tres mil. Su pericia de piloto se puso de manifiesto en la llegada a Pernambuco con un motor parado, viéndose obligado a arrojar del hidro todo el lastre posible para conseguir una velocidad de 90 kilómetros por hora, cuando lo normal del aparato era de ciento ochenta.

En la aventura del «Plus Ultra» todo es una continua sorpresa que aún hoy asusta y maravilla al propio tiempo. Siete etapas, la mayor de 2.305 kilómetros, desde las islas de Cabo Verde en la costa africana a la de Fernando Noronha en las proximidades del Brasil, y la menor de 180 kilómetros desde Montevideo a Buenos Aires, constituyen el vuelo de más de diez mil kilómetros que el «Plus Ultra» realizó en 58 horas de vuelo. No es preciso señalar la repercusión científica, periodística y popular, que el salto del «Plus Ultra» tuvo en todo el mundo y, muy especialmente, en el mundo de habla española. El vuelo del comandante Franco y sus compañeros fué, sin duda, el más grande acontecimiento con que se cierra el primer cuarto del siglo XX. Franco pasa a ser la figura más popular no sólo de España y de toda Hispanoamérica, sino del mundo entero. Las naciones de América del Sur, visitadas con motivo del vuelo, rivalizaron en agasajar, hasta el delirio, a los héroes españoles estimando su hazaña, en lo que realmente era: la genuina y auténtica representación de nuestra Patria: Una nueva manifestación del genio y el espíritu de la raza.

Este viaje complementado con el que poco después realizó el entonces capitán Gallarza a Filipinas, dieron pronto su fruto práctico de acercamiento entre los países hispánicos, lo que contribuyó, en primer lugar, al gran éxito de la Exposición Iberoamericana de Sevilla. Por lo que a la Prensa mundial se refiere, bien puede decirse que el vuelo del «Plus Ultra» mantuvo su máxima atención durante las semanas en que se realizó el vuelo. Una prueba más del interés técnico universal despertado por el vuelo fué la unanimidad con que todos los soberanos y jefes de Estado del mundo se apresuraron a felicitar al Estado español por el éxito del viaje del «Plus Ultra». Como muestra recogemos el telegrama que el día 2 de febrero de 1926, dirigió Mr. Austin Chamberlain, al Estado español: «Haga presente al Gobierno español la felicitación del Gobierno de S. M. británica por el magnífico éxito de los aviadores españoles, brillante testimonio del valor y la iniciativa que siempre han distinguido a la raza hispana.»



Buenos Aires recibió así a los héroes del «Plus Ultra». Este aspecto ofrecía en la Avenida de Mayo la comitiva de los aviadores españoles.

Pernambuco, primera escala continental de América del «hidro» «Plus Ultra», aclamó con entusiasmo a los intrépidos aviadores españoles.

SIGNIFICACION DEL REINADO DE ISABEL LA CATOLICA SEGUN SUS COETANEOS

POR

RAMON MENENDEZ PIDAL
DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TODA obra grande sobrepasa las miras del que la realiza y de sus contemporáneos, pero lo que éstos ven en ella es lo esencial de ella, es lo que determinan las circunstancias, lo que exigía la oportunidad del momento. Por esto nos interesa el juicio de los coetáneos sobre los Reyes Católicos, sobre lo que realizaron en su reinado y sobre el valor relativo de ambos.

Aspiración constante de toda la España medieval era la reconstrucción del reino de los godos, es decir, de la provincia Hispano Tingitana que el imperio romano entregó a los visigodos, y esto traía como consecuencia, de una parte, la aspiración a la unidad de España y de otra parte, las empresas africanas.

Imposible es, en breve espacio, recoger los muchos testimonios de los historiógrafos coetáneos sobre el papel de la reina en estas grandes empresas que los pensadores de entonces proponían como esenciales. Sólo nos fijaremos en las dificultades que la época inicial ofrecía y que determinaron la formación del carácter de Isabel en medio de la profunda decadencia a que España llegó en tiempos de Enrique IV.

Todos los fundamentos religiosos, políticos y morales de la nación eran conculcados a diario por los gobernantes, por los cortesanos y por la camarilla de gente arrufianada y obscena que rodeaba al rey, a ese rey mísero, enfermo, de gustos pervertidos, y pervertidores, gran depravador de todo cuanto su acción alcanzaba, según nos describe con lúgubres detalles el cronista Alonso de Palencia.

Pero he aquí que, sorprendentemente, la ruina de tantas fuerzas tradicionales que movían aquella sociedad va seguida de un espléndido resurgir de todas ellas. Al subir al trono los Reyes Católicos todo cambia, dice Alonso de Palencia, «como la mar en borrasca cuando repentinamente sobreviene viento bonancible». Sin embargo, bien miradas las cosas, no hay tal cambio repentino, que es sólo apariencia deslumbradora. El resurgimiento operado se debió a una laboriosísima obra de gobierno, llevada a cabo por los Reyes Católicos, obra grandiosa justamente por haber sido perseverante en su necesaria lentitud, y, además, es preciso comprender ese resurgir como obra también de la mejor parte de la nación, que venía, en modo difuso, trabajando tiempo atrás, entre el desconcierto producido durante los dos reinados anteriores.

Una reacción nacional era inminente en los días

de Enrique IV. Palencia nos deja ver cómo en el largo reinado de Enrique se generan multitud de fuerzas que abnegada o interesadamente repugnaban aquella ruina de toda ética pública o privada: los pueblos que se organizaban en Hermandades, como la que en 1466 surge en Segovia para castigar un desafuero de la guardia real morisca, Hermandad que, como reguero de pólvora, cunde por ambas Castillas, por Galicia y por Aragón, para combatir el bandidaje señorial; los nobles que insistentemente se armaban y se conjuraban para exigir una reforma en el gobierno apoyados a menudo por el rey de Aragón, y nótese de paso cómo el reino aragonés, entonces aparte, secunda ya con intimidad los movimientos populares y nobiliarios del reino de Castilla.

TODAS esas fuerzas de reacción se agruparon en torno al infante Alfonso, niño que, en medio de la corrupción palaciega que minaba su educación al lado de la reina Juana, en Segovia, sacaba a salvo una noble inclinación hacia cuantas virtudes allí faltaban. Palencia acumula las anécdotas sobre este punto. Una de ellas refiere que, cuando este muchacho Alfonso, ya proclamado antirrey frente a Enrique IV, se apoderó de Segovia en 1567, al ver en una sala del Alcázar dos doncellas de su hermana Isabel alardeando toda la deshonestidad en el traje, conversación y modales que la reina Juana difundía en torno a la pudorosa infanta, sacó a su hermana del lado de la reina y la llevó a Arévalo; Isabel nace entonces para la Historia, a sus dieciséis años, como piedra angular de la reacción pública contra su hermanastro Enrique. La progenie misma de Juan II viene así a dirigir los trabajos de mina y contramina que llenan la vida española en la segunda mitad del siglo XV: de un lado, Enrique, el hijo de María de Aragón, el que hereda, exageradas, las anormalidades psíquicas de Juan II; de otro lado, Alfonso e Isabel, los hijos de Isabel de Portugal (mujer tan anómala que murió demente), y los dos heredaron de ella una fortaleza ética más extraordinaria aun que la relajación del hermanastro. Sobrecoge pensar que la reina Católica, hija de loca, madre de loca, no debiera haber sido engendrada si las leyes de esterilización eugenésica hubieran regido entonces; y el mundo moderno hubiera perdido su Semíramis real, bastante más grande que la Semíramis legendaria del mundo antiguo.

LOS muchos espíritus hostiles a Enrique IV, lo mismo los reformistas, como Palencia, que los de voluntad turbia y claudicante, como el Arzobispo Carrillo, de Toledo, hubieran, sin duda, traído alguna restauración de España pero no con la armonía, plenitud y encumbramiento a que llegó guiada por Isabel.

En Isabel la reacción se presenta tan extrema que no parece sino que el carácter de esta princesa, retratado por Pulgar, se formó tomando como molde negativo el carácter del hermanastro, retratado por Palencia. Enrique aborrecía toda ocupación; Isabel fué laboriosa, «muy trabajadora por su persona». Enrique abandonaba sus funciones de gobernante a los privados, y hasta les cedía sus funciones de cónyuge. Isabel, celosa «fuera de toda medida» con su marido, era también celosa de sus prerrogativas de gobierno; oía cuidadosa a letrados, a políticos y a religiosos, aunque luego siguiese su propio arbitrio; «sabed, dice Pulgar, que el único privado de la reina es el rey». Enrique se complacía y se lucraba con la injusticia, «aun la tiranía ejercida por otros le agradaba más que la paz del reino», mientras Isabel fué siempre una enamorada de la justicia, y aniquiladora de la violencia. Enrique fué acusado porque despreciaba las insignias regias y el producirse como rey; a Isabel se le achacaba ser «ceremoniosa y de pompa demasiada» en los actos solemnes. Enrique se gozaba en degradar toda nobleza: apocaba la acción de sus huestes ante Granada; ridiculizaba a dos prelados haciéndoles cantar a dúo la bendición entre las risas de los fieles; envilecía las salas de la corte atizando los disgustos de su manceba doña Guiomar con la reina Juana, hasta que la reina llegaba a las bofetadas; escarnecía la justicia, opinando que el cadáver del ajusticiado no vale nada y es mejor librar a los criminales de la horca por dineros; todo lo contrario, Isabel sentía la emoción solemne o atroz de contemplar a cada uno en su función más propia; «cuatro cosas decía que holgaba de ver: hombres de armas en campo, obispo puesto en pontifical, dama en estrado, ladrón en la horca». Enrique holló todos los fundamentos de la vida nacional, sin innovar nada; Isabel, honrando todos los valores

tradicionales, transformó la nación; él fué un rebelde insignificante y dañino; ella, una sumisa grandiosa.

En la reconstrucción del reino unitario, tras la gran decadencia de Enrique IV, la tarea de los Reyes Católicos fué larga y difícil, y los contemporáneos Hernando del Pulgar, Alonso de Palencia, Andrés Bernáldez, Castiglione, Navagero, señalan a la reina como principalmente empeñada en ella, a diferencia de los escritores alejados en el lugar o en el tiempo, como Maquiavelo, Gracián, Saavedra Fajardo y demás posteriores, que se fijan en Fernando, prescindiendo de Isabel.

La realidad es que este matrimonio es único en la Historia, reuniendo un rey y una reina cada uno por sí poseedor de las más altas dotes de gobierno. Hacia Fernando convergen los éxitos vistosos, las combinaciones políticas difíciles, la sagacidad decidida a lograr el propósito arduo por cualquier medio, pues TANTO MONTA desatar como cortar el nudo gordiano. A Isabel hay que atribuir la más firme preocupación unitaria simbolizada en el haz de flechas irrompible; a Isabel pertenece el penetrante talento que sabe descubrir la persona necesaria y la circunstancia oportuna de Isabel es la constante elevación de miras, la firmeza de la mano que gobierna el timón resistiendo los bandazos de los intereses personales. A Isabel hay que atribuir la anteposición y la terminación de la guerra de Granada, el descubrimiento de América, la dirección de la empresa napolitana. Ella inició la guerra de Africa y la concibió con más participación estatal que la que se puso después de muerta la reina.

PERO, claro es, no hay que suscitar la pueril cuestión «quién vale más», sino sólo la necesaria discriminación de las cualidades propias de cada uno de los dos cónyuges en su gobierno conjunto.

Faltos de espacio aquí para extendernos sobre ese punto en todas las apreciaciones de los contemporáneos, recojamos por último el más comprensivo y elevado juicio, que no tiene para qué distinguir entre el rey o la reina. Al final de aquella época gloriosa, escribió Nebrija su *Décadas* latinas sobre el reinado de los Reyes Católicos, y si en el tan citado prólogo de la *Gramática* había encomiado la firme unidad política conseguida dentro de la Península y la atribuía especialmente a Isabel, ahora en otro muy olvidado pasaje del proemio a las *Décadas*, ensalza en ambos reyes la consecución de los más grandiosos planes imperiales. Fundándose en las ideas sobre la historia universal concebidas por Paulo Orosio y por San Agustín, considera que, así como el movimiento de los cielos y de los astros es de Oriente a Occidente, así también la Monarquía del mundo pasa de los Asirios a los Medos, de los Medos a los Persas y después a los Macedonios, y después a los Romanos, y luego a los Germanos y Galos. «Y ahora, continúa Nebrija, quién no ve que, aunque el título de Imperio esté en Germania, la realidad de él está en poder de los reyes españoles que, dueños de gran parte de Italia y de las islas del Mediterráneo, llevan la guerra al Africa y envían su flota, siguiendo el curso de los astros, hasta las islas de los Indos y el Nuevo Mundo, juntando el Oriente con el límite occidental de España y Africa.»

ESA es la realidad. Un nuevo Imperio se levanta en España después de dos siglos y medio de olvidado el Imperio medieval. No es ya un Imperio intrapeninsular de mera reconstrucción del reino godo como el de los Alfonsos III, VI y VII; es un Imperio mundial, fundado en las ideas universalistas de la filosofía de la historia concebida por el gran Padre de la Iglesia, el Obispo de Hipona; un Imperio de la Edad Moderna, que deja atrás al medieval Imperio romano-germánico.

Con la profunda y entusiasta apreciación de Nebrija podemos cerrar la presente ojeada sintética sobre los juicios de los coetáneos acerca de este reinado conjunto, reinado que para los de entonces, como Bernáldez, Palencia, Encina, realizaba una grandeza de triunfo, sublimación y poderío nunca alcanzada por España; que después, para unos españoles como Gracián, Forner, Menéndez Pelayo, Maeztu, iniciaba espléndidamente una época «en creciente de Imperio», en la cual España realiza su verdadero destino bajo los reyes del siglo XVI y XVII; reinado que para otros españoles como Cadalso, Valera, Ganivet, Costa, señalaba no un creciente, sino la plenitud después de la cual empieza el menguante, la fatal decadencia ininterrumpida durante la casa de Austria; reinado, en fin, que para todos los españoles representa una feliz edad de oro por unos y otros añorada como inigualable.

Orla para la Reina Isabel



Madrigal de las Altas Torres, donde adelgaza
el viento castellano su presagio infinito
y en donde una luz clara se orienta hacia las lindes
de los mares platónicos con brújula cautiva.
Madrigal de la Reina Católica, en su nombre,
armonía y dulzura del pensamiento, apunta
la redondez del mundo, y en sus torres de brisa
enarbolado y solo un corazón suspira,
desatado de joyas terrenales y en alto,
como una sensitiva plegaria de Castilla.
Es cierto, allí nació. Pero su cauda viva
del tono de las aguas de América, y su vista
de aquel azul celeste que condensa el empíreo
en ala de presagio o en fulgor que descubre,
llegaron a las Indias sobre las garzas núbiles
y los albatros verdes y las algas moradas
y con el rayo occiduo del sol mundonovista.
Más que del Guadarrama, garra de los leones
de frío, que perfilan sus melenas de viento;
más que de Avila, en donde cristaliza Teresa
en un ambiente puro, detrás de sus murallas
el palacio encantado de ir hacia Dios, la Reina
es de la tierra nueva, vuelo de loros músicos
que ensayan para ella las notas del romance,
de las aguas caribes que cuajan las inéditas
perlas en que el Oriente amanece rosado,
de la vértebra andina del Ecuador que labra
doseles de diamante para el águila, y alza
bajo su garra férrea humo de cráter, lava,
flama del Chimborazo, riscos del Tungurahua.
Que sus plantas hollaron nieves de Gredos. Fuera
maternal y piadosa por el árido campo,
que divisara chopos y pinos y luciérnagas,
ciervos de Ríofrío y en Aranjuez faisanes,
que su mano en Toledo extendiera al mozárabe,
descifrando el lenguaje acerado del Tajo...
Aquí su testamento salva de la arenilla,
de la luz del museo, del códice sin brillo;
salva del ataúd del peregrino, salva
de la línea de Europa y del barco de arcilla.
Un polvo de luceros sobre su pliego irisa,
un cetro de palomas sobre sus manos vuela
y una elástica llama de alma de niebla, en ágil
arco de lana fina, con ojos casi humanos
ante su corazón de Reina se arrodilla.
Aquí, en este castillo de Medina del Campo,
vivió y murió entre almenas de severos ladrillos;
mas desde su alta torre con vigías de púlpito,
para los mares luengos dió su fe como un mástil,
sus collares joyantes para las jarcias, toda
su voluntad y el índice de bendición, profético,
el anillo de brújula del poder de su dedo.
Por ella es que Persiles y Segismunda viajan
en lengua de Cervantes a las tierras de América.
Por ella Garcilaso los secretos del Inca
y el español abuelos relata en La Florida,
y del idioma nuestro la sabia arquitectura
recompone a su diestra el maestro Nebrija.
Después duerme la Reina, y acaso sueña, acaso
en América sueña por los siglos, buscando,
como ayer, en la cruz las señales del hombre,
la bondad de las lianas, la vegetal cerámica
en que muestran su esmalte precioso las orquídeas,
los vientos andaluces que en Nuevo Mundo riegan
el decir de sintaxis sonriente y flexible,
las rosas que brotaron en la América suya,
nacidas de las cepas antiguas de Castilla.

AUGUSTO ARIAS

Isabel Mujer



POR MERCEDES GAIBROIS DE BALLESTEROS
DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

AL intentar el estudio de los grandes personajes históricos, es fácil incurrir en un vicio de emplazamiento, situándolos, por natural tendencia a sublimarlos, en zonas irreales, lo que nos dará forzosamente nociones falsas, porque no se puede deshumanizar a los héroes, que hombres fueron, como hombres actuaron y como a hombres hemos de juzgarlos. Ni siquiera la Antigüedad clásica despojó a sus semidioses de la raíz humana.

Lo mejor que habrá siempre en cada héroe será aquello que represente su valor como ser humano, como criatura de Dios, y tanto más excelente será su individualidad histórica, cuanto más auténtica sea su calidad humana, en lo que tiene de normal, pues que no en balde el hombre fué hecho a la divina imagen y semejanza. Y lo que en algunas vidas famosas haya habido de extraordinario, fuera de la norma humana, podrá considerarse como fenómeno de satanismo.

Tenidas en cuenta estas reflexiones, veremos que Isabel la Católica sale del examen con plenitud de excelencias. Ella representa el tipo de heroína que suele dar España, porque la mujer española, cuando ascendió a las jerarquías históricas nunca fué por genialidades extravagantes sino exaltando esos valores humanos que aludimos, ennobleciéndolos, elevando las potencias del espíritu a su máximo rendimiento, llegando a lo sublime sin rebasar la mayor normalidad. Jamás el heroísmo, el sacrificio, los deliquios místicos, la actividad creadora, alteraron la línea llana de su vivir sencillo y tradicionalmente doméstico.

Así, por las sendas pretéritas de España, desfilan mujeres excepcionales, «tocada la sandalia con polvo de la tierra, tocada la pupila con resplandor del Cielo», dicho con frase del poeta colombiano Rivas Groot.

Al extranjero que quisiera entender a la gran reina, bastaría recomendarle que observase a una mujer nuestra laboriosa, amante de su marido y de sus hijos, celosa del hogar y de la hacienda, mujer en todo consciente de que ha venido a la vida para cumplir una misión. Esta mujer, en trance de crisis por cada uno de sus amores y de sus deberes, con sus virtudes llegará a heroína.

La reina Isabel, que fué en todo un exponente justo de lo español, como aquellas mujeres, amó a su marido y a sus hijos con pasión y ternura, y cual ellas, fué celosa del hogar y la hacienda. Hogar y hacienda que eran, en su caso, la propia España.

Por eso es bastante acertada la visión de un ilustre escritor que imagina a la reina Isabel al final de su vida, como a una ama de casa que, después de concluídas sus tareas de orden y paz, se acoda al balcón para mirar los amplios horizontes del mar que lleva a América. Que lo sublime muchas veces está entre la humildad de lo más simple, como nos enseñó Santa Teresa.

No olvidemos, por tanto, al evocar a Isabel la Católica, toda la fuerza humana que hubo en ella aplicada, en tono heroico, a la exaltación de claros ideales y a la magna creación de las Españas.

Conviene además rectificar el criterio equivocado de algunos panegiristas de la Reina Católica que para acrecentar su gloria han relegado injustamente al rey a un plano secundario. Error fundamental, porque si se aspira a conseguir una semblanza exacta de Isabel es necesario mantener en presencia constante, al lado de ella, la memoria de Fernando, que es media vida suya.

Esto es esencial, porque en la compenetración que existió entre aquellos dos grandes monarcas radica la característica más fuerte de este caso excepcional de la Historia.

La feliz solución del caso político surgido al unirse los reinos de Aragón y Castilla, acaso tiene su nacimiento más sólido en que Isabel actuó en tal ocasión como mujer, salvando con singular dirección la susceptibilidad nacional de sus vasallos, a los que respeta con lealtad, pero sin compartir sus posibles recelos.

El secreto de esa rara armonía política radica en la hondura del amor conyugal, es decir, en la potencia de un sentimiento humano.



Para Isabel, Fernando es marido antes que rey y como mujer le amó. Según cuenta un cronista, «amaba mucho a su marido e celábalo fuera de toda medida». Como mujer tuvo grandes celos amorosos, jamás políticas emulaciones.

Algunos comentaristas de la vida de Isabel, deslumbrados por el brillo de las dotes de gobierno que poseía, exaltan sólo su entereza en el mando, su talento excepcional, su incansable actividad, la clarividencia de su visión política, su genial intuición, convirtiendo su esquema biográfico en una especie de monumento marmóreo, sin advertir que de esta suerte desvirtúan lo que hubo de más vital en nuestra reina.

Con gran acierto, el duque de Maura ha titulado un libro suyo: «Estatuas que vuelven a ser hombres». Es preciso buscar en las pétreas efigies de algunas biografías, las corrientes vivas que las animaron.

A Isabel la Católica debemos rescatarla del ditirambo. Es necesario demostrar a los que tienen de ella la impresión de un personaje histórico admirable pero frío, seco, autoritario, falto de los dones de la gracia y de la sensibilidad, que justamente éstos fueron dones suyos y que silenciarlos es dejar incompletos los trazos de su genuina silueta espiritual. Porque al lado de la reina excelsa está la mujer que vivió intensamente su propia vida.

Huérfana de padre a los tres años, pasa su infancia en un pueblo de Castilla, casi con pobreza, junto a la madre demente y al hermano que pronto ha de perder. A los doce años es llevada a la Corte, no ciertamente ejemplar, de su hermanastro Enrique IV, y adolescente, rodeada de intrigas políticas, lucha para defenderse de un matrimonio que le repugna y que quieren imponerle. Reacciona humanamente, casándose por su voluntad con el Infante de Aragón, al que amará hasta su muerte.

En ese duro aprendizaje de su infancia y de su juventud, se talla el carácter de Isabel, profundamente humano.

Muchos, al tratar de la reina, suelen olvidarse de sus aficiones, de sus sentimientos, de sus inclinaciones, de sus mismas debilidades femeninas, como aquellos extremados celos matrimoniales, o su gusto por los vestidos nuevos y la pompa cortesana.

Tampoco se detienen en el recuerdo de su vida familiar, con sus pesares y alegrías; su entrañable cariño a Don Fernando y a sus hijos, su piedad filial con la madre enferma, sirviéndola en persona cuando la visita lo frecuentemente que le permiten sus andanzas por los reinos; las penas inmensas de ver morir un hijo, el Infante don Juan, su ángel, como ella le llamaba, a los veinte años; su hija doña Jsabel, a los veintiocho; un nieto que nace muerto, y otro, don Miguel, que muere de dos años; la preocupación por la infelicidad de doña Catalina, la angustia ante la locura de doña Juana, crudelísimos «cuchillos de dolor», como dice el cronista Bernáldez, que aceleran su fin.

Por último, rememoremos, entre tantas otras muestras del espíritu jugoso, fresco, alegre y bondadoso de Isabel, su llaneza, constancia y firmeza en la amistad, su compasión hacia los débiles, el ingenio de sus respuestas, la generosa comprensión que siempre tuvo para todos en las horas difíciles, como en los casos de Colón o del Gran Capitán.

Para comprender el alma de Isabel la Católica es fundamental tener presente el hondo sentido humano que le caracteriza.

La gran reina, bajo cuya égida se descubren mundos y se ganan estados, fué, antes que todo, mujer de corazón.

ISABEL REINA

POR

PEDRO MOURLANE MICHELENA

DOÑA Isabel es coronada por reina en Segovia, el 22 de diciembre, mes de San Juan Evangelista, a quien el águila con nimbo del blasón de los Reyes Católicos alude. ¿Quién con más derecho que esta dama clarísima podía decir el «Donum fac remissionis»?; 1472: doña Isabel, veintiún años, es, según sabemos por Hernando de Pulgar, de «mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros, muy blanca y rubia, los ojos entre verdes y azules». Así la vemos también en el retrato que ella misma dona a la cartuja de Miraflores y que los primeros Borbones devolverán a Madrid.—¿Por qué en su Viaje, Navagiero, embajador de la Señoría de Venecia, admite que en el cuadro, la edad del modelo, aunque no declarada por los pinceles, es la edad de la melancolía? No usa el embajador de tantas ceremonias, sino que escribe llanamente que la Soberana es vieja ya. Hernándo del Pulgar, para ver a la egregia criatura, para al tiempo y hace bien, porque el toque creador ha consistido siempre en eternizar el minuto que huye. Contra el eterno fluir heraclitano el historiador y el artista pelean con las mejores armas. En el retrato, doña Isabel guarda la continencia del rostro, que hasta en ocasión de partos, como advierte el cronista, calla su sentimiento y oblígase a no mostrar la pena. De don Fernando, en los *Claros varones*, se elogia la gracia singular que es la luz de sus virtudes y que nunca en él se desvanece. Esa simpatía va con él y en cierto modo le aureola. Se nace o no se nace con tal don gratuito y don Fernando lo trae a los torneos del mundo. El «tenía la comunicación amigable», es un hallazgo en la pintura de su carácter. De los que han rondado por sí o por razón de Estado a doña Isabel—el maestre de Calatrava; don Pedro Girón, hermano del Marqués de Villena; el Príncipe de Viana; un hijo del duque de York que acaudilla su bando contra los Lancaster en la guerra de las dos rosas; el duque de Guyena, hijo de Carlos VII y de María de Anjou, don Fernando, en fin—, éste es el preferido. «Desde su niñez fué criado en guerras do pasó muchos trabajos, é peligros de su persona.» Porque era así y amaba a la unidad en todo régimen y entendía que se puede sentir hacia ella la atracción de la materia hacia la forma en lo que el orden tiene de divino, ganó a Isabel y luego, en horas de plenitud, a Granada. Pero, además, «montaba muy bien a caballo en silla de la guisa é de la gineta é justaba sueltamente con tanta destreza que ninguno en todos sus reynos lo facía mejor».

Es ya mucho para ser preferido y Hernando del Pulgar pone en la semblanza, no tan sólo la letra, sino, además, esa música que no hay quien refute. El amor presta cifras infalibles al concierto de las esferas, pero los soberanos tienen que hacer otra cosa que quererse. Sobre el «ars amandi» está para ellos el arte de regir Estados con el que se estimula desde Castilla como desde Aragón la inercia de la Historia.

De manos del Creador baja a manos de los reyes la potestad que les faculta para el mando sin el que no hay gobierno que dure. Vienen a restaurar, antes que a instituir, normas del Derecho que sujeten a todos. «Tanto más han de resolverse al rigor, cuanto que la fe del reino es caída.» Así lo dice el doctor Ortiz en 1492 en sus *Cinco tratados*, que es obra que nos ilumina, por centelleos, vastos campos de la conciencia. Requisitoria cien veces glosada por los moralistas, la de Ortiz, nos ayuda a ver claro. Dios entrega a Isabel y a Fernando el cetro real—escribe—: «en tiempos tan turbados cuando en peligrosas tempestades toda España se subvertía, cuando más el ardor de las guerras civiles era encendido, cuando ya los derechos de la república acostados iban en total perdición».

Lo primero es domar a los nobles que más se yerguen y uncirlos a obediencia. Los banderizos de ayer son brigantes que alegando fuero para el desafuero saquean villas que han recibido del rey sus libertades. Ha habido antes de ahora que segar, en sus feudos, torres que daban a los cuatro vientos su pregón de insolencia. Se han derrocado casas fuertes para acallar el desafío de una nobleza encastillada en sus privilegios. Pero están ahí donde campan esos banderizos que han hecho de sus cabezas fortines de sedición o de motín. Menos mal que pelean además entre sí en parcialidades famosas y legan a los hijos el rencor que han heredado de sus mayores. Vale todo en la escaramuza, se lee en unos papeles de hacia mil cuatrocientos veinte: empalar, raer a fuego, malherir y entre lo uno y lo otro hacerse «deleitosas afrentas». Hidalgos son desde los días de Adán, pero las contiendas no han sido justas ni torneos con juez de campo. Algunos, pese a todo, han expiado su furia y serán absueltos.

. . . .

Si en la doma de nobles Isabel y Fernando logran cuanto querían, en la represión de desmanes desarraigan en sus tierras el delito. No basta con que los malhechores suban a la horca o sean asaeteados o por fechorías menores sufran pena de azote o la muy irrisoria de cercén de orejas. De la Ley, que es la altura que se orea de espíritu tal y como el Evangelio lo entiende, bajó la luz a los Tribunales. Prematuramente quizá, pero con clarividencia, gente togada, con el saber de un Montalvo o de un Lorenzo Galindo, se aplica a la codificación, para la que invoca grandes precedentes. En la Ley undécima del Título primero de la primera Partida se nos ilustra sobre el facedor de las Leyes que ha de amar a Dios y tenerle ante sus ojos cuando las hace «et non debe haber verguenza —añade—en mudar et enmendar sus leyes cuando entendiere y le



mostraren razon porque lo debe facer». Viene de lejos la tendencia a la unidad en la legislación en los territorios de la que ha de ser ante el universo España.

. . . .

El «Ordenamiento de Alcalá», promulgado por Alfonso XI, es el que precede a las Ordenanzas Reales de Castilla, que Alfonso Díez de Montalvo ajusta bajo los Reyes Católicos y concluye en 1484. No es perfecta esta codificación, pero sirve al Poder y a los que le comunican vigor entre resplandores de honra. Ha seguido al rescate del patrimonio real con la reforma de juros y de mercedes y a la incorporación de los maestrazgos de la corona. Con las revueltas que Enrique IV no contuvo y las que antes Juan II no decapitó, el quebranto de la economía sobrevino al punto. Urgían contra el mal disposiciones, ya que no de banqueros a los que los reyes no acuden aún, sí de gobernantes que Castilla, como antaño Venecia, va haciendo.

Reviven los oficios y tierra y mar juntan cosechas y ganados, con la perseverancia de sol a sol y de lunes a lunes en talleres y astilleros.

Para los paños de Segovia, sedas—aire tejido—y terciopelos de Granada y Valencia orfebrería de los plateros de Valladolid y los de Salamanca, que hasta en arquitectura influyen; para las buenas espadas con que los espaderos dan su ajuste y su temple a la entereza de los que las blanden, todo es recomenzar y persistir. Si las obras del entendimiento son para el Estado fortificaciones, las del artesano añaden dignidad y gracia al vivir de los súbditos. Ya pronto el mayor artista de la época cantará con la perfección con que esculpe:

«*Pasa per gli ochi in un momento*
qualunque obbieto di beltá.»

El comercio, en tanto, rasga horizontes a quien entra en sus tratos y se espabila con la tentación de sus ferias. Las ciudades lo son porque baten moneda no menos que porque envían embajadas y porque se hacen enemigos; pero pesos y medidas van perdiendo variedad al parecerse. Erigen los reyes en Castilla y en Aragón arco de triunfo al Renacimiento que llega. La riqueza es civilización también y la propiedad convive hasta gozosamente con la sabiduría. «La pittura e cosa mentale», pero el gran comercio también. La agrupación de los vasallos en hermandades apresura este resurgir a la esperanza. Una sobre todo santa, porque en otras calendas Celestino V, a instancia de Sancho el Bravo, le confirió ese título, rebrotaba exenta, como estuvo, del diezmo de cera y miel. Nuestro amigo de siempre Luys Santamarina, en su *Retablo de la reina Isabel*, recuerda que a esta hermandad disuelta por extinción de malhechores seguirá aquella otra a la que toca el sambenito: «Tres Santas y un Honrado tienen al pueblo agobiado». «Santas» serán, cuando pasen unos años, la Inquisición, la Cruzada y la Hermandad, y «Honrado» el Consejo de la Mesta. Pero «Honrado» es título concedido a esta Junta de pastores en 1273 por Alfonso X en carta de privilegio. Reticente parecía a un cierto separatismo que los rebaños de la Mesta violaban entre nubes de polvo, como también a una clase cuya herencia desde la Reconquista era confirmada en los fueros de las ciudades. Dicen que en Castilla la herencia antes que propiedad es señorío. Pero a nadie como a nada se le exime de caducidad, cuando menos de cambio. Y aquí lo de las coplas de Gómez Manrique al Contador Mayor de don Juan II de Castilla, padre de doña Isabel:

Que este mundo falaguero
es sin duda,
pero más presto se muda
que febrero.

Con la tutela de los soberanos, los combatientes a sueldo, a la vez que los banderizos, se dispersan sin que nadie les llore. Más allá de las fronteras, bajo otros cielos, bullen aún soldados que buscan antes las pagas que las cicatrices, o que las cruces que no se dan, ya que el botín escasea porque los riesgos son cortos. Condotieros hay en Florencia que, sin perder estampa, han envejecido entre el peto y el espaldar. Los tiempos de la elegancia española, según nosotros, son tres: el de estar a caballo, el de estar de hinojos y el de decirle a la muerte ¡vámonos! Los condotieros de Italia no exigen tanto, pero sí la actitud ecuestre para dejarse mirar. La verdad es que allí, en Venecia, el Colleone es un buen ejemplo, porque si la conducta no le abona, el escultor le rehabilita. Isabel y Fernando, tras de pulsar el sentir de las Cortes, crean el Ejército que ha de medirse con los que imponen su ley a Europa. Ven la luz en Castilla, como en Florencia y en París, tratados sobre el arte de la guerra, en los que el idioma se ciñe al tema como las armaduras reales de Colmenar o de Negroli al cuerpo.

Son si lujo, necesidad, oro que se martillea sobre hierro para que se le adhiera. Las Hermandades, en Castilla, son las que nutren las levas, pero la recluta militar, aunque en virtud de pragmáticas no constituye obligación, logra un ejército de los que llaman de oficio largo en los tratados. El servicio de las armas es expresión menos genuina que la carrera de las armas, en la que mil hidalgos hallan sentido a sus vidas. Se crea también una Marina, y si pasan de 900 los mercantes, no duermen sobre sus lauros los de guerra. No menos de 70 velas iban en la armada contra los turcos en 1482 y unos 122 barcos con 20.000 hombres a bordo en la que acompaña a Don Juan a Flandes en 1496. Pero en las fuerzas de tierra y mar los nuevos usos no se desprenden aún de los medievales. Las coronelías son de doce unidades de 500 combatientes con 600 caballos y 74 piezas de artillería, entre lombardas, ribadoquines, pasavolantes, cervatanes y busanes, boca de fuego casi de niño todavía. La sanidad militar y la administración nacen balbucientes, pero el arte de la guerra vigila y el mañana es suyo. Con figuras militares como los dos Gonzalos, el Gran Capitán y Ayora, Hugo de Moncada y Ramírez el artillero, esposo de Beatriz Galindo, grandes empresas son posibles. En los marinos, los almirantes nacen más que se hacen, pues el de Aragón, desde 1357, es siempre un Carmona y el de Castilla un Enríquez, desde Don Alonso, hijo de Don Fadrique, hermano de Pedro el Cruel. De un almirante de la Casa es hija Doña Juana Enríquez. Pero con este ejército y esta marina, Isabel y Fernando ensanchan sus dominios. La riqueza privada de algunos grandes vierte algún caudal en los del Tesoro y se suma con bienes al bien común.

Mucho tienen los nobles, a los que su condición obliga, y si datos de entonces no mienten, el condestable de Castilla goza de una renta de 60.000 ducados; el Duque de Escalona, de otra igual; la de Medinasidonia es de 55.000; la de Alba y la del Infantado, de 50.000, la de Medinaceli, de 30.000. Sépase que la de Cisneros, en cuanto Arzobispo de Toledo, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, Gobernador del reino dos veces, toca en los 60.000. Al patrimonio de prejuicios, que es el único que poseemos, agregamos un centenar de sentencias, que inscribimos en nuestra memoria como en una lápida. Y una, que es de Santo, reza que da al modo divino, quien da lo que tiene, más de lo que tiene y hasta lo que no tiene. Es así como dió Cisneros, y antes que él otro Arzobispo, que legó su fortuna al hospital de niños expósitos de Toledo, Don Pedro González de Mendoza, Cardenal de Santa Cruz, y tercer rey de España, como le decían algunos, y con ellos la reina, que le quiso mucho y fué su albacea testamentario.

Con las fuerzas de tierra y mar de que los soberanos disponen, se consuman hechos en verdad memorables. La guerra de Granada, el primero, pone fin a la Reconquista.

De Mohamed VIII el Izquierdo, hijo de Yusuf III, el que perdió Antequera, pasa el poder a manos de Abencerrax, Alguacil Mayor de Granada y jefe de los Abencerrajes. Lo que se le ha transferido a este andaluz no es el trono sino el Gobierno. Mohamed VIII conserva el cetro, que si lo pierde, lo recobra gracias a los tunecinos y a la amistad de Juan II de Castilla, padre de Doña Isabel. Dos veces más es destronado y la segunda, para siempre, por su sobrino Mohamed X el Cojo, a quien los Abencerrajes dan el mismo trato. Le sucede Ismail III, que es el que entrega Gibraltar a Enrique IV, Abulhasán Alí, a quien se conoce por Muley Hacén desde que la guzla puntea con vocación de guitarra desventuras de este rey granadino. No hay edén sin prohibición ni vo-



luptuosidad sin velos, y este andaluz solivianta su harén al trocar el idilio con Aixa por otro con Zoraya, que era cristiana y se llamó Isabel de Solís. Esta criatura es de las que necesita gineceo, castillo o serrallo en el que aceptar la clausura como un presente. En la Granada de siempre, o en la de nunca, Isabel de Solís, tan de romance fronterizo, ata su suerte y la de Muley Hacen a una estrella que, aunque envíe luz, se ha apagado. Desata así la guerra intestina entre padre e hijo—Boabdil—y entre padre y hermano, *el Zagal*, y apresura los fastos de la guerra grande. Tras la toma de Alhama con el Duque de Medinasidonia y el Marqués de Cádiz, vendrán la de Lopera, Zahara, Alora, Setenil, Cántama, Coín, Roda, Baza, Guadix. Con la ciudad de Santa Fe, de recinto amurallado y foso que los Reyes Católicos fundan entre brega y brega, se decide el final y Granada, el 2 de enero de 1492, se rinde. ¿De quién hablamos?, de las figuras del sitio, como Gonzalo de Córdoba, Pérez del Pulgar, el de las hazañas, Garcilaso, muerto en Baza, a quien Gómez Manrique exalta en su «Defunción», del noble caballero, o de dignatarios del real cortejo como el Gran Cardenal Don Pedro González de Mendoza, o el Comendador Mayor de León Don Gutierre de Cárdenas? ¡Para qué, si Toledo está a un paso y en la Catedral, en el coro, esperan siempre los 54 tableros del maestro Rodrigo para las sillas bajas! Hay crónicas fieles de las jornadas granadinas y está ahí la de Bernáldez. Pero la que insufla más vida a los participantes es la que Rodrigo no escribe, pero talla para siempre en sus tableros. Con vehemencia en el pulso, pero con exactitud, recrea el censo de sus figuras, a las que devuelve porte y movimiento. A algunas se las puede nombrar y juego en que recomplacerse es el de ir adivinando quiénes sean otras. En atavíos, en armas o en defensas, hay su poco de arte de la guerra, ya que no en posiciones con barbacana, revellín o cubos simplemente esbozados.

....

Dilatan día a día sus horizontes Castilla y Aragón, ya refundidos en el nombre de España. ¡Nómina númina! Contra Venecia se alía Don Fernando, en el Convenio de Cambray, con el Papa Julio II. Julián de la Roviére, gran político, al que pinta Rafael, el Emperador Maximiliano y el Rey Luis XII, el del descalabro de Ceriñola. Pero Francia, después del triunfo de Agnadel, prepondera más de lo razonable y el rey católico promueve contra Luis XII la Liga Santa, a la que se suma Venecia con doblez y alemanes e ingleses con esperanza. Para el ataque de españoles a Francia se pide camino libre a Navarra y como lo niega, Don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, al frente de un ejército, y con la ayuda del bando beamontés, la ocupa. Se ha debatido largamente si existen o no existen eso de las bulas «Incarnationis» «Exigit contumacium» y «Pastor ille Celestis», las tres de 1512, en las que Don Fernando se apoya para intervenir en Navarra. Existen, y porque existen y porque Don Juan de Albret y Doña Catalina, juegan a tres cartas, el rey católico se proclama rey de los navarros. ¡Unidad! Este es el mote de combate y la divisa y el santo y seña. La unidad, que es concepto de la mente divina, baja para nuestra firmeza a la mente del hombre de Estado. En la del rey está cuando otorga su testamento y transvive ya más que vive, porque la muerte, que es la celada en que caemos, le pone con premura la mano en la mano.

Nombra gobernador de Castilla, León, Granada y Navarra, a su nieto el Príncipe Don Carlos y, en su ausencia, a Cisneros, en tanto que se estipule lo que cumpla hacerse. Y aquí callamos sobre la obra del Cardenal, que imprime rumbo no tan sólo a un país sino además a una época. La Providencia, a la que, según algunos, un Estado fuerte asesora, trocará el mal en bien en los litigios con Boeyens, el deán de Lovaina y sus flamencos. No toca a nuestro tema este escribir derecho con letras torcidas en el que el Señor ha iniciado a España. Inextinguible es el misterio, como también la belleza de la creación, que la Historia, no menos que la poesía, redescubre. Callamos para que el tema no derive hacia otros cien, de los que cincuenta, conjuntamente y cada uno por sí, solicitan un libro. Cuentan en realidad con él y los más con muchos en idiomas varios. Sobre el Santo Oficio, por ejemplo. ¿Quién, dónde y cuándo no emite parecer? Sobre la expulsión de los judíos o sobre Castilla en el Renacimiento, ¿quién, dónde y cuándo no medita? No son voces las que se alzan aunque alguna sí adoctrina y otras documenten. Voces, no, pero ecos, muchos, cuando más ecos de ecos o resonancias de resonancias. En eso, como en lo demás, el gran estilo se degrada en manera y la manera en *modo* y el modo en moda.

Con el advenimiento de los Reyes Católicos coincide la aparición del primer libro en España. De las prensas de Lamberto Palmatt, en Valencia, sale «Obres e trobes en lohors de la Verge María». Imprimen dos años después, en talleres propios, en Sevilla y Barcelona, y en 1480 en Salamanca. La revisión a que Vindel somete estos dados ha sido controvertida en «Escorial». Está ese incunable, «Les Trobes», en la Universidad de Valencia, y sea o no el primero, nos estimula al «sursum corda». Están también allí libros miniados de la biblioteca de Alfonso el Magnánimo, que proceden de los jerónimos de San Miguel de los Reyes, herederos del Duque de Calabria, último vástago de los aragoneses de Nápoles. Mosén Diego de Valero, en su «Crónica Abreviada», le dice a la reina cosas peregrinas sobre el arte de imprimir «traído a España por alemanos muy expertos e continuo inventores». A Alcalá viene uno de esos a imprimirle a Cisneros la Políglota complutense. Y si estampa la Biblia en seis tomos, antes ha labrado caracteres en hebreo, caldeo y griego. Tanto para nosotros vale Brocar como el artista que más valga de los que el Vasari elogie. De rodillas, como Fray Juan de Frésole pintó a la Virgen, puede componer Brocar sus textos. El uno, en la ciudad del león y del lirio, el otro, en Alcalá, juntan virtudes de edificación con presentes de belleza. Retribuye Dios al forastero la pulcritud en los textos, por los que más de una ciudad daría hasta la más entrañable de sus torres. Revisarán esos textos, hebreo y caldeo, los dos Alfonsos, el de Alcalá y el de Zamora y Pablo Coronel y el griego, además de Juan de Vergara, el traductor de Aristóteles y Demetrio Ducas, de Creta y Hernán Núñez Coronel, Elio Antonio Nebrija. En el año mismo de la conquista de Granada se imprime aquella gramática de Elio Antonio, en la que este humanista escribe en el prólogo que gracias a la reina Isabel, «Los miembros e pedazos de España, que estaban por muchas partes derramados, se reduxeron e iuntaron en un cuerpo en unidad de reino; la forma e Travazon assí está ordenada que muchos siglos e injuria e tiempo no la podrán romper ni desatar».



....

Los linajes, como las tierras, como las almas en tiempo de Isabel y Fernando, se reafirman en la unidad y crecen y se dilatan a los trece años de la muerte de Isabel y al siguiente de la de Fernando y el mismo de la de Cisneros desembarca Carlos I en Villaviciosa de Asturias y va a llamarse «Don Carlos por la Gracia de Dios, Rey de romanos, Emperador semper augusto, Rey de Castilla, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Córcega, de Cerdeña, de Córdoba, de Murcia, de Jaén de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, Conde de Barcelona, Señor de Vizcaya y de Molina, Duque de Atenas y de Neopatria, Conde de Rosellón y de Cerdeña, Marqués de Oristan y de Goziano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña y de Brabante, Conde de Flandes y de Tirol. A los cronistas de los Reyes Católicos y a los historiadores de entonces, Mártir de Angleria, a Lucio Marineo, Sículo, a Palma, al Cura de los Palacios, Bernaldez, a Zurita, a Lorenzo Valla y antes a Ayora, a Hernando del Pulgar, a Mosén Diego de Valera, a Galíndez de Carvajal, a Alonso de Palencia, ¡quién se lo hubiera dicho! Muy despiertos son lo más, pero la clarividencia va esta vez menos de prisa que los acontecimientos.



ISABEL DE CASTILLA, EJEMPLO DE MUJER ESPAÑOLA, FUÉ LA PRIMERA REINA DE AMÉRICA. TODA SU VIDA — DESDE SU NACIMIENTO EN EL PALACIO REAL DE MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES (22 DE ABRIL DE 1451) HASTA SU MUERTE EN EL CASTILLO DE LA MOTA (26 DE NOVIEMBRE DE 1504) — LA ENTREGÓ A LA PATRIA Y A LA IGLESIA DE CRISTO. NO SE CONFORMÓ CON LOGRAR LA UNIDAD DE ESPAÑA: SUS NAVES LA TRANSPORTARON MÁS ALLÁ DEL MAR DESCONOCIDO, MULTIPLICÁNDOLA, Y HOY VEINTITRÉS NACIONES LA TIENEN POR MADRE. AMPARÓ AL INDIO, PROTEGIÓ AL DESVALIDO, SOMETIÓ A LA NOBLEZA, SUPRIMIÓ LOS PRIVILEGIOS Y PACIFICÓ EL REINO. AL MORIR SEÑALÓ EN SU TESTAMENTO LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE UNA AUTÉNTICA POLÍTICA ESPAÑOLA.

(Retrato de Isabel la Católica, por J. Antonio Morales. *Probibida la reproducción.*)

Codicilo de la Reina Isabel la Católica



n nomine sanctæ et Individvæ Trinitatis, Patris et Filli et Spiritus Sancti. Sepan quantos esta carta de codecillo vieren como yo Doña ISABEL, por la Gracia de Dios Reyna de Castilla, e de Leon, de Aragon, de Sicilia, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Cordova, de Corcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, e de las Islas de Canarias, Condesa de Barcelona, Señora de Vizcaya e de Molina, Duquesa de Athenas, e de Neopatria, Condesa de Ryusellon, e de Cerdanya, Marquesa Oristan, e de Goceano.



tem, por quanto al tiempo que nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostolica las Islas e Tierra firme del Mar Oceano, descubiertas e por descubrir, nuestra principal intencion fue al tiempo que lo suplicamos al Papa Alexandro Sexto, de buena memoria, que nos fizo la dicha concession, de procurar inducir e traer los pueblos dellas e los convertir a nuestra Santa Fe Catholica, e enviar a las dichas Islas e Tierra Firme, Perlados e Religiosos e otras personas doctas e temerosas de Dios para instruir los vezinos e moradores dellas en la Fe Catholica, e los enseñar e doctrinar buenas costumbres, e poner en ello la diligencia devida, segund mas largamente en las letras de la dicha concession se contiene; por ende suplico al Rey mi Señor muy afectuosamente, y encargo y mando a la dicha Princesa mi fija e al dicho Principe su marido, que ansi lo fagan e cumplan e que este sea su principal fin, e que en ello pongan mucha diligencia, e no consientan ni den lugar que los Indios vecinos e moradores de las dichas Indias e Tierra Firme, ganadas e por ganar, resciban agravio alguno en sus personas ni bienes, mas manden que sean bien e justamente tratados, e si algund agravio han rescebido lo remedien e provean por manera que no se exceda en cosa alguna lo que por las letras Apostolicas de la dicha concession nos es infungido e mandado.



digo e declaro que esta es mi voluntad, la qual quiero que vala por codecillo, e si no valiere por codecillo quiero que vala por qualquier mi última voluntad, o como mejor pueda e deva valer.

E porque esto sea firme e no venga en dubda, otorgue esta carta de codecillo ante Gaspar de Grizio, mi Secretario, e los testigos que lo sobrescribieron e sellaron con sus sellos; que fue otorgada en la Villa de Medina del Campo a veinte e tres dias del mes de noviembre, año del Nascimiento de Nuestro Salvador Jesu Christo de mil e quinientos e quatro años; e lo firme de mi nombre ante los dichos testigos e lo mande sellar con mi sello.

Yo la Reyna





FERNANDO DE ARAGÓN, MODELO DE GOBERNANTE, CREÓ EL ESTADO MODERNO. REY DE SICILIA, CASÓ CON ISABEL DE CASTILLA Y AL SUBIR AL TRONO DE ARAGÓN HIZO POSIBLE LA UNIDAD DE ESPAÑA, QUE REDONDEÓ CON GRANADA Y NAVARRA. AMPARÓ A CASTILLA EN LA EMPRESA DESCUBRIDORA Y FUNDÓ LA POLÍTICA ESPAÑOLA EN EUROPA Y EN EL MEDITERRÁNEO. CON ISABEL, SU MUJER, MERECIÓ DE INOCENCIO VIII EL TÍTULO DE CATÓLICO. ORDENÓ LA PATRIA, IMPONIENDO LA UNIDAD ENTRE SUS HOMBRES, ENTRE SUS CLASES Y ENTRE SUS TIERRAS. NACIÓ EN EL PALACIO REAL DE SOS EN 1452, Y ESPAÑA CON EL MUNDO HISPÁNICO CONMEMORAN ESTE AÑO EL V CENTENARIO DE SU NACIMIENTO, UNIÉNDOLO AL DE LA REINA CASTELLANA.

(Retrato de Fernando el Católico, por J. Antonio Morales. *Probibida la reproducción.*)



DON FERNANDO, POLITICO

Por JOSE MARIA DOUSSINAGUE

Un estudio objetivo y desapasionado de las actividades exteriores de los Reyes Católicos, nos llevan rápidamente a situarnos frente a una de esas máquinas de bien engranadas concepciones, cuya armonía lógica, cuyo mecanismo de precisión nos impresionan por lo perfecto de su montaje y de su funcionamiento.

El punto de arranque está en el día mismo del matrimonio de Fernando e Isabel, en 1469, cuando en el tronco castellano viene a injertarse la visión segura y de dilatado alcance internacional de los reyes aragoneses. De su padre, Juan II, ha aprendido Fernando el Católico la necesidad de aliarse con los duques de Borgoña y de Bretaña como puntos de apoyo para poder dar una salida satisfactoria a la ocupación del Rosellón y la Cerdaña por Luis XI. Este problema del Rosellón tiene una singular trascendencia, pues de él nace el propósito de buscar una paz estable y duradera con Francia, al mismo tiempo que con Inglaterra y con Alemania. La alianza hispanogermanoinglesa fué, en efecto, el instrumental político con el cual el Rey Católico, manejándolo con delicadeza, llegó a recuperar para España, suavemente y sin efusión de sangre, las dos provincias dichas. La operación fina y de limpia ejecución, en medio de grandes dificultades, revela ya su talla excepcional de maestro en el arte de la diplomacia.

Ningún país puede pensar en engrandecerse por obra de la benevolencia ajena ni en hacer respetar sus derechos, por mucho que los aureole la más resplandeciente de las justicias, si por su esfuerzo tenaz y bien concebido no llega a hacerse necesario de manera que su amistad se desee y se busque. Cuando por muerte de su padre, el Duque de Bretaña, Federico II, es una niña, la joven Ana, la que ciñe la corona ducal, Fernando V envía a ese país a Pedro Gómez Sarmiento, conde de Salinas, con mil hombres de armas y jinetes (los hombres de armas eran las unidades acorazadas de la época), tanto para ayudar a su sobrina-nieta, como para dar a entender a Carlos VIII de Francia lo imprescindible que era llegar a un acuerdo con España, ya aliada del emperador alemán y con el monarca inglés, cediendo amistosamente el Rosellón a la Cerdaña. Y el éxito de este plan cimentó para el porvenir la alianza hispanogermanoinglesa, que entraría en juego en cuantas ocasiones se planteara un problema semejante.

Esa alianza llega a convertirse en pieza central de todo el mundo de pensamientos políticos de Fernando el Católico. Su atención estaba fija en la necesidad de librar a aquella España que Isabel y su marido soñaban poderosa, llena de prestigio y respetada por todos, de las agresiones constantes que le dirigía la Media Luna, partiendo de la ribera oriental y meridional del Mediterráneo. Los diez años de guerra y triunfos que culminan en la toma de Granada, pesaban sin duda en su espíritu y le llevaban, naturalmente, a desear el remate y fin de la empresa contra los infieles, acabando con sus contraataques, de suerte que se pudiera

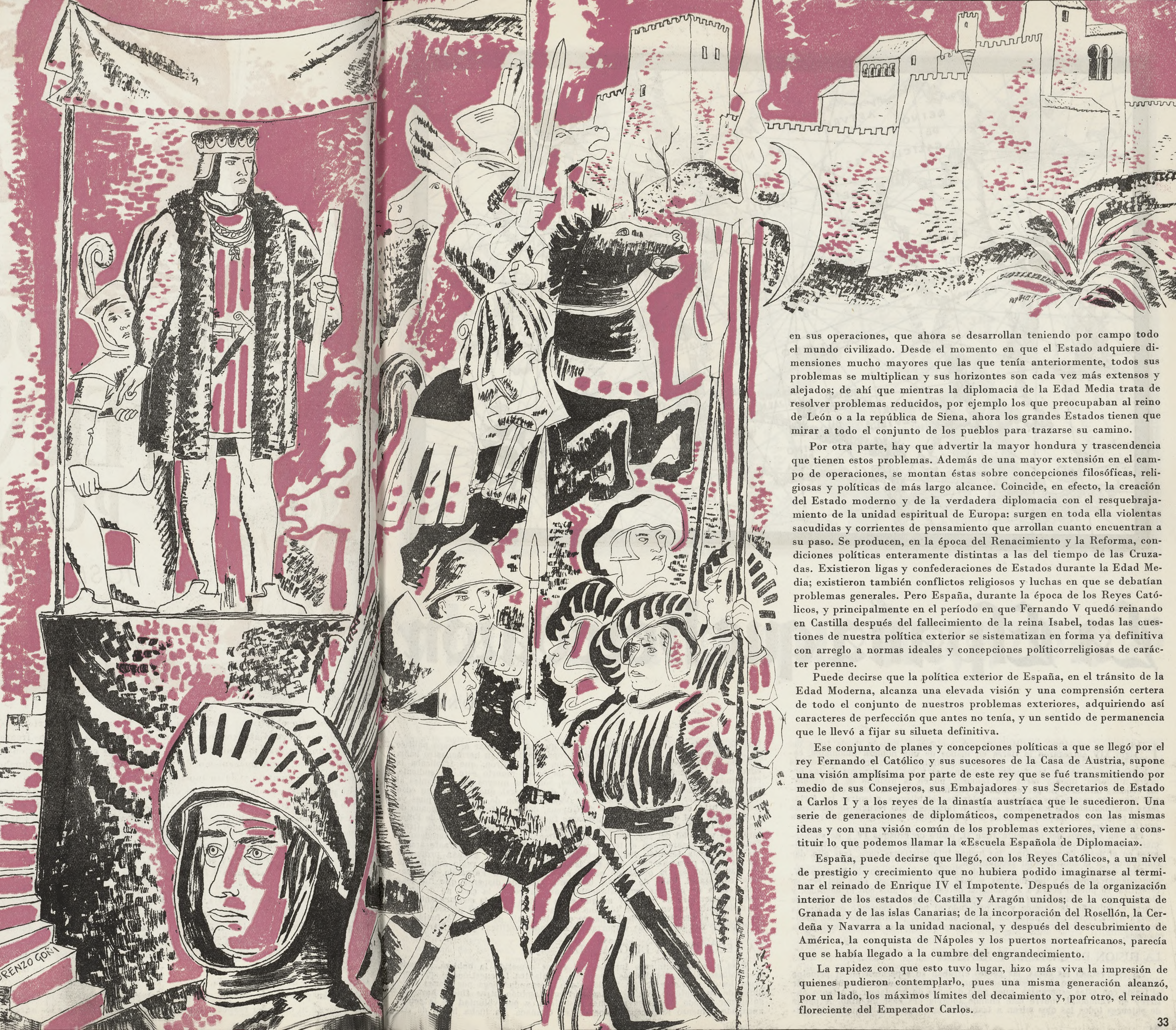
gozar plenamente del fruto de la victoria. Su política mediterránea, que aspiraba a la conquista sucesiva de todos los puertos importantes de la costa africana, de donde esas agresiones partían, no podía adquirir las proporciones con que él la había planteado, mientras España entera, con Nápoles y Sicilia, con las islas Baleares y Córcega, no lograse reunir sus máximos recursos en hombres, naves, armas y pertrechos; así lo requería el poderío del adversario, que no era tan sólo el rey de Trémecen, de Argel o de Bugía, el Soldán del Cairo o el Gran Turco de Constantinopla, sino que era el islamismo, en todo su empuje belicoso, y toda su pujanza ofensiva. Condición previa ineludible era, pues, estar cierto de que no se necesitaría dispersar la atención ni dividir los escuadrones de caballería pesada o las banderas de infantería para atender a ningún frente europeo. La norma fernandina de «paz entre cristianos» es, en realidad, un requerimiento apremiante y necesario. Había que tener relaciones de buena amistad con todos: franceses e ingleses, italianos o alemanes, portugueses y suizos. Pero aun eso no bastaba, sino que era preciso lograr que entre sí tuvieran ellos los mismos vínculos de amistad que con España, a fin de que no hubiera en Europa guerra alguna, pues siempre, si alguna existiera, podría temerse que nos viéramos envueltos en las imprevisibles consecuencias que todas tienen.

El hecho de que los Estados vayan adquiriendo personalidad definida a fines del siglo XV es fundamental para el estudio de la política exterior, porque él da lugar al nacimiento de la verdadera diplomacia. En efecto, entre la diplomacia medieval y la de la Edad Moderna hay la misma diferencia que entre los estados de reducido territorio y organización, en cierto modo embrionaria, de la Edad Media y el Estado moderno.

En aquel cambio brusco que se produce en la vida de la Humanidad al surgir el Estado moderno y que se revela en todos los aspectos y ha dado lugar a que se considere que aquellas fechas de fines del siglo XV representan la terminación de toda una amplísima y secular etapa histórica para pasar a nuevas formas y nuevas ideas, la diplomacia sufre también una súbita trasformación, dejando atrás las expresiones rudimentarias con que se presenta a nuestros ojos en la época medieval para adquirir de pronto la plenitud de su desarrollo.

Se había adelantado Venecia a crear embajadores con residencia fija en las demás naciones desde el siglo XIV. Fué, sin embargo, Fernando el Católico quien hizo de esa red de representantes suyos en el extranjero un organismo vivo dedicado a la ejecución de grandes planes políticos de conjunto, que se van desarrollando sistemáticamente y que obedecen a directivas fijas que han de permanecer en vigor durante casi dos siglos. Nace entonces, y en España, la diplomacia de alto estilo, como corresponde a la gran potencia rectora de los destinos del mundo, que fué nuestra patria.

No es sólo el hecho de que existan ya representantes diplomáticos fijos a quienes se encarga de una labor política permanente en los países en que están acreditados, cosa que, como decimos, venía ya produciéndose, aunque en forma reducida e imperfecta, desde hacía más de un siglo, sino que la diplomacia moderna se distingue por la mayor amplitud



en sus operaciones, que ahora se desarrollan teniendo por campo todo el mundo civilizado. Desde el momento en que el Estado adquiere dimensiones mucho mayores que las que tenía anteriormente, todos sus problemas se multiplican y sus horizontes son cada vez más extensos y alejados; de ahí que mientras la diplomacia de la Edad Media trata de resolver problemas reducidos, por ejemplo los que preocupaban al reino de León o a la república de Siena, ahora los grandes Estados tienen que mirar a todo el conjunto de los pueblos para trazarse su camino.

Por otra parte, hay que advertir la mayor hondura y trascendencia que tienen estos problemas. Además de una mayor extensión en el campo de operaciones, se montan éstas sobre concepciones filosóficas, religiosas y políticas de más largo alcance. Coincide, en efecto, la creación del Estado moderno y de la verdadera diplomacia con el resquebrajamiento de la unidad espiritual de Europa: surgen en toda ella violentas sacudidas y corrientes de pensamiento que arrollan cuanto encuentran a su paso. Se producen, en la época del Renacimiento y la Reforma, condiciones políticas enteramente distintas a las del tiempo de las Cruzadas. Existieron ligas y confederaciones de Estados durante la Edad Media; existieron también conflictos religiosos y luchas en que se debatían problemas generales. Pero España, durante la época de los Reyes Católicos, y principalmente en el período en que Fernando V quedó reinando en Castilla después del fallecimiento de la reina Isabel, todas las cuestiones de nuestra política exterior se sistematizan en forma ya definitiva con arreglo a normas ideales y concepciones políticorreligiosas de carácter perenne.

Puede decirse que la política exterior de España, en el tránsito de la Edad Moderna, alcanza una elevada visión y una comprensión certera de todo el conjunto de nuestros problemas exteriores, adquiriendo así caracteres de perfección que antes no tenía, y un sentido de permanencia que le llevó a fijar su silueta definitiva.

Ese conjunto de planes y concepciones políticas a que se llegó por el rey Fernando el Católico y sus sucesores de la Casa de Austria, supone una visión amplísima por parte de este rey que se fué transmitiendo por medio de sus Consejeros, sus Embajadores y sus Secretarios de Estado a Carlos I y a los reyes de la dinastía austríaca que le sucedieron. Una serie de generaciones de diplomáticos, compenetrados con las mismas ideas y con una visión común de los problemas exteriores, viene a constituir lo que podemos llamar la «Escuela Española de Diplomacia».

España, puede decirse que llegó, con los Reyes Católicos, a un nivel de prestigio y crecimiento que no hubiera podido imaginarse al terminar el reinado de Enrique IV el Impotente. Después de la organización interior de los estados de Castilla y Aragón unidos; de la conquista de Granada y de las islas Canarias; de la incorporación del Rosellón, la Cerdeña y Navarra a la unidad nacional, y después del descubrimiento de América, la conquista de Nápoles y los puertos norteafricanos, parecía que se había llegado a la cumbre del engrandecimiento.

La rapidez con que esto tuvo lugar, hizo más viva la impresión de quienes pudieron contemplarlo, pues una misma generación alcanzó, por un lado, los máximos límites del decaimiento y, por otro, el reinado floreciente del Emperador Carlos.

La España que heredaron y la España que legaron

Por GONZALO MENENDEZ PIDAL

LAS luchas intestinas y disturbios que asolaron a España desde fines del siglo XIV entregaron la tierra en manos de una nobleza indomable, caprichosa y llena de codicia. Más que los límites de los reinos, interesaría a la Geografía conocer los feudos de los nobles y los maestrazgos de las órdenes militares; unos y otros son famosos, no en la historia de la nación: las órdenes militares no acrecientan ya sus maestrazgos en lucha con los moros, sino que gastan sus fuerzas en estériles partidismos, mientras las fortalezas patrimoniales de los nobles se hacen famosas como refugio de bastardas luchas políticas. El mapa de España ardía en guerras, y no sólo en la frontera cristiano-islámica.

Pero en tiempos del indolente Juan II, padre de Enrique IV y de su hermanastra Isabel, se dejaba ya sentir un fuerte anhelo que movía a los mejores en el deseo de poner fin a las luchas intercristianas para, tras ello, dar continuidad a la multisecular reconquista.

Pero desgraciadamente, la guerra de Granada en tiempo de Enrique IV, aun cuando convoca a los mejores y más entusiastas, por obra del rey se esteriliza. El pueblo acusa a su monarca de estar en tratos con el enemigo, y cierto es que la campaña de 1457 la organizó Enrique con el único objeto de cobrar el subsidio de cruzada y no pensando ni por un momento en hacer la guerra a los moros: levantaba los cercos sin causa, prohibía las talas, mantenía tratos con los granadinos en reuniones secretas, e incluso vestía a la morisca.

LA FUSION DE CASTILLA Y ARAGON

En este estado las cosas, las gentes cifraban su esperanza en el príncipe Alfonso, hermanastro del desdichado Enrique. Pero el destino había de dar al traste con estas esperanzas, pues poco después de proclamar a Alfonso antirrey en Valladolid, muere éste cuando todavía era casi un niño. A partir de entonces todos los ojos miran a Isabel; en sus manos va a quedar el destino de Castilla; pero su matrimonio es el que va a cambiar el mapa político de la Península, y a largo plazo el de Europa. En 1465, su hermanastro había querido casarla con el judío converso don Pedro Girón, que triplicaba la edad de la princesa; tres años después de haber muerto este pretendiente, renegando públicamente de su catolicismo, son tres nuevos los aspirantes al matrimonio con Isabel: el viejo Alfonso V de Portugal, que fuera de su edad no podía ofrecer en su matrimonio la deseada unión de los reinos, pues ya tenía un hijo, don Juan; el duque de Guyena, débil y afeminado hermano de Luis XI, del cual un tiempo pudo pensarse fuese a heredar la corona de Francia. Pero Isabel, como dos siglos y medio antes Berenguela la Grande, firme contra la voluntad del rey, rechazó el matrimonio con el posible heredero de Francia para casarse con el tercer pretendiente, Fernando, el infante aragonés. Berenguela también había rechazado el matrimonio alemán propuesto por su padre para casarse con el rey leonés; y así como el regio matrimonio de 1230 contó con la oposición papal, así también don Fernando, para casarse con Isabel, hubo de exhibir una bula falsa de dispensa que fué más tarde causa de grandes remordimientos para la reina, la cual no descansó hasta obtener otra de Sixto IV en que se la eximía de toda censura anterior. La endogamia fué en último término aspiración a la unidad política nacional. Y así, el matrimonio de Fernando e Isabel trajo de por sí la fusión en el mapa de dos de las más importantes entidades políticas peninsulares.

LA RECONQUISTA DE GRANADA

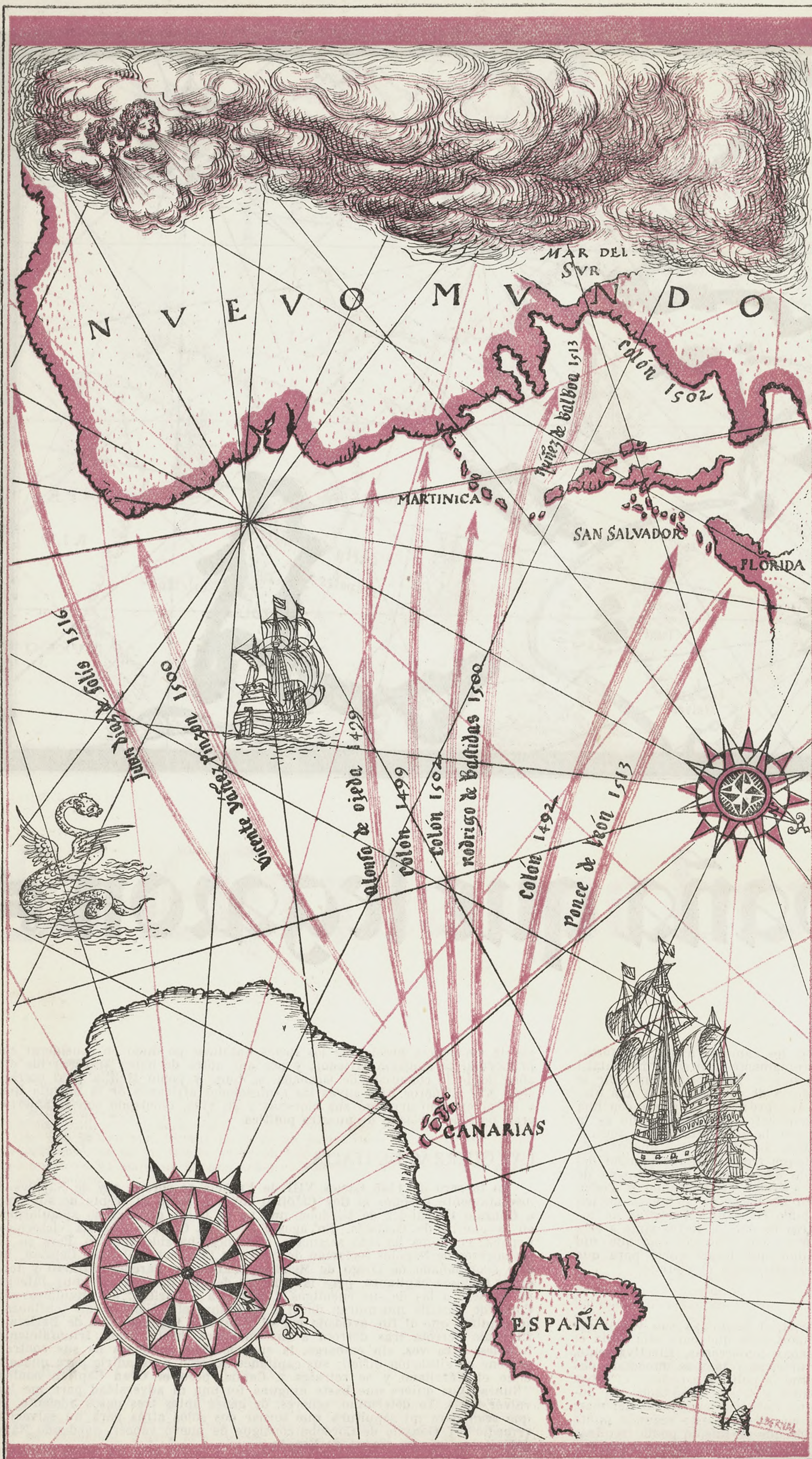
Tras el robustecimiento interior del reino, sometida la nobleza, saneada la administración, atraídos los discordes, se plantea la cuestión de qué empresa ha de acometer el fortalecido estado. Fernando aboga por planes recibidos de sus antepasados, pero Isabel tiene también otros fines: hay que anteponer a todo la guerra nacional castellana, y por voluntad de la reina, Fernando comenzó los preparativos contra Granada. La lucha había de ser dura: la tierra era áspera, el suelo montuoso, los caminos malos, las fortalezas enriscadas; casi más que un esfuerzo propiamente militar se necesitaba de una firme decisión política, y eso fué lo que la Reina supo infundir al Rey, a sus capitanes y a sus soldados. La historia de esta guerra es una historia en que el tesón de la Reina resplandece siempre: ella es la que con una perfecta intendencia supo asegurar el abastecimiento del ejército, ella es la que con la organización sanitaria pudo mantener la eficiencia de los contingentes cristianos. Mas ni con toda esta organización, ni con los nuevos métodos de guerra, pensaron los Reyes en un ataque frontal; la reconquista del reino granadino se planteó desde un principio como una larga campaña de atenazamiento; por eso, cuando en 1492 el ejército de Fernando e Isabel asentó ante Granada, la capital mora, a quien las bocas de la tenaza habían privado ya de su retaguardia marítima, no pudo concebir esperanzas de socorro y sucumbió. Pero al mapa de España, tras de dar los Reyes cima a esta empresa, no sólo borró la presencia del último reino islámico, sino que aun hoy todavía lo vemos surcado por los caminos que Israel abrió para que Fernando moviese sus hombres y las recuas abasteciesen el ejército.

LA EMPRESA DE AFRICA

Es sintomático cómo, aun antes de aparecer el Islam, ya son varias las ocasiones en que España había sentido la importancia que para ella tenía el dominio del Estrecho y de las tierras africanas comarcanas. Efectivamente, la posesión del Estrecho ha sido siempre la primera y la más inmediata obsesión de los que han comprendido con amplitud la política española; el echar tal cosa en olvido trajo siempre desafortunados y tristes resultados. El dominio del Estrecho cumple dos funciones: una, señorear el camino del mar; otra, defender el paso a la Península. De no comprender este segundo punto nació el gran error de Alfonso VI, que creyendo que su misión podía terminar en la costa septentrional del Estrecho, dejó paso libre a los almorávides. Por eso la conciencia precisa de los Reyes Católicos no dudó en considerar como primordial la cuestión africana, y por eso, antes de haber transcurrido cinco años desde la conquista de Granada, se tomó y pobló Melilla, y al entrar el siglo XVI Cisneros hizo suyas las aspiraciones africanas de la difunta Reina, y en el empeño arriesgó sus riquezas y su vida, quedando con él abierto el gran período africano de nuestra política.

LAS GUERRAS DE ITALIA

En febrero de 1495 Carlos VIII de Francia se corona rey de Nápoles. Inmediatamente después el Rey Católico envía a Italia al frente de sus tropas a Gonzalo Fernández de Córdoba, que ya se había distinguido singularmente en la guerra de Granada. En agosto de 1498 Gonzalo regresa victorioso a España; en Roma ha sido aclamado, el francés ha sido vencido. Pero en 1500 los sucesos de Nápoles reclaman de nuevo la presencia del Gran Capitán; llega éste acompañado de Diego de Mendoza, García de Paredes, Pizarro y tantos otros famosos capitanes, pero las fuerzas de que dispone son muy inferiores en número a las de sus enemigos y se retira a Barleta; los envidiosos de la Corte de Castilla murmuran de él a la Reina; ella tiene plena confianza en su capitán, que al fin, ayudado por el almirante Lezcano, sale de Barleta, infligiendo derrota tras derrota a sus enemigos, hasta llegar triunfalmente a Nápoles. Otra vez, sin embargo, la superioridad numérica de sus contrarios le pone en situación difícil; sus capitanes quieren persuadirle para que abandone el Garellano y se retraiga a Capua, pero el Gran Capitán contesta: "Nunca Dios quiera que baste ninguna fortuna ni adversidad para me hacer volver atrás. Yo determino, señores, de ganar antes tres pasos adelante, aunque sean para mi sepultura, que tornar dos solos atrás para mi salvación y remedio". Y Gonzalo de Córdoba consigue de nuevo vencer, quedando Nápoles definitivamente en manos de España.



EL NUEVO MUNDO

La concepción esférica de la Tierra era cosa vieja ya en el siglo XV. Los medios cultos de la antigüedad y del medievo la tenían por admitida y sólida. Naturalmente, ello no quiere decir que la teoría no fuese ocasionalmente discutida por algún docto e ignorada por la mayor parte del vulgo, que, por lo demás, no se preocupaba ni en contradecirla. Hoy no puede sostenerse la idea, hasta cierto punto popular en nuestro tiempo, de que el descubrimiento colombino tuvo como novedosa base teórica la concepción esférica de la Tierra. La geografía matemática que guió los descubrimientos hispanoportugueses contaba con una vieja tradición ibérica que ya desde el siglo XIII sabía calcular con bastante exactitud latitudes geográficas; con ello, nuestros cosmógrafos habían venido a crearse una idea bastante precisa sobre la magnitud de la circunferencia terrestre, y así se explica que cuando Colón hizo examinar su proyecto a los cosmógrafos castellanos, éstos combatieran la propuesta basándose en un hecho cierto: el erróneo cómputo colombino de la longitud de la navegación que ofrecía realizar. Los cosmógrafos castellanos estimaban con fundamento que Colón equivocaba sus cálculos y que la nueva ruta que proponía para llegar a las Indias era, como es, antieconómica y anticomercial.

La bruma que envolvía una buena parte del Globo parecía aferrada desde tiempos ptolomaicos a un horizonte próximo a las costas occidentales del Viejo Mundo. Pero en los últimos años del reinado fernando-isabelino este nebuloso telón se rasgó fulminantemente y el horizonte comenzó a ampliarse sin cesar; y esta ampliación de la imagen del mundo da carácter a los tiempos modernos. Pero las consecuencias fueron aún mayores en lo que a la ampliación de la *ecumene* se refiere. Hasta el siglo XV, las tierras que se suponían útiles a la habitación del hombre se restringían a una parte de la zona templada del hemisferio norte. Y si no fué una novedad para la ciencia antigua el que apareciesen nuevas islas y continentes sobre la faz de la Tierra, una de las más sorprendentes adquisiciones de la Edad Moderna fué, sin embargo, la ampliación que a los ojos de la ciencia cobró el concepto de *ecumene*. Los descubrimientos llevados a cabo por los súbditos de Fernando e Isabel venían así a resolver la vieja discusión trabada en torno a la posible extensión de la bioesfera. Aún quedaban muchas tierras por descubrir en el Nuevo Mundo, pero ya era incuestionable la habitabilidad de la zona tórrida y del hemisferio sur.

LOS REYES CATOLICOS Y EL MAPA TRAS DE SU MUERTE

Pero los Reyes Católicos no sólo son fautores de grandes cambios en la geografía política del Viejo y el Nuevo Mundo. Sus proyectos alcanzaban más allá de sus días. La reina, fiel a la tradición castellana, no cejó en preparar la inteligencia con Portugal, y aunque vió fracasar una y otra vez sus proyectos, en verdad a ella se debe el que su bisnieto pudiese creer conseguido el empeño. Y Fernando, con su obsesión por el matrimonio austríaco, fué el que preparó la gran coalición política que resplandece en el mapa de la Europa de su nieto.

Isabel la Catolica y la Santidad

(Del libro «Semblanza Espiritual de Isabel la Católica», por el P. Feliciano Cereceda, S. J. (†).



EXISTE una tradición literaria que se abre con el viajero alemán Munzer, se prosigue con Pablo Mártir, el P. Las Casas y Colón, y se cierra en nuestros días con Llanos Torriglia y Gómez de Mercado, que presenta a la soberana como un prodigio del cielo y un regalo de Dios a España. Paralela a esta tradición escrita corre otra artística e iconográfica que adorna las sienes de Isabel, no bien muere, con el halo de los santos glorificados por la Iglesia. No se comprende, por eso, cómo se ha dejado secar ese cauce florecido de virtudes, y no se fué hasta conseguir de Dios y de la Iglesia la patente de santidad para la primera de las reinas de España.»

«Colón y Las Casas llamábanla «santa»; el dominico Andrés de Miranda, «elegida de Dios»; Pedro Mártir, «caída del cielo»; Cartagena,

En la tierra, la primera; — en el cielo, la segunda;



y Palafox, comparándola con Santa Teresa de Jesús, escribía: «Si la santa hubiera sido reina, fuera otra católica doña Isabel; y si esta esclarecida princesa fuera religiosa, que bien lo fué en las virtudes, fuera otra Santa Teresa».

«Es cierto que nadie puede dejar de ser panegirista de esta mujer, como decía Menéndez y Pelayo, y a esa su fuerte personalidad obedece que los historiadores de todas las tendencias se hayan detenido respetuosamente ante su memoria. Pero estas actitudes científicas lograrían una inmensa supervaloración si sobre esta grandeza cayese la consagración oficial de la Iglesia. Lo cual no quiere decir que nos adelantemos a su juicio; pretendemos sólo reavivar la llama de la devoción en las almas de aquí y de América, que deben mirar también a nuestra reina como a su madre.»

«Momento definitivo, sin duda, para la compenetración y el cariño entre España y las naciones americanas el día en que la Iglesia pueda decirnos que nuestra común madre es santa y goza perdurablemente de la vista de Dios.»

«Pero apresure o no el cielo estas risueñas perspectivas, por lo menos siempre será cierto que las virtudes de doña Isabel no fueron vulgares sino hondas y poco corrientes, y siempre eficaces para servir de ejemplo e imitación en la vida cristiana de los fieles.»

«He querido que mi trabajo se funde principalmente en el testimonio de los que conocieron y trataron a Isabel la Católica, para que ellos nos digan cómo fué y cómo la vieron durante su gobierno. No es otra la razón de que se transcriban a cada paso los ingenuos decires y «fablas» de los cronistas, que aunque sólo sea por su hermoso estilo representan una garantía y un atractivo de encanto para la lectura.»

«La vida incontaminada y justa de doña Isabel no consentía a sus vasallos dudar de su gloria bienaventurada en el cielo: «Considerada su fe, vida e religión e fin, no sería temeridad afirmar que está en el cielo; a lo menos que purgadas algunas culpas de sus pecados, pues como dice el Apóstol, no hay justo ni quien pueda decir que está sin pecado, en breve será colocada en la celestial gloria con los santos, dejando reino temporal para alcanzar gloria para siempre jamás.»

«Como sus vasallos de entonces, creemos también hoy nosotros en este premio eterno de la reina de España, alcanzado por sus eminentes virtudes. Es lo sustancial y definitivo para las almas. Pero, ¿no entrará en los planes de Dios tributar a nuestra excelsa soberana ese honor adjetivo del halo de la santidad proclamado por la Santa Iglesia? Grande esperanza de ello infunde su fe y su caridad y el proceder irreprochable de su existencia. Lo que falta a los españoles es alcanzar de Dios, por medio de la súplica, esa gloria externa para nuestra reina incomparable.»



«Yo he creído que el primer paso de esta etapa sublimadora de la soberana era dar a conocer sus virtudes, seguro de que esta noticia moverá a las almas buenas a invocarla en sus penas y necesidades. Y el cielo hará lo demás si nosotros se lo pedimos.»

«No digo que lo haya conseguido en estos renglones, pero quedo satisfecho de haber intentado el que Dios haga glorioso, por la voz de su Iglesia, el sepulcro de Isabel, en Granada.»

«Sin prevenir el juicio inapelable de la Sede Apostólica, única que posee autorización para patentes de santidad, y respetando siempre su fallo, no estará fuera de su sitio cerrar estas páginas con unas líneas de don Modesto Lafuente, el cual, perplejo de admiración ante las virtudes de doña Isabel, escribió: «No comprendo cómo no se halla el nombre de la reina Isabel de Castilla en la nómina de los escogidos, al lado de San Hermenegildo y San Fernando». Tal vez la causa resida en que estos sus reinos, a los que ella llevó tan dentro de su corazón, no han cumplido por su parte el deber de gratitud, que para España sería el más honroso y para la soberana el de su más auténtica grandeza.»

La huella del reinado de los Reyes Católicos en el pensamiento español moderno es tema de interés muy vivo si se trata de evocar aquella época gloriosa; porque la obra de estos monarcas es el ápice de mayor esplendor que España alcanzó nunca, y su interpretación resulta fundamental cuando se intenta comprender el curso de nuestra historia en conjunto.

¿Filosofar, pues, sobre los Reyes Católicos? No hagamos hincapié en términos espinosos, pero vayamos derechos a considerar la importancia y la necesidad de estos estudios que tratan de profundizar en la Historia, de buscar la realidad histórica, persiguiendo como decía uno de los mayores historiadores modernos, la vena espiritual de las cosas.

Estas miradas escrutadoras no se detienen en los datos de la investigación particular, sino que pretenden penetrar a través de ellos en busca de más hondas y recónditas verdades. Y es cierto que a veces quien así mira no conoce como debiera las humildes y fructuosas investigaciones sin las cuales nada duradero puede edificarse. pero esta y otras imperfecciones no deben invalidar la obra del pensamiento.

Con el que atañe a los Reyes Católicos habría para escribir un libro de las más ricas visiones y observaciones sobre la obra histórica de tan incomparable pareja. (La cual, por cierto, en ninguna parte creo haya sido citada con tanto realismo y rotundidad como por Juan Margarit y Moles, el gerundense, cuando dice, con el mayor desenfado y la mayor verdad, de los serenísimos Don Fernando y Doña Isabel: «Qui succedentes paternis et autis regnis, ipsa copula, utriusque Hispaniae citerioris et ulterioris unionem fecistis»).

Pero aquí sólo podemos dar algunas breves muestras de cómo se ha extraído el jugo significativo al reinado mayor de nuestra historia.

J. L. V. D.

VOZ UNÁNIME

«Hoy, con la misma verdad que en tiempo del buen Cura de los Palacios, repite la voz unánime de la Historia, y afirma el sentir común de nuestro pueblo, que en tiempo de los Reyes Católicos «fué en España la mayor empinación, triunfo é honra é prosperidad que nunca España tuvo». Porque si es cierto que los términos de nuestra dominación fueron inmensamente mayores en tiempo del Emperador y de su hijo, y mayor también el peso de nuestra espada y de nuestra política en la balanza de los destinos del mundo, toda aquella grandeza, que por su misma desproporción con nuestros recursos materiales tenía que ser efímera, venía preparada, en lo que tuvo de sólida y positiva, por la obra más modesta y más peculiarmente española de aquellos gloriosos monarcas, a quienes nuestra nacionalidad debe su constitución definitiva, y el molde y forma en que se desarrolló su actividad en todos los órdenes de la vida durante el siglo más memorable de la Historia. Lo que de la Edad Media destruyeron ellos, destruído quedó para siempre: las instituciones que ellos plantearon o reformaron, han permanecido en pie hasta los albores de nuestro siglo; muchas de ellas no han sucumbido por consunción, sino de muerte violenta; y aun nos acontece volver los ojos a algunas de ellas cuando queremos buscar en lo pasado algún género de consuelo para lo presente.

Aquella manera de tutela más bien que de dictadura, que el genio político providencialmente suele ejercer en las sociedades anárquicas y desorganizadas, pocas veces se ha presentado en la Historia con tanta majestad y tan fiero aparato de justicia».

(Menéndez Pelayo: «Historia de la poesía castellana en la Edad Media». Vol. 3.º, pág. 7, Madrid, 1916.)

LAS DOS RESTAURACIONES

«La organización política dada a la nación por los Reyes Católicos había de tener como complemento una restauración intelectual, que diere a las obras del espíritu más amplia intervención en la vida y una restauración de las fuerzas materiales del país, empobrecido por las guerras. Mas estas dos obras requerían mucha constancia y mucho esfuerzo: la primera fué iniciada con brillantez, porque el impulso partió de los reyes y de los hombres escogidos de que supieron rodearse; pero la segunda, que era más obra de brazos que de cabeza y más de sudar que de discurrir, tenía que descansar sobre los hombros del pueblo trabajador, el cual, no encontrándose en la mejor disposición de ánimo para entrar en faena, acogió con júbilo la noticia del descubrimiento del nuevo mundo, que atraía y seducía como cosa de encantamiento. Y dejando las prosaicas herramientas de trabajo, allá partieron cuantos pudieron en busca de la independencia personal, representada por el «Oro»; no por el oro ganado en la industria o el comercio, sino por el oro puro, en pepitas».

(Ganivet: «Idearium español», pág. 44, Madrid, 1923.)



LA ESPAÑA COMPACTA Y ELÁSTICA

"Siempre ha sorprendido que del estado miserable en que nuestro pueblo se hallaba hacia 1450 se pase, en cincuenta años o poco más, a una prepotencia desconocida en el mundo nuevo y sólo comparable a la de Roma en el antiguo. ¿Brotó de súbito en España una poderosa floración de cultura? ¿Se improvisó en tan breve período una nueva civilización, con técnicas poderosas e insospechadas? Nada de esto. Entre 1450 y 1500 sólo un hecho nuevo de importancia acontece: la unificación peninsular.

Tuvo España el honor de ser la primera nacionalidad que logra ser una, que concentra en el puño de un rey todas sus energías y capacidades. Esto basta para hacer comprensible su inmediato engrandecimiento. La unidad es un aparato formidable, que, por sí mismo y aun siendo muy débil quien lo maneja, hace posibles las grandes empresas. Mientras el pluralismo feudal mantenía desparramado el poder de Francia, de Inglaterra, de Alemania, y un atomismo municipal disociaba a Italia, España se convierte en un cuerpo compacto y elástico."

(J. Ortega y Gasset: «España invertebrada», pág. 163, Madrid, 1922.)

NO FUÉ EN VANO

"Otro ejemplo de la utilidad inmensa que puede derivarse de la tradición, cuando se la acepta como escuela, lo encontramos en la justicia y en su administración. No cabe duda de que ambas fueron excelentes en España durante siglos. El paradigma de Isabel la Católica recorriendo a caballo las vastedades de su reino, para presidir los juicios de la Santa Hermandad, hizo que nuestra Monarquía concediera durante siglos esencial importancia a la justicia. Y hoy reconocen los historiadores que no fué en vano."

(Ramiro de Maeztu: «Defensa de la Hispanidad», pág. 253, Madrid, 1934.

HACIA FINES UNIVERSALES

"Ambas tendencias, la política y la religiosa, se combinan en una serie de medidas tendentes a reforzar el Estado. Una mano de hierro reduce a la obediencia a los díscolos nobles y unifica la legislación; las libertades municipales, aun conservando sus formas externas, van poco a poco cayendo bajo la autoridad y el dominio reales; se define con exactitud el valor de la moneda y se uniforma todo el territorio; se crea una política comercial de carácter proteccionista, no siempre bien inspirada y generalmente concebida con excesiva confianza en la reglamentación estatal y en la intervención de la Corona en materia económica; la mano y la mente de los reyes se sienten por doquier.

Así reforzada, la nación, ya una, sale al exterior e invade los campos de la historia universal. Si la inspiración religiosa de la reina castellana prevalece en los asuntos interiores, el genio político del rey aragonés y las tradiciones mediterráneas de la Corona de Aragón triunfan en política extranjera. El valle del Ebro se orienta hacia el Sureste. Cataluña es rival natural del rey de Francia sobre el Rosellón, catalán de raza y lengua, francés por necesidad geográfica. El duelo será, pues, contra el rey de Francia, y el campo de batalla, Italia. Después de muchas vicisitudes y episodios, la rivalidad termina con la victoria del rey de España, que al morir en 1516 deja a su heredero las islas de Cerdeña y Sicilia, más la mitad de la península italiana y todo el Rosellón.

Pero no fué la guerra su único método para establecer la supremacía de España. Los Reyes Católicos entretejieron una tupida red de matrimonios reales, que, aun después de desgarrada por la mano cruel de la muerte, logró captar grandes riquezas políticas para la Casa de España. Todas sus hijas se casaron políticamente: Isabel, con el duque de Beja, heredero de la Corona de Portugal; Catalina, con Enrique VIII de Inglaterra; Juana, con Felipe el Hermoso, jefe de la Casa de Borgoña. A la muerte de Fernando,

que sobrevivió a Isabel doce años, Carlos, hijo de Juana la Loca, se encuentra rey de España, de la mitad de la península italiana, de los Países Bajos y de una porción considerable del nordeste y sudeste de lo que es hoy Francia.

Tal era la base política que Fernando preparó para que el espíritu de Isabel se elevase, por encima de las limitaciones nacionales, hacia fines universales."

(Madariaga: «España», pág. 46, Buenos Aires, 1944.)

A PRUEBA DE DESVENTURAS

"Para este servicio teórico, escribió el secretario florentino Nicolás Maquiavelo su tratado "El Príncipe", en el cual, además de querer establecer el superior derecho de cada soberano en su dominio particular, da, con gran lucidez y perfidia, los medios para conservar y acrecentar este poder, sin excluir los inmorales; por lo cual suele llamarse todavía "maquiavelismo" la tendencia a justificar, por la excelencia de un fin, los medios de cualquier clase empleados en su utilidad. Pasó entonces y sigue pasando como el modelo que había servido al florentino para componer su tratado el Rey Don Fernando de Aragón, el marido de Isabel la Católica, Fernando, más aun que la misma Isabel, sintió la unidad de España, y aunque el famoso "Testamento" de la Reina, muerta mucho antes que él, parecía tender a una recaída a la separación entre Castilla y Aragón y, por consiguiente, a los desmenuzamientos del sistema feudal, no sólo supo aquél mantener, a prueba de desventuras, el ideal de una Monarquía absoluta en lo que ya por entonces empezaba a considerarse como "la nación", sino que inauguró el sistema de reforzar la substantividad de ésta mediante una trama hábil, y muchas veces secreta, de pactos y alianzas internacionales, base de lo que después se ha llamado "política del equilibrio europeo", y que sustituía de este modo, mejor dicho, remendaba, las consecuencias disgregatorias que tenía la debilitación del poder del soberano único, es decir, del Emperador."

(E. d'Ors: «La Civilización en la Historia», pág. 156, Madrid, s. f.)

REPARTO DE PAPELES

"Queda, en fin, la cuestión de las personalidades enérgicas, que amenazan siempre en convertirse en díscolas. Cúrese de que estamos en el Renacimiento, de que coincidimos aproximadamente con la Reforma, sazón de individualidades señeras y atrozmente sedientas de gloria. Maquiavelo tiene dos caras: la cara que mira al Emperador, al cual se quiere desvanecer, y la que mira al rival, al émulo, al condotiero, al aventurero, a los cuales conviene cortar las alas después —política— de haberles impulsado a volar. Aquí parece como si entre Isabel y Fernando mediara un reparto de papeles. Respecto de todos los héroes que Dios suscita —el Gran Capitán, Colón, Cisneros, en primera fila—, la Reina se encarga de la misión que consiste en descubrirlos, animarlos, exaltarlos, darles relieve, hacerlos brillar, obtener de su virtud todo lo posible. Luego, ya vendrá el Rey a limitar, a reducir, a atar corto, evitando cualquier amenaza de rebelión y, por consiguiente, de un desorden, hijo de la embriaguez de la gloria, en estos personajes llevados a las nubes. La diferencia de sexo y temperamento sirve a los soberanos en la coyuntura. Acaso, ni siquiera les ha sido preciso ponerse de acuerdo. Obedeciendo a sus propios instintos cada uno, defienden los dos la causa común: la una, con el instrumento de la femenina intuición; el otro, con el de la prudentísima diplomacia."

(D'Ors: «Epos de los destinos», pág. 368, Madrid, 1943.)

LA SUSTANCIA ESPIRITUAL

«Estos dos caracteres—el nacional y el religioso—que definen la esencia de la expansión española por el mundo, no son realmente otra cosa que la manifestación necesaria del alma española, de la Hispanidad, cuya sustancia espiritual acaba de madurar durante el reinado de los Reyes Católicos, después de casi ocho siglos de germinación en la Península. La nación española sabe ahora que su definición, su sustancia ideal, la misión que Dios le ha conferido en la economía del mundo es nada menos que la defensa de la fe cristiana...

El empujón mecánico del pasado los lanza fuera de la Península. La política de España se hace mundial. Y no será inútil subrayar aquí este detalle: que la primera—y quizá la única—política mundial que aparece en la historia humana es la política española del siglo XVI. Y no por casualidad ni por virtudes particulares de los españoles que rigieron los destinos de la Hispanidad en ese siglo, sino porque la esencia misma del alma hispánica destinaba providencialmente a España a ser la primera en practicar esa política».

(M. García Morente: «Ideal de la Hispanidad», págs. 224 y 225, Madrid, s. f.).



ORIO (GUIPÚZCOA).



QUIÉNES Y CÓMO SON *los* ESPAÑOLES

POR ARTURO PÉREZ CAMARERO

(FOTOGRAFÍAS DE JOSÉ ORTIZ ECHAGÜE)

Bien quisiera disponer del espacio suficiente para sugerir al lector una imaginativa visita a los primeros moradores de la Península. El cráneo de Gibraltar y otros huesos multimilenarios son las huellas del paso del hombre de Neanderthal, en cuyo reinado tuvo el mundo una relativa homogeneidad humana.

Más tarde la invasión de los euroafricanos crea una cultura mediterránea y fué el torrente de los euroasiáticos el que vino a turbarla como anticipo de la amenaza actual.

Los guanches canarios y los islotes étnicos tan centrales como el de Segovia revelan la presencia en España del hombre de Cro-Magnon, generador acaso de la raza corpulenta y sabia que inspiró las leyendas de la Atlántida, incubadora del primer anhelo de imperio universal. Los vascos testimonian la existencia de un núcleo preasiático de hermosa morfología y destacada estatura.

Cuando la historia comienza, en España prepondera una raza afro-mediterránea, dolicocéfala de tez morena y pelo negro o castaño que, influída por la de Cro-Magnón, debió presentar bellos tipos humanos.

La inmigración céltica trajo al escenario peninsular los altos braquicéfalos rubios que entablaron con los iberos la lucha, entre lo nórdico y lo mediterráneo, que había de ensangrentar alternativamente a España durante siglos.

Más tarde, fenicios, cartagineses y romanos fueron nuevas aportaciones a la morena dolicocefalia y vándalos, alanos, suevos y visigodos



ÁVILA.



ALDEADÁVILA (SALAMANCA).



ALAMORA).



CANDELARIO (SALAMANCA).



SEGOVIA.

SEVILLA.



nuevos refuerzos a las gentes nórdicas.

Entre tanto, otras razas, la dálica y la alpina se infiltran sin conquista y hoy los dálicos mesocéfalos abundan en el Norte y Noroeste de España hasta León y Palencia y los morenos y orientales alpinos, multiplicados extraordinariamente, a juicio de un ilustre antropólogo español, forman en general las grandes masas proletarias de las ciudades de Europa y de América.

Las invasiones árabes trajeron la raza o las razas orientales que acrecentaron los elementos dolicocéfalos morenos.

Para los antropólogos, la Reconquista fué un proceso de regermanización de España y en cambio la emigración colonizadora de América mermó el caudal nórdico preferentemente, en proporción no compensada con la expulsión de los moriscos ni con los núcleos de flamencos y alemanes llegados en los reinados del César y de Felipe II.

Los judíos desde sus varias inmigraciones hasta su expulsión constituyeron un elemento apreciable. Los gitanos —que llegaron en los siglos XV y XVI, procedentes de la India, de donde salieron 400 años antes de la Era Cristiana— han conservado su aislamiento y en gran parte su nomadismo.

He aquí los principales antepasados de la población actual de España. Razas en grado superior de progreso antropológico y civilizaciones selectas que en alternativas de lucha y tolerancia han convivido sobre el suelo de España hasta formar esa suma de perfecta unidad y espléndida variedad de matices morfológicos y espirituales que constituye el pueblo hispánico.

* * *

Entre los diversos caracteres físicos que distinguen unas razas de otras están, en primer término, el ángulo cefálico, el tono de la piel, el color de los ojos y la estatura. Respecto al primero, el mapa cefalométrico de España presenta mayor abundancia de braquicéfalos en Galicia y Asturias; de mesocéfalos en Vascongadas, Navarra y Baleares y dolicocéfalos en Castilla la Vieja, Aragón, Valencia, Cataluña y Portugal. La parte sur de Andalucía y la cuenca media del Tajo tienden a la mesocefalia y, en proporción descendente, por este orden: Extremadura, Andalucía oriental, la Mancha y Murcia.

El ángulo facial debe relacionarse con la altura craneana, por la que se dividen las cabezas humanas en platicéfalas o de menos altura, que en España la presentan los descendientes de los guanches e hipsicéfalos o de altura mayor, que es lo ordinario en los dolicocéfalos peninsulares y aun en ciertos braquicéfalos descendientes de una raza armenia en la Andalucía próxima al mar. Para que todo sea diverso, hay también dolicocéfalos de altura craneana media en Castilla la Vieja, León y Asturias; mas la dolicohipsicefalia, es decir cabeza larga y cráneo alto, es la característica racialmente aristocrática de la raza mediterránea predominante en España.

Otra condición modificativa de las anteriores es la forma de la nariz según sea aguileña, recta o chata. La nariz recta la presentan más de un 75 por ciento de los habitantes de cinco provincias andaluzas, de Valencia, de Baleares, de Madrid y de Badajoz. Las aguileñas o convexas, presentan menores tantos por ciento y sólo pasan del 16,5 en Guipúzcoa, Alava, Navarra, Burgos, Santander, León, Coruña, Salamanca, Valladolid, Palencia, Segovia, Cuenca, Teruel, Barcelona y Lérida. Menos aún en número las narices remangadas o convexas, sólo presentan más de un 16,5 por ciento en Santander, Burgos, Valladolid, Ciudad Real, Albacete, Zaragoza, Teruel, Tarragona y Alicante.

En cuanto a la coloración de la piel, hay cuatro grandes zonas en las que preponderan el color moreno. Una entre los Pirineos Centrales y la Sierra de Guadarrama; otra compuesta por Galicia, excepto Lugo, y por León, excepto Valladolid y Salamanca; la tercera formada por las provincias extremeñas y Toledo y la cuarta en el sur mediterráneo que comprende Málaga, Granada y Almería. La mayor proporción de gentes morenas la presenta Canarias con un 90 por ciento y Zamora con el 73.

Ni aún en estas provincias llegan los españoles a tener ese color acanelado o aceitunado con que los pintan y describen fuera de España.

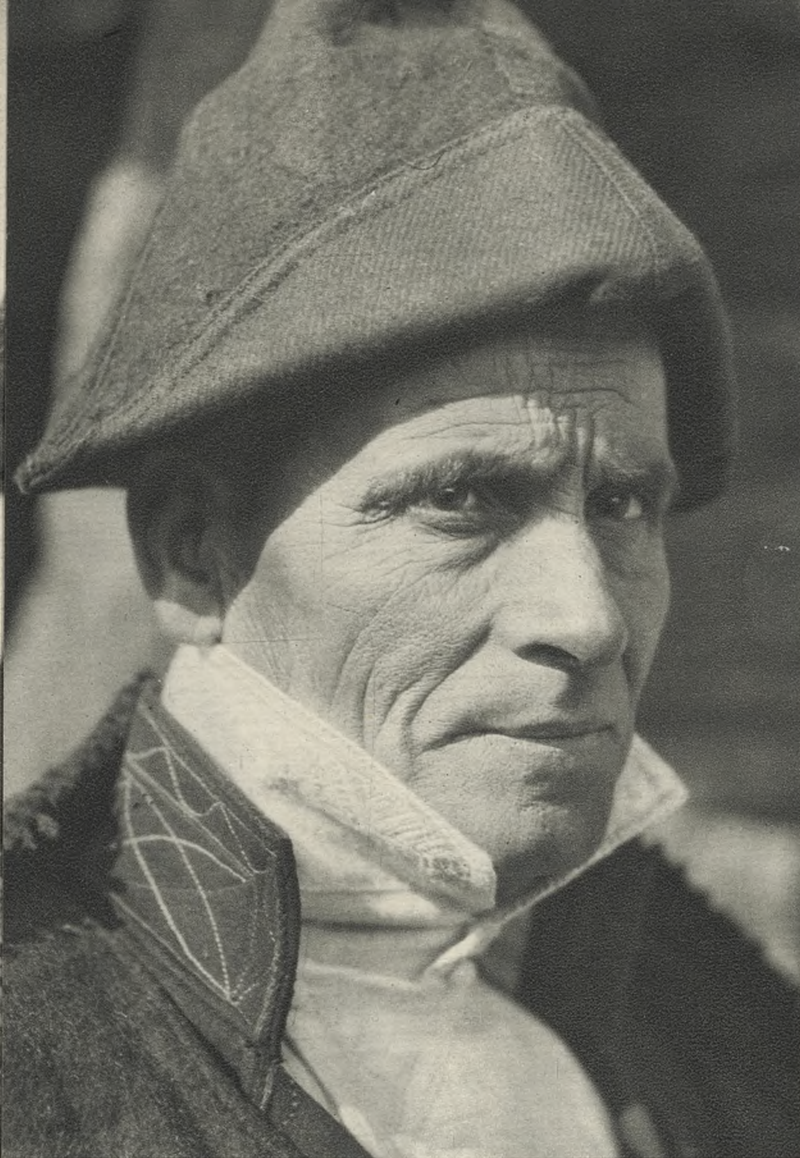
No es posible resumir brevemente la distribución geográfica del color de los ojos y su relación con el color del cabello. El mayor número es el de los cabellos negros y lisos y los ojos negros u oscuros. En las sierras castellanas hay abundancia relativa de ojos claros, lo que algunos atribuyen más a la influencia de sus amplios horizontes que a la herencia. En Levante y Cataluña se encuentran rubios con ojos claros en mayor proporción de la normal. Los vascos presentan una doble tipología de ojos azules con pelo rubio y de ojos negros con tez morena que es una de las causas de su discutida ascendencia. Hay tipos aislados en Andalucía que tienen el cabello rojo y los ojos verdes, como los que en la Rusia del Noroeste forman pueblos enteros.

Los negros traídos como esclavos por los romanos y los árabes, han dejado escasa huella en la Península. La que se observa en Portugal es debida a los negros traídos de sus colonias, costumbre menos seguida en España.

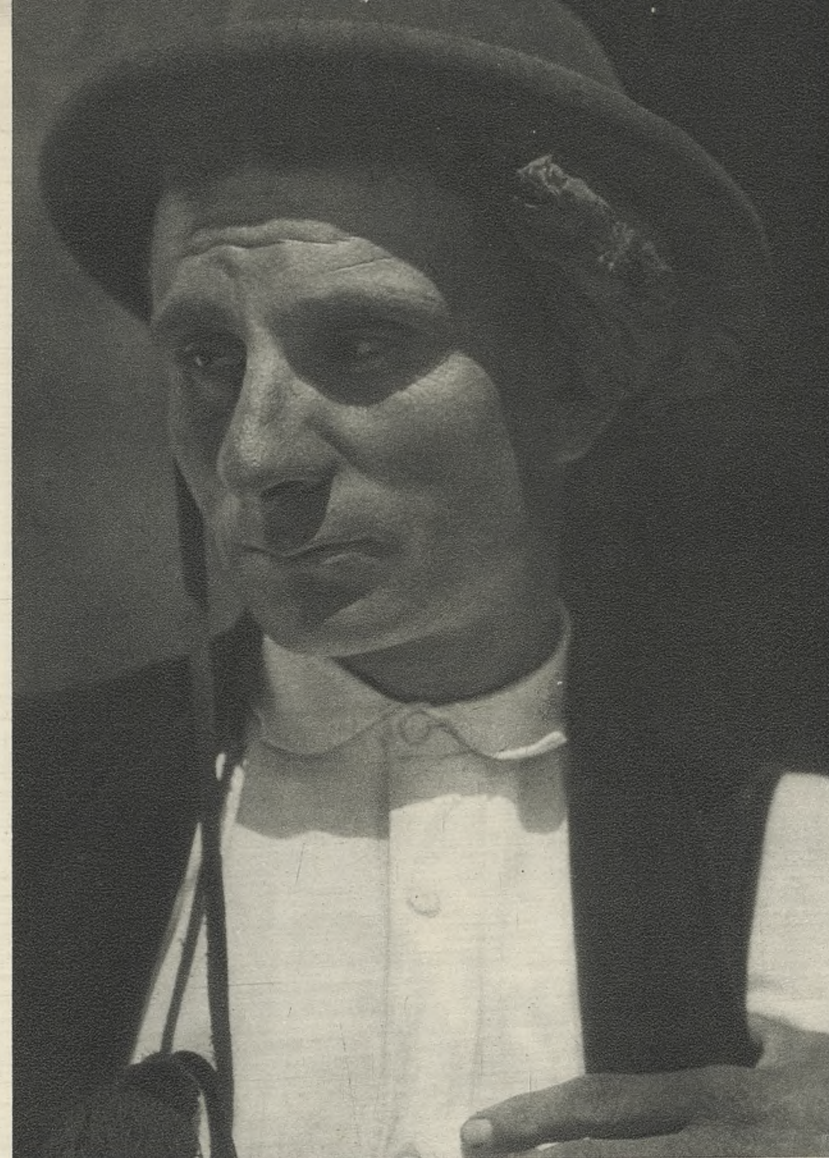
Puede concretarse diciendo que los rubios sólo pasan del 15 por ciento de la población en las provincias de Guipúzcoa, Santander, León, Logroño, Zaragoza, Huesca, Barcelona, Tarragona, Gerona, Castellón, Baleares, Cádiz, Granada y Huelva y los ojos garzos únicamente pasan de la quinta parte en las regiones de Galicia, Aragón y Navarra y en las provincias de Santander, Soria, Guipúzcoa, Barcelona, Gerona, Almería y Córdoba.

CANARIAS.

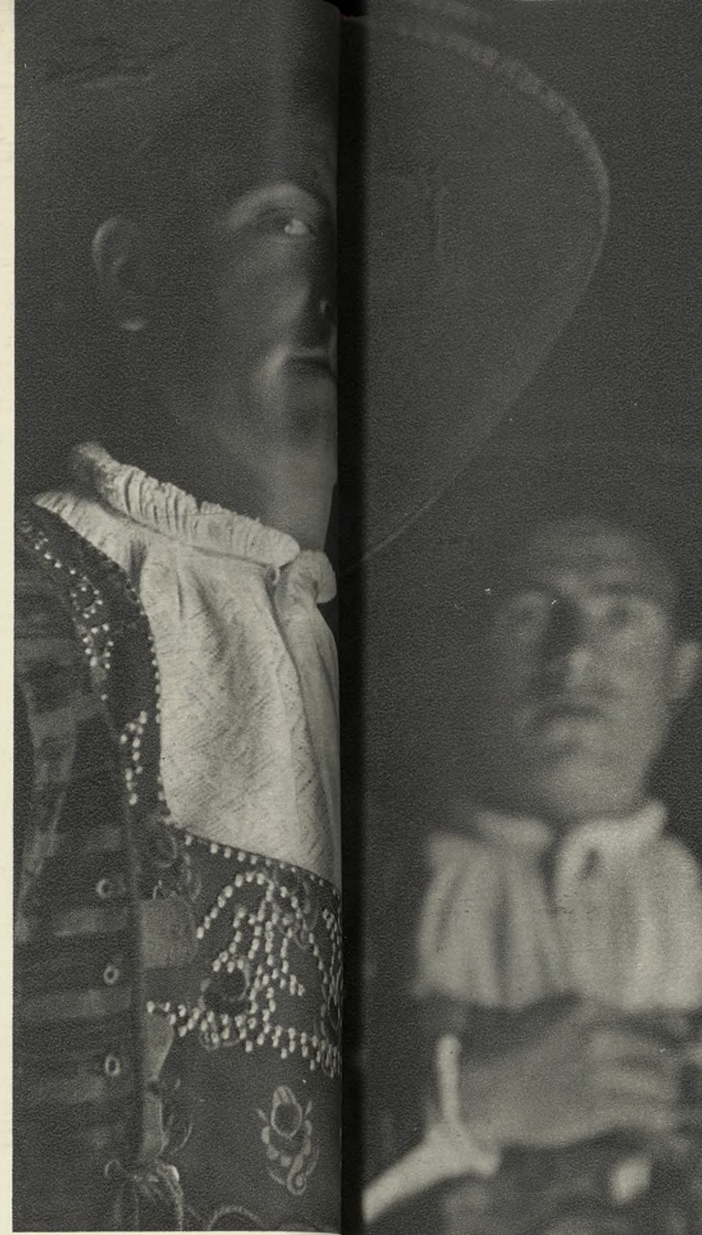




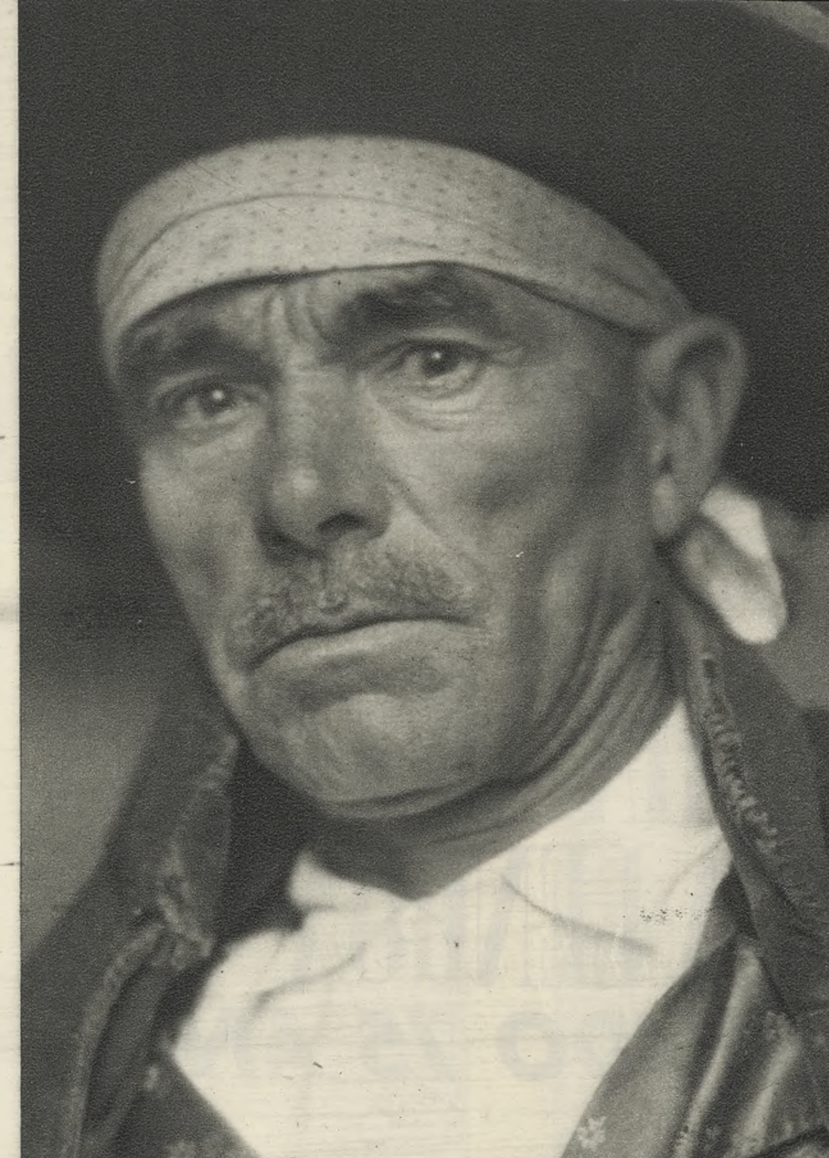
ZAMORA.



ARAGÓN.



LA ROB[...]ALAMANCA).



MURCIA.



LAS HURDES.



ASTURIAS.

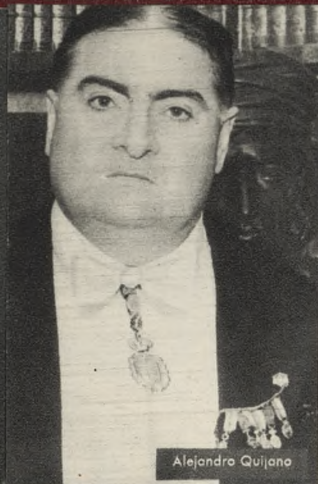
La estatura media de los españoles es 1,642 metros. Esta media nacional la sobrepasa el promedio provincial en Vizcaya, Gerona, Barcelona, Tarragona, Castellón, Valencia, Alicante, Huelva, Baleares y León, todas ellas marítimas excepto León.

La escasa divulgación de cuanto se refiere a la etnografía española ha dado lugar a confusionismos opuestos.

Tan artificioso fué suponer la uniformidad racial de la península como considerarla dividida en grupos étnicos, geográficamente delimitados. Desde los dos grupos de M. W. Boyd—iberos y celtas—, hasta los once de Lagnean, hay nomenclaturas para todos los gustos. Sin que falte, claro es, las inspiradas en la visión pintoresca de España, como la del honorable H. S. C. Beaven, que comprende: españoles, vascos, moriscos y gitanos. La clasificación del catedrático español Bañuelos es una de las pocas de valor objetivo. Este autor distingue los siguientes tipos: Mediterráneo, Nórdico, Oriental, Vasco preasiático, Dálico, Dinárico, Alpino Báltico, Europeo del sudeste, Judío y Gitano. Podemos recabar para la Estadística española la prioridad en el ensayo de anteponer a un resumen cuantitativo de la población la síntesis de sus características étnicas.

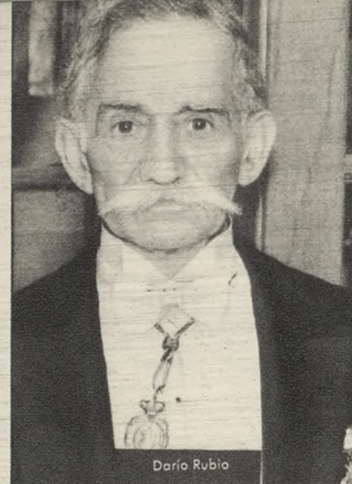


GALICIA.


Alejandro Quijano

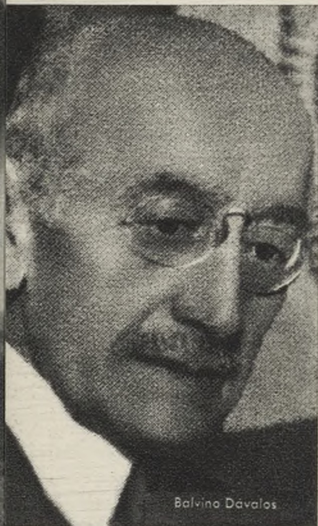

Jiménez Rueda


Romero de Terreros


Darío Rubio


García Naranjo


Mediz Bolio


Balvino Davalos


Alfonso Cravioto

LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

HA CUMPLIDO 75 AÑOS

POR RAMON ZORRILLA STROTHER

En setiembre de este año ha cumplido la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española, 75 años. Fué, en efecto, el 24 de setiembre de 1875, cuando, con la elección del primer presidente quedó constituída. La fundaron dos intelectuales mexicanos —don Alejandro Arango, literato, y don Joaquín García Icazbalceta, historiador—, llevando a cabo una propuesta de la Real Academia Española de la Lengua. «Hoy, que la Academia nada monopoliza —decía el acuerdo de la Española en que se hacía dicha propuesta—, llamando a todos y oyendo a todos, debe y puede pugnar porque en el suelo americano el idioma español conserve su nativa pureza y su grandilocuente acento.»

Ciento cincuenta valores de México han ocupado las «sillas» de la Academia Mexicana en sus 75 años de vida. Entre sus nombres encontramos muchos de los más brillantes de la intelectualidad mexicana en sus diversas manifestaciones: humanistas como el prelado Montes de Oca; grandes investigadores como García Icazbalceta y Orozco y Berra; poetas como Manuel José Othon, Luis G. Urbina y Enrique González Martínez; polemistas como Aguilar y Marocho y Victoriano Salado Álvarez; helenistas de la talla de Alfonso Reyes; literatos como Federico Gamboa, Artemio de Valle Arizpe y Carlos González Peña; historiadores como Carlos Pereyra, Mariano Cuevas, S. J. y Alberto María Carreño.

En la actualidad, la Academia Mexicana cuenta con dieciocho miembros numerarios —con voz y voto— y dieciocho correspondientes.

Los numerarios son: el licenciado Alejandro Quijano, Presidente; don Darío Rubio, Secretario Perpetuo; Carlos González Peña, Censor; Balvino Dávalos Miguel Romero de Terreros, Enrique González Martínez, Salvador Cordero, Alberto María Carreño, Genaro Fernández MacGregor, Artemio del Valle Arispe, Nemesio García Naranjo, Alfonso Reyes, José de Jesús Núñez y Domínguez, Antonio Mediz Bolio, Alfonso Junco, Julio Jiménez Rueda, José Rubén Romero y Alfonso Cravioto.

Los correspondientes son: Primo Feliciano Velázquez, Enrique Gómez Haro, Francisco Monterde, Agustín Aragón, José Vasconcelos, Raimundo Sánchez, Martín Luis Guzmán, Julio Torri, Antonio Castro Leal, Jaime Torres Bodet, Francisco Castillo Nájera, Francisco J. Santamaría, Excmo. Sr. Luis María Martínez, Arzobispo de México; Erasmo Castellanos Quinto, José María González de Mendoza e Isidro Fabela.

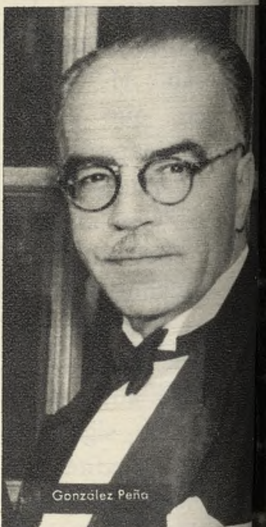
Desde junio pasado, todos los Académicos trabajan activamente en la preparación de un Congreso de las Academias de la Lengua Española, en el que participarán la Real Española, las diecisiete correspondientes americanas, y la de Filipinas.

La proposición de este Congreso fué hecha por el mismo Presidente de la República, Licenciado Miguel Alemán, a través del nuevo Académico José Rubén Romero. Ha sido fijada la fecha de 23 de abril de 1951, aniversario de la muerte de Cervantes, para la inauguración de este Congreso, que se celebrará en la capital mejicana. Recientemente, el Presidente, don Alejandro Quijano, acompañado de los académicos don José Rubén Romero y Fernández MacGregor, se trasladó personalmente a España para traer a la Real Academia Española la invitación a este magno Congreso.


Fernández MacGregor


Alfonso Junco

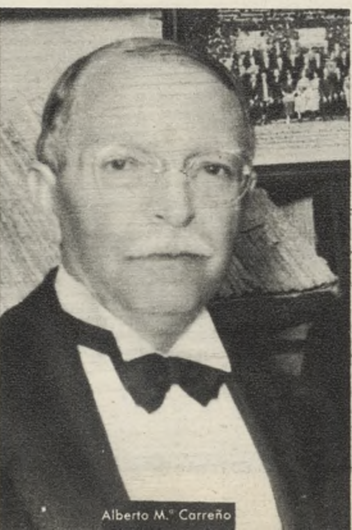

Alfonso Reyes


González Peña


Valle Arizpe


Núñez y Domínguez


González Martínez


Alberto M.ª Carreño


Salvador Cordero


Rubén Romero

LA BORRASCA

Un chico que estudia sus lecciones le pregunta a su padre: «Papá ¿qué «era» la clase media?» El dibujo, pues se trata de una caricatura en un diario de Londres, apareció hace poco más de un año; pero ya bastantes años antes, la clase media inglesa «era» o había dejado de ser.
Se la han tragado los extremismos políticos y las luchas sociales; las reivindicaciones obreras —hoy en el Poder— y la resistencia de las clases privilegiadas. Estas clases privilegiadas no son ahora las grandes familias de la vieja y alegre Inglaterra, con sus castillos, sus parques y sus pinacotecas, porque ellas se acaban también, sino los capitanes de la Industria y del Comercio. Todavía la fortuna de sir John Ellerman —un naviero— se calcula en cinco mil millones de pesetas. Todavía Mr. Ernest Edward Taylor, controla 69 compañías comerciales de excepcional importancia. Calculando que trabaje diez horas diarias, que la semana efectiva optimista tenga seis días y que el año sume 48 semanas, Mr. Taylor puede dedicar como máximo una hora de «cuido» por semana a cada uno de sus hermosos negocios.
La clase media pertenece hoy al medio proletario, pero con cuello duro. Gana menos, en líneas generales, que el trabajador. Y está ya, permanentemente en la situación de los «venidos a menos», sin esperanza. De casa a la oficina y de la oficina a casa, capea cada inglés como puede su temporal.





LA CALLE DE LA "OCASIÓN"

Oxford Street, en Londres, es el Paraíso de la clase defraudada. En esa calle está la línea de fuego de los grandes bazares, con su variedad de artículos a precios teóricamente asequibles. Y se amontonan los productos «utility»; es decir, los tejidos, los impermeables, los trajes hechos, los abrigos, la ropa interior y el calzado, de serie, en medidas intermedias —lo que podríamos llamar el corte y el calibre «esperanto»—, que no se gravan con impuestos de compra y convierten a las multitudes, a juzgar por su exterior, en anatomía dirigida. El vestido no está racionado desde los primeros meses de 1949. Pero los impuestos, al lujo o a la «fantasía», son duros. Sin necesidad de acudir a un entresuelo de la Saville Row, «logia», desde hace largo tiempo, de los mejores sastres de Londres, un traje a la medida, honorable, de Jefe de Administración cuando menos, cuesta de veinticinco a cuarenta libras, según el género, «con dos pruebas» y los recargos correspondientes si se exige alguna prueba más por veleidades de figurín. Los impuestos de compra varían, aproximadamente, del treinta a más del cien por cien del valor del artículo.
La clase defraudada pasa un día y otro día por Oxford Street. Es como una cacería de la compra ventajosa; de «la ocasión». En las aceras, al borde mismo de los grandes almacenes, interrumpiéndoles, se alinean los «spivs» u oportunistas de la «ganga», que la Policía persigue.

INGLATERRA Y SU CLASE DESVENTURADA

POR JACINTO MIQUELARENA







LOS RESTAURANTES POPULARES

La leche estuvo racionada durante algún tiempo; ahora es de venta libre, provisionalmente. Las legumbres también son libres, pero el pueblo inglés suele desdeñarlas. El pollo podría enriquecer una mesa; es, sin embargo, muy caro. En estas Navidades, el pavo —plato entrañable en Inglaterra, asimismo, para el «christmas day»— se vendió a ocho, nueve y diez chelines la libra; es decir, a ocho, nueve y diez duros. Los pavos vinieron esta vez de Irlanda y Francia. El precio de los tomates varía de un chelín —un duro— a dos, por libra, según las épocas; las lechugas, aproximadamente, se venden a un chelín el tamaño medio. Manzanas, a dos chelines la libra. Una manta valía ocho duros aproximadamente en 1939; con la reciente subida del precio de la lana, costará 120 duros.

Los restaurantes populares, al mediodía, están llenos. Con frecuencia hay que esperar cerca de las mesas ocupadas y aun fuera de las mesas, al aire libre. Van las empleadas y hasta las señoras de casa, empleadas también muchas veces. Evitan el lavado de platos, esa tragedia de los hogares ingleses de hoy, en la que participa el marido; y son relativamente económicos. Por dos chelines se puede tomar una taza de té con un pastel y un plato formado por una sardina de lata, una raja de tomate, otra de remolacha y una cucharada de puré, decorado todo ello con una hoja de lechuga. Es el «lunch» decorativo, pero decepcionante de millones de ingleses todos los días del año.

LAS COLAS

Colas para comprar el pescado. Colas para reservar entradas en un teatro, especialmente si la obra es norteamericana. Colas en espera de que vaya aclarándose la sala de un cinematógrafo. Colas para penetrar en un campo de futbol (una entrada a la final de la Copa empieza a «mendigarse» con un año de anticipación); pero sobre todo, colas de madrugadoras ante las puertas de los grandes comercios que han anunciado una liquidación de temporada. La clase defraudada es maestra en estas oportunidades. En la Argentina se diría que se ha doctorado en «pichinchas». Un presupuesto-armadura limita sus movimientos adquisitivos y la batalla sólo puede entablarse en las grandes rebajas «por fin de estación».

La causa de que nadie —con excepción de las damas exquisitas del Mayfair y de Knightsbridge— se enterase en Londres de que hace dos años había decretado París la falda larga, fué las liquidaciones. Las liquidaciones, naturalmente, estaban todavía en las faldas cortas, y las liquidaciones son las que, en realidad, imponen la moda en la mesocracia británica, absorbida y fundida en el obrerismo. Lo difícil de saber hoy en Inglaterra es quién se viste en las «temporadas vivas», es decir, antes de que las temporadas hayan terminado y den los restos de naufragios que los ingleses medios se apresurarán a disputarse.



LA CONTABILIDAD DEL VIENTRE

12 MINISTRY OF FOOD
RATION BOOK
(GENERAL) 1949-1950
Surname MIQUELARENA
Initials JR
NATIONAL REGISTRATION NUMBER
Address (as on Identity Card)
(For change of address)
FOOD OFFICE CODE No.
Serial No. of Ration Book BM 046894
IF FOUND RETURN TO ANY FOOD OFFICE
MEAT
EGGS
FATS
CHEESE
BACON
SUGAR PRESERVES

He aquí el libro de racionamiento en Inglaterra y una de sus hojas —ya consumida— que entrego a la pericia interpretativa de un egiptólogo. La primera cartilla se distribuyó el 8 de Enero de 1940, cuatro meses después de la declaración de la segunda guerra mundial. Limitaba el consumo de mantequilla, tocino y azúcar, exclusivamente. Más tarde fué ampliada a otros artículos, incluso a los de vestir, y la historia de sus transformaciones sería larga. Los racionamientos continúan. Nación esencialmente importadora de productos alimenticios —y carnívora—, sus problemas de despensa están ligados a las vicisitudes, y a los precios, de los mercados exportadores; principalmente a la Argentina (carne), a Rusia (trigo), a Dinamarca y Holanda (quesos, huevos, tocino, jamón), a España e Italia (frutas).

Hoy —diciembre de 1950— la ración de carne es de diez peniques por semana y persona, más dos peniques de «corned beef» que casi nadie retira. Esta porción semanal equivale a un bistec muy moderado, con vocación de transparencia. Huevos: uno por semana y persona. Mantequilla: una libra por mes y persona. Té: media libra por persona al mes. Azúcar: dos libras por persona al mes. Tocino (o jamón): tres onzas por persona y semana. Grasa para cocinar: dos onzas semanales por persona. Margarina: cuatro onzas por semana y persona. Igualmente, están racionados los bombones y caramelos. El tabaco es libre; pero prohibitivo de precio.

EL HOMBRE QUE NO LLEGARÁ A LA META

En esta liquidación, lo que se «quema» son pantalones de caballero. Después de una larga espera a las puertas de los «stores» —a veces, las señoras hacen colas de toda una noche para asegurarse la prioridad física—, es la avalancha. Y el drama. El drama de escoger lo más ventajoso. El drama de recordar la medida y, si es posible, un poco del estilo que prefiere el señor. El drama de que la vendedora pueda atender a las atacantes organizando un poco el tumulto. Y el drama del único hombre que ha tenido la audacia de intercalarse entre las primeras fuerzas de choque. Él ha llegado a «divisar» los pantalones y quizá a «quedarse» con un par imaginativamente, pero los técnicos en movimientos sísmicos profetizarían que sólo cuando todos los pantalones hayan desaparecido, podrá llegar éste al mostrador. Tiene esta escena cierto aire soviético. Los pañuelos a la cabeza, de las señoras, por ejemplo. Y el gesto hosco que impone la defensa en la batalla por la vida. La «housewife» —la señora de la casa— es la que guerrea por el hogar en estos tiempos; la que lo salva administrativamente en sucesivas operaciones de resistencia, en las que gasta sus fuerzas físicas.



LA CRISIS DE UNA CLASE RECTORA

Y al entrar en 1951, las perspectivas en Inglaterra no son más risueñas. Los altos beneficios de algunas Compañías —el dinero de la City— se distribuirá entre muy pocos; entre los que se van a Niza o Cannes frecuentemente —en busca de sol— o tienen residencias de descanso en Jamaica y en las Islas Bermudas. El obrero seguirá reclamando —y consiguiendo— que su salario se ajuste al creciente costo de la vida. Pero la que fué clase media, hoy clase defraudada, parece destinada a hundirse definitivamente y hasta a desaparecer, cualquiera que sea el grado de equidistancia que haya conservado hasta ahora.

Ya no importa tanto que sufra en su medio —cada vez más áspero— y que esté convertida en multitudes privadas de capacidad de compra, «tantalizadas», sin ninguna esperanza ante los escaparates de las tiendas, como que haya de renunciar a su tradición de grupo rector, porque de ella ha salido en gran parte el intelectual y el técnico destacado. Y las masas universitarias. Los colegios clásicos son ahora «prohibitivos» para los hijos de estas familias. El de Eton ha subido a 300 libras por curso; es decir, aproximadamente veinte duros diarios. Los demás colegios cuestan muy poco menos. Conozco el caso de un ex-estudiante de Eton que ha inscripto ya a su hijo, de pocos meses, en el mismo Colegio —se les inscribe al nacer, en busca de una prioridad de admisión— pero que ha partido para Sudamérica en busca de los recursos que le harán falta para pagar los estudios del chico cuando llegue el momento.

La mayoría, sin embargo, no resiste y se deja morir como clase. Está ya absorbida por la atmósfera proletaria, a la que les ha arrojado la demagogia y el abandono.



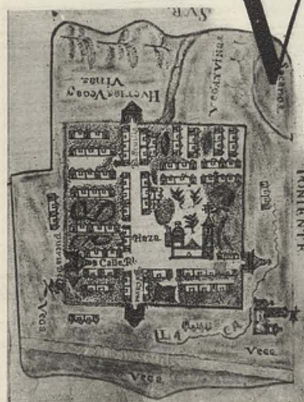
Lugar en que se levantó la Casa Real, en que fueron firmadas las Capitulaciones entre los Reyes Católicos y Colón para el descubrimiento.



Puerta de Sevilla, una de las cuatro antiguas puertas de la ciudad de Santa Fe.

SANTA FE
la ciudad de las capitulaciones para el Descubrimiento

Por J. MORENO CASADO



Plano de Santa Fe (S. XVIII)

VILLAS y ciudades, islas y barrios, capitales y aldeas repiten en Hispanoamérica, como un eco inextinguible, el nombre de la población que fué cuna del Nuevo Mundo, la famosa Santa Fe, ligada imperecederamente a la grande y genial empresa, a «la mayor cosa después de la creación del mundo —al decir del cronista López de Gómara— sacando la encarnación y muerte del que lo crió». Y es que «en la Villa de Sancta Fe de la Vega de Granada, a diez y siete de abril del año del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil e cuatrocientos e noventa y dos años» fueron firmadas las célebres Capitulaciones entre los Reyes Católicos y el inmortal navegante que había de descubrir un hemisferio. Si en aquellos años finales del cuatrocientos la pátina de muchos siglos de historia prestigiaba a numerosas ciudades del Viejo Mundo, Santa Fe nace, por el contrario, con la aurora de la Edad Moderna, en el momento mismo en que España va a alumbrar un Continente. Diríase que nace predestinada a vincular su nombre, con imborrable impronta, a tan glorioso y trascendental suceso. Pocos meses antes que la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* dieran sus velas al viento, Santa Fe no existía siquiera. Y en brevísimo plazo, con «casi divina presteza», frente a los cercados muros de Granada, entre los que se debatía agonizante el reino de los Nazaríes, alzóse la ciudad en que iban a ser concluídas las famosas Capitulaciones, génesis formal de la incorporación de inmensos territorios al orbe cristiano.

Se asienta la Villa célebre, a la que ungió la Historia con los óleos de su Gracia desde el nacimiento, en medio de la feracísima vega granadina, cruzada por el Genil, con las nieves perennes de Sierra Nevada, al fondo. De aquí que el granadino Jiménez de Quesada diese el nombre de Santa Fe de Bogotá a la actual capital de Colombia, por la analogía de situación y accidentes, que, sin duda, le recordaron a la ciudad que fué cuna de América.

De la Santa Fe fundada por los Reyes Católicos durante el asedio del último reducto musulmán de la Península, consérvase su trazado primitivo de cruz griega, desbordado hoy por el ensanche de la moderna población. Pero aun quedan en pie —testigos mudos de su gloria inmarcesible— tres de las cuatro puertas que se abrían en la muralla, rematando los brazos de la cruz. En una de estas interesantes puertas —de valor histórico y arqueológico incalculables— está la lápida con la inscripción de Pedro Mártir de Anghiera, o de Anglería, en dísticos latinos, que recuerda la fundación de la ciudad:

Rex Ferdinandus, Regina Elisabet, urbem — quam cernis minima constituere die, —
Adversus fides erecta, est, ut conterat hostes — Hit censet dici, nomine Santa Fides.

Mas no es esto sólo. En el lugar mismo en que se alzaba el templo primero, erigido por los Reyes Católicos, Ventura Rodríguez, en los días neoclasicistas del siglo XVIII, trazó el actual, cuya entrada flanquean las estatuas de los fundadores de la ciudad y de la unidad española. El moderno edificio del Ayuntamiento, frontero a la iglesia, colocó en su fachada, en policroma azulejería, los escudos de todos los países transatlánticos que en Santa Fe tienen su origen. Y ha sido localizado el emplazamiento que tuvo la Casa Real, aquella en que los Reyes Católicos y Colón pusieron su firma al pie de las célebres Capitulaciones que hicieron posible el alumbramiento de un Continente, el pacto famoso entre la Corona y el navegante acerca de «las cosas suplicadas e que Vuestras Altezas dan y otorgan a don Cristóbal Colón, en alguna satisfacción de lo que ha de descubrir en las mares Océanas y del viaje que agora, con el ayuda de Dios, ha de hacer por ellas en servicio de Vuestras Altezas».

Perdura, además, el recuerdo de Colón, albergado entre sus muros algún tiempo, durante el cerco de Granada; el de las conferencias entre fray Juan Pérez y la Reina Isabel, y entre ésta y el navegante, y aun el del primer alcaide de la población, don Francisco de Bobadilla, que en ella queda cuando el Almirante marcha, como un iluminado, hacia el Nuevo Mundo, y luego ha de ser enviado a la Española para fiscalizar la gestión del descubridor y de sus deudos, en el gobierno de las tierras surgidas de los Océanos.



En la fachada del Ayuntamiento de Santa Fe aparecen, en azulejos policromados, los escudos de todos los países hispanoamericanos, que en esta ciudad tienen su cuna.

DOS CARTAS SOBRE RUSIA Y EL COMUNISMO

Sin ánimo de remover una polémica, que evidentemente hoy no sería inoportuna, pero sí con el propósito de que pueda comprobarse la razón de España, damos a continuación el texto íntegro de dos cartas, sin duda históricas, que tomamos del libro de José Mª Doussinague, «España tenía razón» (Espasa-Calpe, Madrid, 1950).

«Madrid, España, octubre 21, 1943.

«Mi estimado señor Ministro y amigo:

»En mi conversación con el Caudillo, de fecha 28 de julio pasado, hice saber que mi Gobierno no tenía interés alguno en la política interior española, pero que le interesaba mucho la política exterior de España, especialmente en relación con su actitud para con las naciones en guerra, y recomendé que España, en interés propio y en provecho de las mejores relaciones entre nuestros dos países, debería declarar abiertamente su neutralidad. Mucho me ha complacido que el general Franco lo haya hecho así y estoy convencido de que al hacerlo ha obrado muy inteligentemente en favor de los intereses de España.

»Al mismo tiempo estoy hondamente preocupado ante los continuos ataques contra Rusia de los dirigentes españoles y de la Prensa española. No me refiero a la oposición de España, en general, al comunismo, sino más bien a declaraciones y actos específicos que confunden al comunismo con Rusia, uno de los principales aliados de los Estados Unidos en la guerra.

»Me temo que el Gobierno español pueda tener la impresión de que el Gobierno de los Estados Unidos ve con entera complacencia esta actitud antirrusa del Gobierno español y de la Prensa oficialmente controlada por él. No es así, en realidad, y me agradaría exponer el punto de vista de mi Gobierno sobre el particular algo más explícitamente que he tenido ocasión de hacerlo hasta ahora.

»Rusia es un miembro importante de las Naciones Unidas. Cualquier ataque contra Rusia, por consiguiente, representa un ataque contra un importante aliado de los Estados Unidos. La complacencia hacia la Alemania nazi, en cambio, es una complacencia hacia un enemigo de los Estados Unidos. Al atacar sistemáticamente a Rusia, mostrando al mismo tiempo una complacencia excesiva hacia la Alemania nazi, España está dando pruebas de parcialidad en favor de Alemania y de hostilidad hacia una de las Naciones Unidas.

»No hay ningún país en el mundo, a excepción de Rusia, que pueda acoger favorablemente al *comunismo* dentro de sus fronteras. La actitud de España a este respecto no difiere de la actitud de la mayor parte de los demás países. Sin embargo, todos los países libres del mundo, son también opuestos al *nazismo*, y creo que no es arriesgado presumir que la mayoría de los alemanes también son ahora opuestos a él. Prácticamente, España es el único país libre que ha dejado de tomar una posición definida frente al nazismo. Hasta el Vaticano, a cuya actitud concede generalmente el Gobierno español la debida importancia, ha condenado el nazismo en términos más duros aun que los que ha empleado para condenar el comunismo. Algunas de las más enérgicas condenaciones contra el nazismo han venido de los obispos católicos de Alemania.

»El comunismo no es, en fin de cuentas, sino un problema esencialmente interno. Si las condiciones necesarias para el desarrollo del comunismo no existen en un país, no hay razón alguna para que tal país se haga comunista. Carece, por consiguiente, de toda base real la creencia de que un país determinado pueda dominar una posible amenaza comunista dentro de sus fronteras mediante ataques públicos a Rusia. Dicha amenaza puede dominarse, a la larga, solamente gracias a la creación de un nivel de vida que haga imposible el desarrollo del comunismo.

»Los Estados Unidos y la Gran Bretaña, al mantener su comercio con España, están contribuyendo de una manera eficaz a dominar aquellas condiciones que pudieran fomentar el desarrollo del comunismo, y mi Gobierno no ve con gusto que España, por su parte, corresponda a ello atacando sistemáticamente a Rusia, un importante aliado de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, mientras quiere hacer parecer que está atacando al comunismo.

»Desde el punto de vista de la seguridad de España, en lo presente y en lo porvenir, España se está exponiendo, sin necesidad, a posibles represalias futuras por parte de Rusia. El Gobierno español debería tener en cuenta que Rusia entró en la guerra porque fué atacada por Alemania, y que Rusia está envuelta en una guerra de defensa de su propio suelo.

»Cuando llegue la victoria final para las Naciones Unidas, Rusia habrá ganado el derecho a participar en las deliberaciones de la paz. Tendrá una importante voz en las Conferencias de la Paz y en los muchos reajustes que, inevitablemente, habrán de llevarse a cabo en el terreno internacional después de la guerra. Este derecho no puede ni debe serle negado a Rusia, que lo ha adquirido en buena lid. Al atacar sistemáticamente a Rusia, España está haciendo cada vez más difícil a las democracias el continuar manteniendo esta actitud de ayuda a España que les gustaría seguir observando.

»Mi Gobierno no suscribe la teoría, frecuentemente expresada por funcionarios españoles, de que la guerra actual haya de acabar con una guerra contra el comunismo. Mi Gobierno prevé una colaboración continua de las demás Naciones Unidas con Rusia durante la guerra y después de terminar ésta, y está haciendo todo lo posible para ayudar a echar los cimientos de esta colaboración. Considera, pues, que España, en su propio interés y en interés de sus relaciones con el resto del mundo, debería ayudar también a echar los cimientos de una colaboración pacífica con las Naciones Unidas, incluyendo Rusia, en lo porvenir.

»El Gobierno español, mientras que oficialmente era «no beligerante», se negó a permitir la publicación de los comunicados de guerra rusos. Todas las noticias publicadas en la Prensa española acerca de la guerra en el frente oriental proceden de fuentes alemanas. El Gobierno español habrá ya podido convencerse plenamente de que tales informes no son dignos de crédito, y han dado una idea tan falseada de la guerra, que el público español ya no los toma siquiera en serio. Además, las noticias de las victorias militares rusas llegan al público español por diversos otros conductos, y el pueblo español es demasiado inteligente para dejarse engañar por los comunicados alemanes.

»La negativa del Gobierno español a permitir la publicación de los comunicados rusos no ha conseguido, por consiguiente, impedir que la verdad acerca de los éxitos militares rusos llegue a ser conocida en España. Sin embargo, este sistema ha dado al público la impresión de que tales éxitos militares rusos de las Naciones Unidas, son desagradables para el Gobierno español. Por consiguiente, cada victoria rusa ha sido considerada como una derrota para el Gobierno español.

»Ahora que el general Franco ha puesto en claro que España es neutral, es aparente que todas las razones abonan el que el Gobierno español tome ya las medidas necesarias para asegurar la publicación de los comunicados rusos, de la misma manera que son publicados los comunicados de todas las demás naciones beligerantes. Los comunicados rusos se publican en Alemania, y no puedo concebir razón alguna que impidan que sean publicados en España al igual que son publicados en todas las demás naciones neutrales.

»En resumen: *mi Gobierno no ve con complacencia la actitud de España hacia Rusia.* Esta actitud es un poderoso obstáculo para el mejoramiento de las relaciones entre España y los Estados Unidos. Constituye un perjuicio considerable para la situación internacional de España, y disminuye gravemente los beneficios que España pudiera, en otro caso, esperar recibir como consecuencia de otros aspectos de su política exterior.

»El punto de vista de mi Gobierno es el de que, en su propio interés, España debería, sin retraso, tomar las siguientes medidas:

»1.º Anunciar la retirada de la División Azul.

»2.º Publicar los comunicados rusos de la misma manera que se publican los comunicados de los demás países beligerantes.

»3.º Cesar sus ataques contra Rusia a través de las manifestaciones públicas de funcionarios españoles y a través de la Prensa, la radio, etcétera.

»4.º Dejar de pretender que la agresión de Alemania contra Rusia es una «cruzada», cuando el mismo Gobierno alemán ha confesado en numerosas ocasiones que se trata de una guerra de conquista.

»Creo que España debería tener presente que es el único país libre del mundo cuyo Gobierno ataca a Rusia sistemáticamente, mientras se abstiene de atacar a Alemania. Esta distinción es dudosa y peligrosa, y España debería abandonarla en su propio interés.

»Escribo a V. E. de esta manera tan franca y personal, no solamente como representante de los Estados Unidos, sino asimismo como un sincero amigo y admirador de España.

»Gustoso aprovecho esta oportunidad para expresar nuevamente a V. E. el testimonio de mi más distinguida consideración y afecto.

CARLTON J. H. HAYES.»

Embajador en España de los EE. UU. de América

«Madrid, 29 de octubre de 1943.

«Mi querido Embajador y amigo:

»Celebro mucho que la carta que me ha dirigido, con fecha 21 de octubre, tenga un carácter puramente personal, según me manifestó usted reiteradamente, porque esto me permite expresarle, con toda franqueza y a título también personal, la viva sorpresa que me ha producido por lo extrañamente desconcertadas que están sus ideas con la realidad española y con la visión de este problema que nuestro Gobierno y nuestro país tienen. Esta visión, expuesta públicamente por el Generalísimo y aun por mí, se basa en la aceptación de los principios cristianos tal como los acepta la Santa Sede, rechazando, por tanto, lo que ésta considera condenable; lo cual expresa con suficiente transparencia y claridad nuestra posición doctrinaria en el punto a que usted se refiere.

»Respecto a las relaciones con Moscú existen dos puntos de vista, el del señor Embajador y el mío. Yo comprendo que en un país beligerante la psicosis de la guerra influya en que todo pensamiento y todo esfuerzo se concentren exclusivamente en el deseo de obtener la victoria y a esto se subordine todo; pero espero que el señor Embajador comprenderá que en un país neutral un gobernante sea sensible a la obligación que tiene de ver más allá de la guerra, muy por encima de los sucesos militares y plantearse en toda su extensión los problemas espirituales de su época.

»Como el Generalísimo Franco ha expresado reiteradamente y de manera especial en su discurso del 1 de octubre (del que le envío algunos párrafos), España estima que «independientemente de lo que la suerte de las armas decida en la contienda», muy anteriormente a la guerra y con mucha más profundidad que ésta, existe en el mundo un problema espiritual de la más extraordinaria trascendencia, constituído por el ambiente revolucionario de unas masas alejadas de la creencia en Dios y que, por lo tanto, aspiran a mejorar su situación económica por la violencia, empleada sin escrúpulo ni limitación alguna, apoderándose de abundantes riquezas para disfrutarlas ampliamente mientras dure esta vida, cueste lo que cueste y empleando los medios a propósito, cualesquiera que éstos sean. Este espíritu revolucionario de diferentes matices, ha venido a agruparse bajo lo que se conoce con el nombre genérico de bolchevismo. La guerra es un fenómeno pasajero, mientras que el espíritu revolucionario de las masas constituye el problema fundamental de la época presente, de una hondura y de una permanencia muchísimo mayor que la del conflicto bélico.

»Vistas las cosas así, comprenderá el señor Embajador mi asombro al advertir en su carta la convicción de que este vastísimo y fundamental espíritu revolucionario pueda combatirse simplemente mejorando el nivel de vida de las clases más necesitadas, como si no tuviera millones de partidarios en los países de más alto nivel económico. Apenas puedo creer que haya quien piense que este gigantesco peligro que amenaza a nuestra sociedad pueda reducirse a una pequeña cuestión de reajuste de salarios. No, señor Embajador; no se trata tan sólo de un problema económico, ni siquiera de un problema social, por mucha amplitud que se le dé a esta palabra: se trata de un problema espiritual, de un mal gravísimo, que alcanza lo más hondo e íntimo del espíritu humano, pues al enseñarse a las masas que la moral no es más que un prejuicio burgués que debe dejarse de lado, y que no hay una justicia superior a la que tengan que dar cuenta el día de mañana de sus actos, se les priva de todo freno y se les lanza a destruir todos los obstáculos que se opongan a la desordenada satisfacción de sus más brutales instintos. Cierto es, que hay que mejorar la situación de las clases trabajadoras, y a este respecto debo insistir en llamar su atención hacia el discurso pronunciado por el Caudillo el 1 de octubre, pidiéndole que lo lea atenta y personalmente: ninguna nación tiene empeño mayor en lograr mejoras de orden social a pesar de las enormes dificultades que encontramos para ello como consecuencia de la pasada guerra civil, y precisamente por la concepción íntegramente cristiana de nuestro Estado queremos sinceramente poner todos los medios para mejorar, con un criterio fraternal y generoso, la situación de las clases necesitadas en la máxima medida posible. Pero sería ingenuo creer que estas mejoras pueden hacer desaparecer totalmente una enfermedad tan grave.

»Un país que como España conserva la plena serenidad de juicio que le da su posición neutral, que ve los problemas del mundo y de la hora presente con el ánimo reposado de quien disfruta de la paz y de una posición enteramente desapasionada y objetiva, está en situación más favorable para ver con claridad estas cuestiones que quienes se mueven en el ambiente de pasión exacerbada por la guerra; por eso, nosotros, elevándonos muy por encima de las simples conveniencias militares de esta guerra, enfocamos con toda su gravedad y en toda su profundidad esta importantísima cuestión.

»No puede decirse que esto sea un problema puramente interno. El Gobierno español tiene documentos y pruebas que demuestran que el movimiento comunista español fué organizado por agentes enviados desde Moscú, y no hay quien ignore que el espíritu revolucionario que hierve en forma subterránea en todo el planeta es objeto de apoyo y defensa intensísimo por el Gobierno de la U. R. S. S. Su lema, «Proletarios de todos los países, uníos», es la bandera de la rebelión contra la sociedad tal como está hoy organizada y la invitación a destruirla totalmente por la fuerza, sin que a este respecto pueda caber duda alguna.

»La U. R. S. S. es la que preconiza el régimen de dictadura del proletariado, dictadura que hay que imponer por la revolución. Si España no tiene nada contra Rusia como nación, sí ve con gran inquietud que la U. R. S. S. (única forma en que ella quiere llamarse a sí misma) se haya señalado voluntariamente por misión organizar la revolución del mundo. El hecho de que Rusia haya sembrado durante veinte años por todos los continentes la semilla comunista, hace que los triunfos militares de su Ejército se interpreten en los medios más turbios de todos los países como una aurora de esperanza para la subversión social; por ello España, que tanto ha sufrido con la explosión comunista y que se halla aún convaleciente de las heridas que ésta le produjo, ha de mirar con todo cuidado el no contribuir a alentar los instintos de rebeldía de esos medios, a los que ha habido que contener a costa de toda clase de sacrificios. Por otra parte, el reconocimiento explícito que Alemania hace de los progresos del Ejército de la U. R. S. S. es suficiente para llenar el interés informativo.

»Es inexacto que España ataque a Rusia; España no ataca, sino que se defiende del comunismo por todos los medios a su alcance. España es el país que con más conocimiento de causa y mayor número de elementos de juicio puede hablar de esta cuestión, por haber sufrido tan recientemente el azote de una revolución comunista, que sólo en Madrid ha producido millares y millares de asesinatos, destrucciones, etc., sin contar (y esto es lo más importante) con la difusión de ideas esencial y radicalmente opuestas a los principios básicos de la civilización cristiana.

»Se hace forzoso recordar que en septiembre de 1936 asumieron el Poder en Madrid los comunistas, siendo el Jefe del Gobierno Largo Caballero, llamado «el Lenín español»; cientos de miles de españoles llevan aún en su corazón luto como consecuencia de esto. Después, mientras duraba la guerra civil, un grupo republicano y democrático consiguió, dentro del bando rojo, derribar a Largo Caballero; pero el partido comunista, a pesar de las orientaciones extremistas y demoledoras de este grupo republicano, no se conformó, sino que promovió una nueva revolución, y en marzo de 1939 se combatió durante varias semanas durísimamente en Madrid entre comunistas y republicanos, sin que intervinieran en esto las fuerzas del Ejército mandadas por el Generalísimo Franco. Aquellos republicanos eran de ideas de extrema izquierda y habían tolerado sin protesta todos los excesos, los asesinatos y los atropellos de los comunistas, a los que trataban con gran benevolencia; pero los comunistas y los agentes rusos que les dirigían demostraron que no aceptaban aquel régimen democrático y republicano, sino para utilizar las libertades que éste les daba a fin de poderlo destruir y traer a España el régimen soviético.

»Es explicable que en un país beligerante se vea en las victorias rusas tan sólo un apoyo a la empresa militar de sus aliados; pero quienes conservan una clara visión de la situación presente ven, además de esto y más allá de las consecuencias puramente militares de dichas victorias, toda su enorme trascendencia para el porvenir, especialmente por lo que se refiere a los pueblos europeos que el Ejército soviético pueda llegar a ocupar. España no puede ver en la U. R. S. S. tan sólo lo que hay en ella de accesorio y circunstancial, su calidad de aliada de los Estados Unidos, cerrando los ojos para no ver lo que hay en ella de fundamental y sustantivo, su verdadera faz, su doctrina, procedimiento y propósitos, en España sobradamente conocidos por la más aleccionadora e innegable experiencia.

»Durante veinticinco años, nuestro país, con Monarquía democrática, con Dictadura y con República, cuyas tendencias eran de extrema izquierda, no tuvo la menor relación con la U. R. S. S. por considerar unánimemente el país los peligros que encerraban estas relaciones, coincidiendo en esto con varias de las Naciones Unidas y neutrales que todavía no mantienen relaciones normales con Moscú, aunque en aquéllas su actual situación de beligerantes haga que se inicie, con la oposición de importantes sectores de opinión, un contacto con el Gobierno soviético. No puede compararse este caso con el de las relaciones con Alemania, país que venía manteniéndolas con todas las demás naciones hasta la guerra y que aun sigue manteniéndolas hoy con los que no son beligerantes del lado aliado. Pero el mantener relaciones con un país no quiere decir que se aprueben sus excesos o errores de doctrina, los cuales pueden apreciarse con más ecuanimidad por un neutral que por un enemigo.

»Mi país, que no puede participar de las opiniones expuestas en su carta, hace toda clase de reservas ante las transformaciones aparentes que, forzada por las circunstancias y por sus alianzas, parece admitir la U. R. S. S., esperando que el tiempo y los hechos permitan formarse acerca de esto un juicio claro. Por el momento, del movimiento religioso, al que se hace gran propaganda por los soviets, no se ven más que apariencias, y es difícil sustraerse a la idea de que éstas lleven consigo una finalidad política y se enlacen con aspiraciones de dominio, especialmente, sobre países balcánicos de religión ortodoxa. Nosotros somos los primeros en anhelar que la guerra alcance transformar cuanto de peligroso y condenable existe en el régimen soviético y que puedan olvidarse sus veinticinco años de terror; si esto ocurre, nadie se alegrará más que los españoles, que se apresurarán a tender la mano a la nación rusa con la mayor sinceridad, pues esta fué nuestra amiga y ocupó lugar preferente en nuestras relaciones exteriores en tiempos pasados. Cuando Rusia deje de ser la nación comunista revolucionaria que promovió y promueve en el mundo los más hondos movimientos subversivos, nosotros volveríamos a considerarla como a los países que no tienen por lema la revolución mundial.

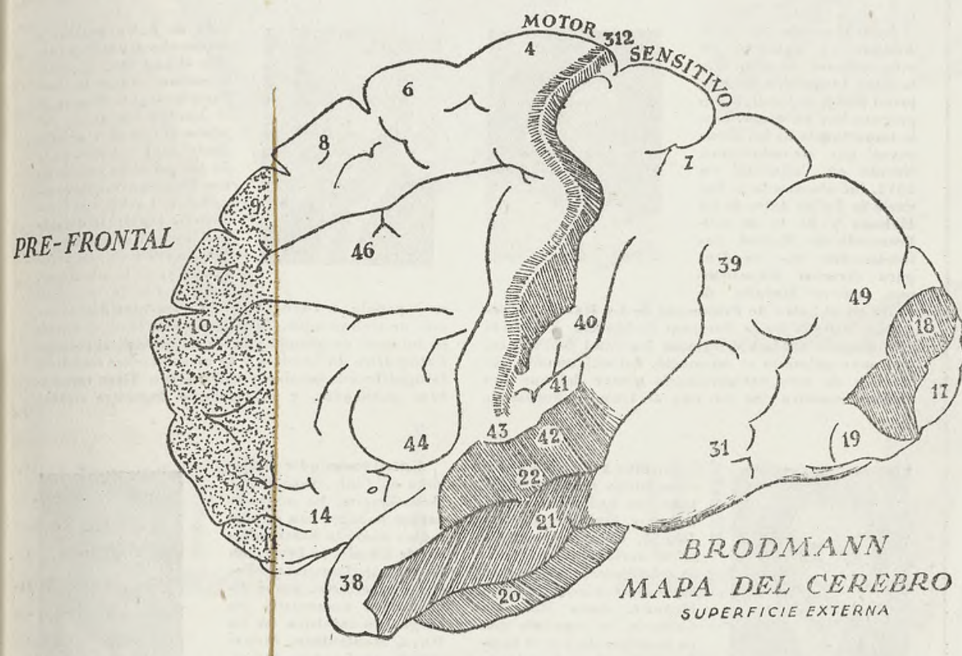
»Con esta ocasión me complazco en reiterarle, como siempre, la expresión de mi consideración más distinguida.

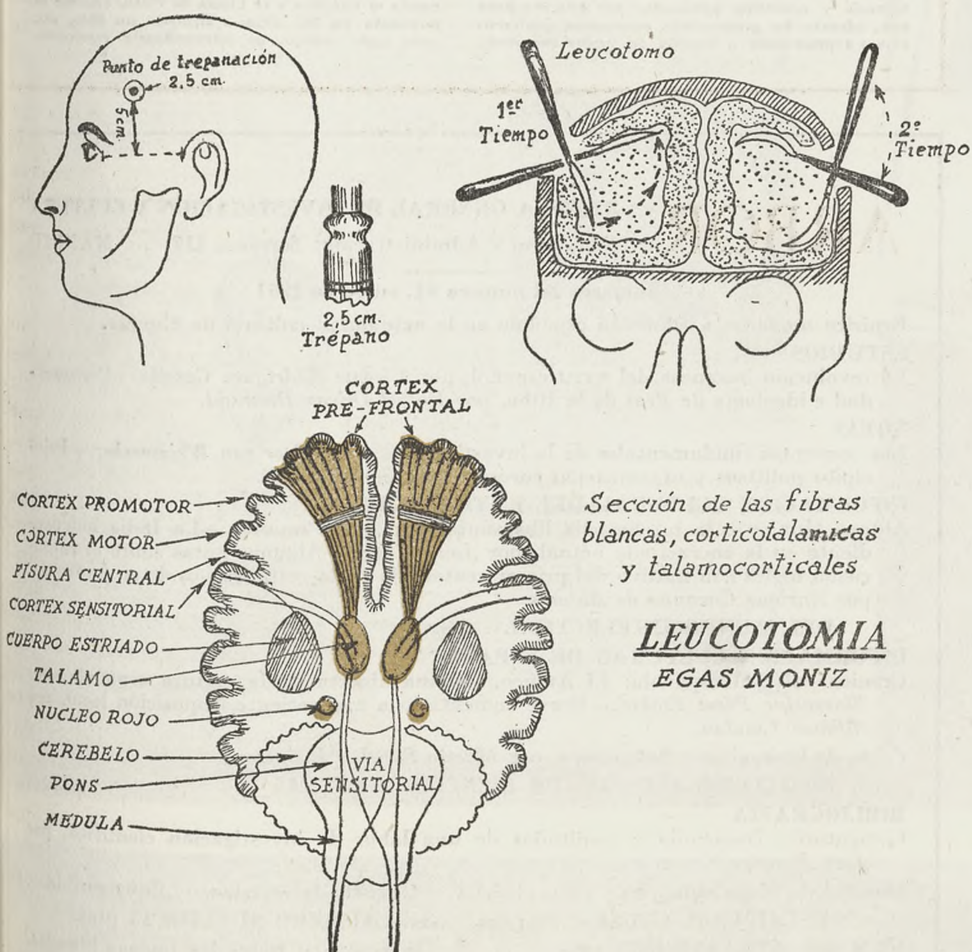
EL CONDE DE JORDANA.»

Ministro de Asuntos Exteriores de España.

LA LEUCOTOMIA Y EL CAMBIO DE PERSONALIDAD

SU CREADOR ES EL PORTUGUÉS EGAS MONIZ, PREMIO NÓBEL





Entre los grandes descubrimientos de nuestro tiempo, ninguno puede inquietar más al hombre que los problemas científicos planteados en torno a los misterios que rodean la mente. Poco a poco ha sido explorada esa extraña topografía del cerebro humano en la que cada día se descubren nuevos secretos, hasta ahora inasequibles, y se comprueban más íntimas relaciones entre lo fisiológico y lo psíquico, entre la materia y el alma, en la integridad del ser.

Las teorías sobre leucotomía, de Egas Moniz, divulgadas recientemente en España por el Dr. Soto Morales, constituyen la máxima actualidad científica de España. Fué en la Academia de Doctores madrileña donde se tributó un justo homenaje al sabio portugués, autor del gran descubrimiento que, en los dominios de la cirugía cerebral, ha producido en el mundo una verdadera revolución científica. Un acontecimiento semejante al producido en su tiempo por los descubrimientos de nuestro Ramón y Cajal.

Al Dr. Fernando Fernández de Soto Morales, especialista en Farmacología y Fisiología, jefe de la Sección del Instituto «José Celestino Mutis», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se debe la más completa divulgación realizada en España de las teorías del fisiólogo portugués Egas Moniz. El Dr. Soto Morales ha conocido personalmente al médico portugués, pero además ha pasado algún tiempo en los Estados Unidos, donde ha podido ver cómo en los grandes hospitales norteamericanos son aplicados ya en gran escala los procedimientos de la cirugía cerebral o leucotomía, basados en las teorías y experiencias de Egas Moniz.

De la labor divulgadora del Dr. Soto Morales se deducen, además de la trascendencia científica del Premio Nóbel portugués, la circunstancia especialmente satisfactoria y halagadora para los españoles, de que el Dr. Egas Moniz haga resaltar con orgullo su calidad de latino y de ibérico, así como su convicción de que los trabajos sobre el cerebro humano, que dieron por resultado, después de largas y penosas experiencias, la teoría y práctica de la leucotomía, no habrían sido posibles sin haber seguido él los caminos trazados por el sabio español Ramón y Cajal, de cuya obra, según propias palabras del portugués, «aun vive toda la neurología moderna».

Nacido el sabio portugués en Avanca el día 29 de noviembre de 1874, hizo sus estudios en la Universidad de Coimbra primero y después en la de Bordeaux. En 1911 ya era profesor de la propia Universidad de Coimbra, para pasar más tarde a la de Lisboa como profesor de Neurología, hasta su jubilación de la enseñanza en 1944.

En todo guarda el caso del Dr. Egas Moniz una cierta analogía con el de Ramón y Cajal. Pues también en este caso, como en el del sabio aragonés, el triunfo del personal genio creador da lugar a la moderna escuela portuguesa de investigación neurológica, que, según la gráfica afirmación del Dr. Soto Morales, «nació desnuda en el modesto hospital de Santa Marta, de Lisboa», en 1934, para llegar a la mayoría de edad, con espléndido ropaje de instrumentos costosos y técnicas delicadas, en los gigantescos hospitales de Norteamérica y desde allí irradiar sus benéficas enseñanzas por el mundo entero. Todo gracias al mágico impulso inicial del equipo de cirujanos creado por Egas Moniz».

La etimología del vocablo Leucotomía, significa «cortar partes blancas», y consiste en cortar con un bisturí las *fibras blancas cerebrales*, que sirven de conexión entre el *tálamo* del *cerebro* y su corteza frontal. La disposición de estas fibras—sigue diciendo el conferenciante—es la de las varillas de un abanico, divergentes hacia la corteza exterior y convergentes en el centro o tálamo del cerebro. La leucotomía, en su esquema más simple, consiste en el corte de estas fibras blancas, previa la trepanación, una profunda incisión en los polos frontales, lo que determina, según ha demostrado el Dr. Egas Moniz, la curación de ciertas psicosis.

El propio sabio portugués afirma en sus textos: «Fundado en la teoría del sabio Cajal, y ya con la noción de las conexiones de las células nerviosas, sabemos que los influjos que atraviesan las neuronas siguen por las citadas fibrillas y llegan a las sinapsis, donde, al producir alteraciones que se proyectan a su vez en otras muchas células, dan lugar a la actividad psíquica».

Parece que el proceso que llevó al investigador portugués a sus consecuencias científicas partió de una sencilla observación: la de que gran número de alienados, obsesos y melancólicos, tenían la vida mental muy reducida, circunscrita a un limitado ciclo de ideas dominantes, revolviéndose constantemente en el cerebro. El Dr. Soto Morales ha estudiado las líneas generales de dicho proceso que dieron por resultado el triunfo de la leucotomía o cura de la demencia por medio del bisturí, lo que pudiéramos llamar psicocirugía. Los locos melancólicos, con ideas aflictivas, viven penosamente, con la tortura ansiosa de ideas fijas, de un pensamiento que les domina. Para que estas ideas se modifiquen es necesario que el *pensamiento tome otro camino* y esto lo ha logrado el Dr. Egas Moniz alterando las «soldaduras» sinápticas, modificando o interrumpiendo las vías por las que los influjos caminan de manera invariable, y la idea o el acto que les corresponde producir no se realiza o no llega a la conciencia. Después de muchos años de meditaciones, el Dr. Egas se decidió a cortar las fibras blancas de unión entre las neuronas en actividad, eligiendo para ello los lóbulos frontales, por estar convencido de su importancia en la vida mental. Atacó en masa las fibras de las conexiones neuronales, empleando primero el alcohol como método de «sección química» y después, haciendo cortes

con e l«leucotomo», aparato que él mismo ideó para tal fin: había nacido la psicocirugía o leucotomía. Esto ocurría por primera vez en el Hospital de Santa Marta, de Lisboa, el año de 1936.

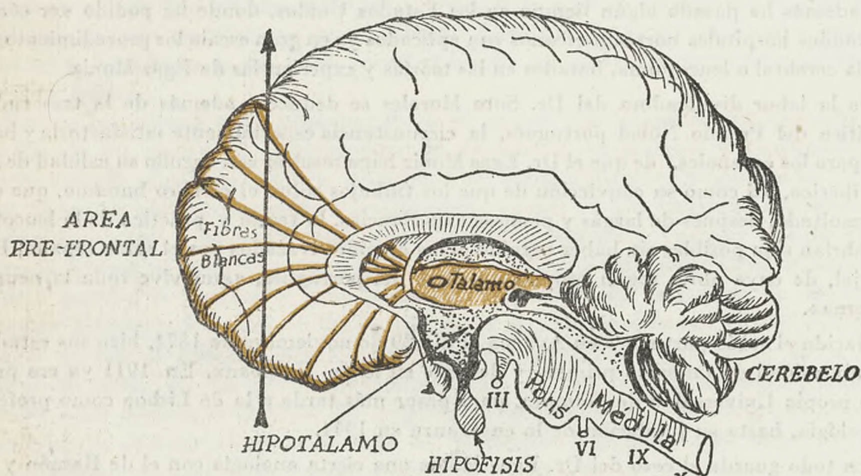
Desde entonces el desarrollo adquirido por las teorías y prácticas del Dr. Egas Moniz han rebasado todas las posibilidades que él pudo soñar. En 1945 le era concedido el Premio Nóbel, máximo reconocimiento universal del valor de sus procedimientos, que hoy sacan de los manicomios de todo el mundo a la vida normal cientos de seres que antes estaban perdidos definitivamente.

La técnica de estas operaciones ha alcanzado perfecciones verdaderamente sorprendentes. Unos pequeños orificios practicados con un trépano en determinadas zonas de la región frontal a ambos lados de la línea media, próximos a la sutura coronal, son suficientes para introducir el mágico estilete del «leucotomo», que con un movimiento de arco secciona la sustancia blanca con sus conexiones tálamofrontales. La sección de los cuadrantes superiores actúa preferentemente sobre las «manifestaciones» impulsivas y la de las inferiores sobre la ansiedad y las manifestaciones álgicas o dolorosas. Las *alteraciones de la personalidad* son tanto mayores cuanto más posterior sea la sección, por lo que actualmente se da preferencia en esta clase de operaciones a *cortes más anteriores* y hechos verticalmente en los casos en que sólo se quiere actuar sobre el dolor.

Hay en el estudio de estas teorías un punto que nos parece el más delicado y trascendente: el que se refiere a las «modificaciones de la personalidad». La leucotomía—ha dicho el doctor Morales—no aporta ningún elemento al psiquismo. Su acción beneficiosa estriba en que libera el fondo mental que se oculta, más o menos intacto, detrás de la psicosis. El corte quirúrgico produce variaciones en la actividad afectiva e intelectual. Según el propio Egas Moniz, la ruptura de los círculos viciosos que eran como obstáculos al pensamiento, hace posible una nueva vida psíquica por la reeducación». Pero también está, al parecer, demostrado, que después de la operación los valores éticos fundamentales del individuo resultan debilitados. «Cuando tenemos un conocimiento anterior de su mentalidad comprobamos que, en efecto, hay un debilitamiento de su facultad de valoración ética». Los operados tienen tendencia a ser menos veraces, menos escrupulosos y, en general, más materialistas». La modificación de la personalidad total—concluía el Dr. Soto Morales—es a veces muy profunda, con un cierto grado de deshumanización y destrucción de las cualidades más puras e imponderables de la individualidad. No se pueden prever todas sus consecuencias sobre la vida psí-

CEREBRO

CORTE ANTEROPOSTERIOR

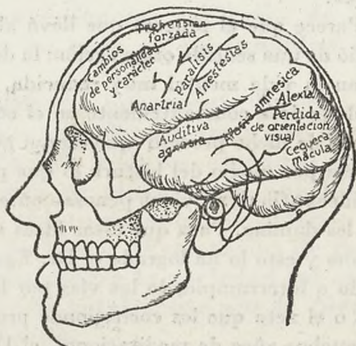


LEUCOTOMIA .- CORTE DE LAS FIBRAS BLANCAS

PROYECCIONES { TALAMO - CORTICALES Y CORTICO - TALAMICAS

quica moral ulterior. Por eso, aunque en general carezca de riesgos en la vida física debe pesar sobre nuestra conciencia de cristianos la posible deshumanización del paciente. Existe, además, el peligro—como ya parece haber sido empleada tras el telón de acero—de que la operación pueda servir a determinados fines políticos. Por eso, la legalidad moral de esta operación debe ser sometida más que a los técnicos quirúrgicos que han de ejecutarla, a los teólogos, como guardianes de los valores espirituales del hombre.

Después de leer las divulgaciones que de las teorías de Moniz ha hecho en castellano el Dr. Fernández Soto Morales, ¡qué espanto nos produce esta noticia sobre las realidades de la leucotomía! Admitamos su bondad cuando los misteriosos trépanos y el bisturí pueden «soltar» unas células «soldadas» y liberar a un loco o un maníaco de su locura o su tortura psíquica. Pero si pensamos que se puede secuestrar a Einstein, pongamos por caso, someterlo a esa «delicada» operación y devolverlo a sus conciudadanos, unas semanas después, sin otras señales que unas leves cicatrices en la cabeza, pero «curado» para siempre de su afán de transformar las leyes y los principios de la Física, convertido, por tanto, en un tranquilo comedor de salchichas y bebedor de cerveza, sin posibilidad de que vuelva a padecer la «manía» de las matemáticas, algo se nos eriza dentro del cerebro. ¿Es que las conquistas de la química terminan en la bomba atómica y la cirugía en la estirpación de la personalidad? Tremenda fatalidad la de nuestra orgullosa ciencia humana, siempre arma de dos filos que acaba volviéndose contra el hombre mismo.



AREAS FUNCIONALES DEL CORTEX CEREBRAL
EFECTOS DE LESIONES DESTRUCTIVAS

NUESTROS COLABORADORES



En Almería, a orillas del mar latino y andaluz, nació este mozo poeta, periodista y ensayista, que a su debido tiempo publicó tres libros de poemas — «Mar amigo», «Voces del más acá», «Ribera clásica» — a los que siguió un libro de cuentos, «Lo que puede pasar». Antonio Manuel Campoy también fundó la revista «Horizonte». Con el hebraista Ubeda y el artista Perceval maquinó, hace unos años, aquel movimiento estético «indaliano» que bajo la advocación del ídolo étnico de los almerienses, «Indalo», llegó hasta Madrid, apadrinado por don Eugenio d'Ors. En la actualidad es colaborador de varias publicaciones madrileñas, entre ellas MVNDO HISPANICO y prepara varios libros de ensayos, algunos en prensa.

Actual redactor de política internacional del diario madrileño «Pueblo», el pontevedrés Manuel Blanco Tobío, es, además de escritor, un políglota, ya que domina los idiomas francés, alemán, italiano, inglés y portugués. Nacido en Pontevedra en el año 1919, a sus treinta y un años lleva escritos la friolera de tres mil artículos, en su mayoría sobre política internacional y ha publicado un libro, «El Kominform», al que en breve seguirá otro ya preparado. Su carrera periodística la inició en Madrid por el año 1945, en que fué redactor de la revista «Fantasía» y del semanario «El Español». En todo momento ha destacado su vigoroso temperamento y una vocación de periodista y escritor de indudable porvenir.

Juan Antonio Morales. Aunque ya apareció en otro número de «M. H.» la nota biográfica de este joven pintor español, la repetimos hoy en atención a la importancia de las obras suyas que reproducimos. Nacido en Valladolid en 1912, fué alumno de la Escuela de Bellas Artes de La Habana y de la de San Fernando de Madrid. Seleccionados sus cuadros para diversas Exposiciones, obtuvo Medalla de Plata en el Salón de Primavera de La Habana, y segunda Medalla en la Nacional de Madrid, 1948. Un año después obtenía el Premio Nacional de Pintura, con cuyo galardón se reconoció, definitivamente, los méritos de este extraordinario pintor del que son valiosa muestra los retratos de Isabel y Fernando.





Hijo de padre andaluz y madre vasca, nació en Castilla el año 1896 el actual ingeniero militar D. José Ortiz Echagüe. Pionero de la navegación aérea, fué piloto de globo y aviador desde 1911 y formó parte de las primeras promociones de pilotos militares españoles. Luchó como aerostero y aviador durante las campañas militares de Marruecos y más tarde fué fundador de la más importante industria aeronáutica española, a cuyo frente se encuentra desde hace más de treinta años. Aficionado a la fotografía desde su infancia es miembro de honor de la Real Sociedad Fotográfica de Londres y de otras muchas sociedades fotográficas españolas y extranjeras. Tiene varios libros publicados, y es eminente ingeniero español.



Nacida en París de padre colombiano y madre bogotana—su padre fué el escritor y diplomático don José T. Gaibrois—la ilustre historiadora académica y bibliotecaria perpetua de la Real Academia de la Historia, doña Mercedes Gaibrois, es española por su matrimonio con el también historiador don Antonio Ballesteros Beruetta. Ha sido laureada con el premio «Duque de Alba» de la citada Real Academia, por su trabajo en tres volúmenes sobre el tema «La política de Sancho IV». No es de este reducido espacio la enumeración de los copiosos trabajos de historia y erudición publicados por esta escritora que, además ha pronunciado numerosas conferencias y representado a España en varios congresos.

Actual embajador de España en Chile, José María Doussinague, ha ocupado cargos públicos tan importantes como la Subsecretaría de Estado, la Dirección General de Comercio y Política exteriores. Como diplomático desempeñó los cargos de ministro en La Haya, Montevideo, Atenas y Ankara. También fué representante extraordinario en Buenos Aires. Como autor es una de las primeras autoridades en historia del reinado de los Reyes Católicos y ha publicado libros como «Fernando el Católico y Germana de Foix», «La política internacional de Fernando el Católico», «Fernando el Católico y el Cisma de Pisa». También ha publicado en los últimos tiempos un libro, «España tenía razón», de extraordinaria repercusión.



EDICIONES MVNDO HISPANICO

RESUMEN
INFORMACIONES ECONOMICAS Y FINANCIERAS DE ESPAÑA Y AMERICA
1.º de diciembre de 1950

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS
MADRID 18
NOV.-DIC. 1950

Correo Literario
ARTE Y LETRAS HISPANOAMERICANAS
AÑO I - NUM. 13 — MADRID, 1 de Diciembre de 1950 — Precio: 4 pesetas
LA CRITICA LITERARIA COMO CREACION, COMO NOTICIARIO Y COMO COMADREO
Por Pedro CABA
EN LA MUERTE DE G. B. S.
Por ALFREDO MARQUERIE

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS
17
SEPTIEMBRE OCTUBRE
Madrid, 1950
MADRID 17
SEPT.-OCTUBRE, 1950

Correo Literario
ARTE Y LETRAS HISPANOAMERICANAS
AÑO I - NUM. 15 — MADRID, 15 DE DICIEMBRE DE 1950 — Precio: 4 pesetas
UNIDAD DE RAZA
AMPLITUD DEL CONCEPTO HISPANOAMERICANO
Una isla en las LETRAS
¡Abajo la máquina de trovar!
CONDICION ACTUAL DE NUESTRA POESIA
SUMARIO

RESUMEN
INFORMACIONES ECONOMICAS Y FINANCIERAS DE ESPAÑA Y AMERICA
Núm. 13

1900 MVNDO HISPÁNICO 1950

ADMINISTRACION: ALCALA GALIANO, 4, MADRID

MVNDO HISPANICO, mensual: ejemplar, 15 ptas.; suscripción anual, 160 ptas.—CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, mensual: ejemplar, 15 ptas., suscripción bimestral, 90 ptas.—CORREO LITERARIO, quincenal: ejemplar, 4 ptas., suscripción anual, 96 ptas.—RESUMEN, quincenal: ejemplar, 5 ptas., suscripción anual, 110 ptas.

Ante su propia obra: ¡Qué alegría!

Adquiera pronto una máquina de coser y bordar,

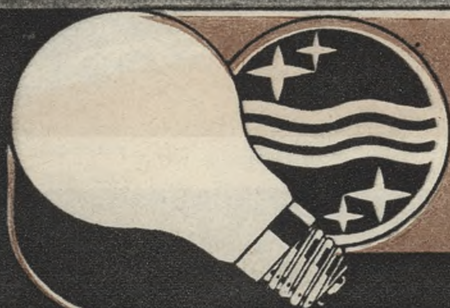
ALFA



EIBAR (ESPAÑA)

LA CULPA ES SUYA...





...Por algo las quieren

PHILIPS

Mejores no hay



